

ROMAN VIAL

COSTUMBRES CHILENAS

TOMO PRIMERO

SEGUNDA EDICION

AAB 7305

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
PRESCRITO POR LA LEI



F. BECERRA M., EDITOR
BANDERA 4. - SANTIAGO

1907

IMPRENTA CERVANTES
BANDERA 50.



70239

DEDICATORIA

A la memoria del ilustre ciudadano
i fecundo escritor Don Benjamin Vi-
Cuña Macckenna, honra de las le-
tras nacionales i el mas noble de sus
mentores.

Roman Vial.



J. L. Ferrás
1917.

PRÓLOGO

Todo ha sido poner el título i—¡lo que es tener hecha la mano!—sentir una comezon por escribir un artículo sobre los prólogos, que han entrado a formar parte de las costumbres chilenas.

Voi, pues, a permitirme la satisfaccion de este inocente deseo, aunque no sea mas que a medias i para no perder la costumbre. Así mataré dos pájaros de una pedrada (si es que no caen mas), i este libro aparecerá de costumbres desde su primera pájina, contando ademas,—i esto es lo mas importante para mí,—con un artículo que no estaba en mi tintero.

¿Qué se entiende por prólogo? Segun el idioma i el significado que se da al que se pone en los libros, es la introduccion o advertencia del autor para explicar el objeto o fines de su obra i dar los demas pormenores que tengan atinencias con ella o su publicacion. Pero segun la costumbre, que todo lo desvirtúa o corrompe, el prólogo ha dejado de

público con la confianza que siempre me han inspirado su bondadosa induljencia i su afición a esta clase de lectura.

Voi a satisfacer uno de mis principales deseos, el de ofrecer una obra chilena en todo i por todo.

Precisamente en esto,—el chilenismo,—hago consistir el mérito de mis trabajos literarios, si es que lo tienen. Siempre he tratado de darles colorido propio, nacional, poniendo el mayor esmero en no apartarme de la verdad, sea en las escenas sociales, o sea en los cuadros de costumbres populares, i no sólo en su forma esterna, sino tambien en el espíritu de los individuos, sus buenas i malas condiciones, sus hábitos, preocupaciones, defectos, gustos, etc.

Si he conseguido acercarme siquiera a la verdad, no dudo de la aceptación o por lo ménos de la induljencia del lector tratándose de un jénero difícil i para el cual se requieren condiciones tan especiales.

Hai quienes creen, i lo han dicho mas de una vez, que Chile no tiene costumbres propias. Los que eso dicen es porque tal vez no las conocen, i no las conocen porque no las visto o no han sabido buscarlas. Si nuestro país no las tuviese en realidad, no tendríamos tampoco libros como los de Jotabèche i Alberto Blest Gana, quienes han adquirido merecido renombre por el colorido nacional, esencialmente chileno, de sus escenas o cuadros de costumbres, i por sus personajes o tipos tomados del natural.

Si de las literaturas pasamos a la pintura, ¿quién no ha admirado tambien, por su verdad i colorido nacional, los famosos cuadros de costumbres de Manuel Antonio Caro, i por lo mismo lamentado el abandono que han hecho de un jénero que con tanta aceptación cultivó en los primeros años de su entusiasmo artístico?

Las costumbres nacionales existen entre nosotros. Lo que

falta es quien las observe, las estudie i las sepa copiar, poniéndolas de relieve con los recursos del arte i del ingenio.

Por mi parte he hecho lo que estaba al alcance de mis fuerzas i del tiempo con que he podido contar. Otros, con mas facultades i mas tiempo disponible, podrán darnos trabajos concluidos i dignos de ser conservados como reflejos de nuestras costumbres i de nuestros adelantos literarios.

Ya habrá notado el lector que no ha sido mucho el elogio que como prologuista he hecho de mi obra, no obstante la tolerancia i libertad de la usanza moderna. ¿Cuánto mas no habría dicho de ella el amigo a quien hubiese buscado, o él buscándome a mí? Me parece que lo estoi oyendo:

«Tengo sobre mi mesa (casi todos los prologuistas i críticos dan a saber que tienen mesa, sea o no suya, porque esto es mui importante para formar el criterio del lector), tengo sobre mi mesa los trabajos literarios de un autor ya bastante conocido i cuyos méritos no necesitan de mis alabanzas. (¡Como si estuviera haciendo otra cosa!) Baste decir que este libro merece ser leído por toda clase de personas, cualesquiera que sean su ilustracion, sexo i edad, i ocupar en toda biblioteca un puesto honroso al lado de los mejores de costumbres chilenas, que no son muchos. Sus cuadros, tomados de nuestra vida real, están reproducidos fielmente; pero no sólo hai en ellos verdad, sino tambien arte, gracia natural i el colorido o sabor especial de nuestro pais. El estilo es sencillo, fácil, sin carecer de elegancia cuando lo permite el asunto. El diálogo está manejado diestramente, con soltura, con propiedad. Los personajes hablan por sí mismos, segun su condicion, su edad, su carácter i su naturaleza.

«Pero sobre todo hai orijinalidad, i en esto consiste su mayor mérito.

«Acaso podrian señalarse algunos defectos; pero qué obra humana es perfecta? (Verdad de Pero-Grullo que no ha de faltar). ¿I qué son los defectos al lado de las bellezas? Nada

mas que pequeños lunares. (Sin lunares no hai crítica posible). Tambien el sol tiene sus manchas . . . (Primero faltará la mesa que las manchas de sol). Una palabra ántes de concluir: este libro viene a satisfacer un deseo jeneral, porque, segun lo hemos sabido por su autor (aunque el autor no le haya dicho nada), todos le pedian hace tiempo que coleccionase sus artículos, augurándole un negocio seguro . . . »

Si esto i mucho mas habria dicho el prologuista, no veo por qué no podria decirlo yo sin causar un escándalo. Pero nó, no lo diré, ni ménos pediré a nadie que me lo diga, por mui loables i sanas que sean sus intenciones. Prefiero que juzgue el lector, aunque debe tenerme juzgado hace ya mucho tiempo.

I por último, si hai algunos que no puedan juzgarme porque no me conozcan todavía, razon demas para que se apresuren a comprar el libro, pues para casos como este es cuando se dice: “Quien no te conoce que te compre”.





UN RAPTO

NOVELA HISTORICA

I

Imitando a la jeneralidad de los escritores, aunque tal no sea yo, preciso será que empiece fijando una época.

Era, pues, el año 1817.

Valparaiso, si bien en ese tiempo no ostentaba mas que el pajizo rancho o la vetusta casa con sus murallas de fortaleza i aspecto de lo mismo; si varias de sus calles, por no decir todas, eran casi intransitables bajo muchos aspectos; si apenas se sentia ese movimiento, esa agitacion que hoi aturde a los de por sí aturridos provincianos que suelen visitarnos; si a su bahía no arribaba mas que de tarde en tarde i a los gritos de *navio! navio!* una que otra embarcacion *triguera* con dos o tres meses de navegacion desde los puertos del Perú; si sus habitantes no sabian mas que rezar bien, leer mal,

muchos apenas deletrear i no pocos ni el *Cristo* conocer; si era una gran novedad encontrar en una casa lo que hoi se llama piano i entónces clave, dándose este nombre como célebre a la calle en que se tocaba; si no habia mas policía que la *sevillana* o la *daga* que cada cual ostentaba en su cinto o en la bota guardaba:—si Valparaiso tenia todos estos defectos, decimos, en cambio se vivia en él mas feliz que hoi dia. La crítica era entónces casi desconocida, o por lo ménos no habia llegado al grado en que la ha colocado la civilizacion, pues nadie ignora que a su impulso todo marcha, sea bien o mal. En esos tiempos se paseaba, se divertia, se comia, se dormia en fin con inocencia; i esto equivale a decir que se vivia con felicidad.

Acaso no será mucho avanzar si decimos que la naturaleza misma contribuia a solazar la vida del porteño. Con la primavera los alrededores de Valparaiso pasaban por una agradable metamórfosis: los campos o cerros que circundan la poblacion, ménos maltratados por la mano del hombre, se presentaban cubiertos de vejetacion i engalanados con las variadas flores que, si hoi abren su cáliz al amor del templado sol de primavera, es para probarnos que ellas tambien han ido dejenerando como la pobre humanidad!

Algunas humildes casas levantadas en esos cerros, casas que parecian haber brotado de la tierra junto con los árboles que las sombreaban, eran entónces verdaderas moradas de campaña. Colocadas en medio de ese estenso jardin silvestre, como era el campo en la estacion florida, sus moradores aspiraban un aire purificado por el mas saludable de los ambientes, cual es el que emana de las benéficas yerbas i plantas que producen nuestras tierras.

Penetrar en una de esas casas, contemplar cuanto objeto encerraban, conocer las costumbres o jénero de vida de sus habitantes, todo, todo equivale a encontrarse con la felicidad.

Empero, vamos a entrar con el lector en una de ellas, i ve

remos como la desgracia tambien allí buscaba asilo, así como supo encontrarlo en el *Paraiso* mismo.

Si no por novedad o interes, al ménos por lo frio de un viento casi glacial que sopla en una noche del mes de Agosto, noche clara-oscuro (i permítaseme la espresion) pues que una media-luna no disipa del todo las sombras de la noche; por nuestra conveniencia, pues, introduzcamos, aunque sea de rondon, en una casa situada sobre uno de los cerros que por el Oeste encierran la poblacion de Valparaiso, posicion prominente de donde se podia, a mui corta distancia, dominar todo el puerto con su agrupamiento de edificios i la bahía con sus esparcidas naves, yendo la vista a perderse, cuando no entre las cordilleras de los Andes, allá en el espacio en que se dilata el majestuoso océano.

Al poner el pie en el umbral, ya podrá inferir el lector que las ocho han dado, no porque en tan pobre casa hubiese reloj ni cosa parecida, sino porque la familia reunida reza con la mayor veneracion bajo la penetrante i escudriñadora mirada de sus padres.

Todo el ajuar de la casa consiste en unas cuantas silleas de madera, otras tantas de madera con paja, i hasta una de madera, cuero i paja: aquellas pintadas, éstas teñidas, i la última, de macizos brazos, mui dibujada i claveteada con algunos tachones amarillos, entre estos muebles sobresale por su venerable actitud un viejo escaño de seis patas i tres brazos, del cual colgaban las guedejas de dos grandes i motudos cueros de carneros parduzcos.

Sobre una mesita, estampados en lienzo unos, i en papel otros, veíase una congregacion de santos presididos por un Cristo de bulto, todos alumbrados mui de cerca por un esqualido velon de sebo. El grupo de la familia se hallaba prostrado sobre una tarima de madera que estaba cubierta con una estera que no dió de sí para lo demas de la pieza.

Terminado el rezo con «una salve para los que estuviesen en pecado mortal», los niños fueron desfilando en el órden

de edad i retirándose al dormitorio, pero no sin tener ántes lugar el correspondiente *besa-manos*, ceremonia en que el niño decia:

—La mano, padre.

—Dios te haga un santo, hijo, agregaba el padre, con las mejores intenciones de su alma, al sentir los inocentes labios en el dorso de la ríjida mano que poco ántes hiciera chasquear el látigo para *sacudir el polvo* a su querido hijo.

Luego, con el reposo de la familia, la casa quedó en el mayor silencio, siendo solo interrumpido de cuando en cuando por el cercano i casi aterrador valido de algun animal vacuno de los que estaban en el corral. I ya es tiempo de que el lector sepa que aquella casa era una lechería, cuya fama habia sido proverbial, no tanto por la buena calidad del artículo que se espendia, cuanto por ser su vendedora la mas linda, aguda i vivaracha de las lecheras.

II

Ahora que están solos los jefes de la casa, marido i mujer, porque los niños duermen ya el sueño de la inocencia, convenirá que les conozcamos mejor. El hombre, jóven aun, pues adenas tendrá unos treinta i cuatro años, manifiesta un mal-estar fácil de descubrir a primera vista. De uno ojos algo pequeños, pera tan negros como penetrantes, facciones nada toscas, pelo no mui negro, tez sonrosada, cuerpo ágil i de mediana estatura, lo hacian un hombre nada vulgar, de resolucion i enerjía: a pesar de su semblante un poco severo, se simpatizaba con él porque parecia tener un buen corazon i ser sus sentimientos de los mas delicados. Vestia a lo campesino: holgada chaqueta de sayal, pantalon corto de la misma tela, media gris i zapaton algo bronco.

La mujer representaba idéntica edad a la de su marido: un

tanto corpulenta pero bien formada, semblante macilento, facciones algo rudas pero que revelaban la resignacion i el sometimiento al trabajo, todo la hacia aparecer como la mas apropiado para cumplir con la mision de esposa i de madre a la vez. Su traje era tan sencillo i humilde como el de su marido.

Pasados algunos instantes en silencio i sin dirigirse ni una mirada siquiera el uno al otro, el hombre se levantó, i despues de dar algunos paseos por la habitacion:

—Rosa, dijo, me he determinado al fin; mi partido está tomado.

—Cómo! Siempre piensas en tomar una resolucion? Pues bien: yo te aconsejaria, Pedro, que te resolvieses a vivir en paz, a olvidar a quien en nosotros no pensó ni pensará talvez.

—Nó, eso es imposible: mi deber por una parte i mi desesperada situacion por otra, me aconsejan lo contrario.

—Si, a mi ejemplo, te resignaras, no pensarias en abandonarnos para ir en pos de la ingratitud. Deberes, atenciones mas sagradas te ligan a tus pequeños hijos.

—Tú cuidarás de ellos, Rosa: por mas que conozca la fuerza de tus razones, hai un poder que me arrastra Sí, esta noche misma salgo a la de Dios, i si, El mediante, encuentro a mi hija, estaré pronto de vuelta, pero no sin haber ántes vengado

—Cállate, desgraciado! le interrumpió la mujer. ¿Has perdido la razon para atreverte a ofender así a nuestro Dios? Con tales proyectos no pienses, nó, en salir ni ménos volver con felicidad al lado de tu familia. I luego, quien te guiará, a dónde dirigirás tus pasos con algun acierto, siquiera con remotas esperanzas?

—Cierto que son mui vagas cuantas noticias he adquirido, mas, la justicia de mi demanda, el instinto de padre, mi sed de venganza! Ah! seis meses sin saber de ella! Seis siglos de deshonor, de tormentos para mí! La encontraré, no lo

dudeis, Rosa, la encontraré aunque la hayan soterrado para sustraerla a mis pesquisas. I entónces volveremos a ser felices teniéndola a nuestro lado, i ella nos acariciará como siempre, i sus hermanitos ya no llorarán por su ausencia, i a nuestra casa volverá la calma, i la felicidad ¿No es verdad, Rosa?

Esta, al parecer tan resignada, a las palabras de su marido recordando a su hija no pudo proseguir afectando serenidad: las lágrimas se desprendieron de sus ojos, sin poder ocultarlas a la vista de su sagaz esposo.

El buen Pedro sintió que el corazón se le oprimía, i conmovido en extremo, exclamó:

—Ah! tú que me aconsejas la conformidad, también desesperas! Pero no llores, Rosa, que si un doble pesar te anonada en este momento al saber que estoy decidido a partir, consuélete la esperanza de tener aquí muy pronto reunida toda tu familia. Un presentimiento me dice que he de ser el portador de nuestro más valioso tesoro Empieza, pues, Rosa, por arreglar lo necesario para mi viaje, mientras yo ensillo mi caballo . . . Mi hermano Domingo queda a cargo de todo el ganado, ya le he hablado con anticipación.

Diciendo esto, Pedro tiró a un lado la tranca con que estaba asegurada la puerta que daba al corral, i salió en busca de su caballo.

Rosa, entretanto, con la vista empañada por las lágrimas que vertían de sus ojos, empezó a hacer los aprestos del viaje. Por más entera que fuese su alma i bien dotados sus sentidos, no podía sino con gran dificultad hacer lo que deseaba. Su imaginación, ora vagaba por un mundo desconocido para ella, i veía a su hija abandonada, sin recurso alguno, sin un pan que comer! ora se le presentaba su marido, dominado por la desesperación, amenazante, iracundo, dejándose caer sobre el raptor de su hija i vengando su deshonra! I después de todo esto, ella también abandonada en el mundo, sin marido, sin su hija i hasta sin razón ni hogar!

Entró, por fin, Pedro preguntando si ya todo estaba listo; a lo que contestó su buena mujer precipitándose en los brazos de su esposo, deshecha en lágrimas, la actitud suplicante i recordándole que siete hijos quedaban esperando su pronto i feliz regreso.

Al llanto de Rosa despertaron algunos de sus hijos: medio despiertos, medio dormidos, se precipitaron al centro de la casa, i colgándose de los vestidos de su madre, sollozaban, jemian, gritaban como bajo la impresion de una pesadilla. ¡Era la primera vez que se les alejaba su padre!

Pedro, casi fuera de sí, abrazó a su esposa, besó i acarició a sus hijos; luego, como un atolondrado, cojió sus botas de campo, un par de alforjas apertrechadas, descolgó sus espuelas i salió casi corriendo a tomar el aire que parecia faltarle a su respiracion.

Toda la familia le siguió; pero él, no bien logró ataviarse, saltó sobre su caballo pronunciando con dificultad estas palabras:

—Adios, Rosa! . . . mis hijos sobre todo! . . . mis hijos! . . .

Rosa entró con sus niños en la casa, i haciéndolos arrodillarse:

—Pidamos a Dios, dijo, que guie los pasos de ese buen padre!

III

El mes de Febrero de 1818 se presentaba como uno de los mas fecundos en acontecimientos: los desastres i calamidades de que diariamente se tenian noticias, provenientes ya de los encuentros de las fuerzas patriotas con las del rei, ya de partidas de guerrilleros que en sus correrías hacian prodijios, no tanto de valor como de barbarie, siendo el terror de las jentes pacíficas i abandonadas en los campos del Sur; los hechos de Pincheira, que la misma fama de la guerra pregonaba

con espanto; los grandes aprestos que se hacian para decidir en un próximo encuentro la causa de vida o muerte para el pais: todo esto i mas aún llenaba de consternacion a las familias, quienes temian, si no la vida de uno de sus miembros o de un amigo comprometido en la guerra, al ménos corrian peligro sus intereses, sus convicciones el riesgo de sufrir un doloroso desengaño: no habia persona, por insignificante que fuese su posicion social, que pudiese decir como en nuestras contiendas fratricidas de hoi dia: "Yo soi neutral: nada espero ni temo de uno ni de otro bando; lo que siento es el derramamiento de sangre, la ruina del pais." Ah! ¿i en esos tiempos no se apreciaban las vidas, no se lamentaba la ruina del pais? Era que entónces habia patriotismo i se peleaba por la independecia, por la libertad! Se peleaba por lo que habia de darnos patria, héroes i jénios, prosperidad i civilizacion!

Empero, volvamos a nuestro principal objeto: todos, pues, hacian esfuerzos por aniquilar al enemigo comun; todos tenian algo que evitar a sus hostilidades.

Un jóven patriota, como de 20 años, hermoso i de noble continente, hijo de un viejo hacendado del Sur, era uno de los que tenian tesoros que ocultar. Sabedor de que algunas partidas enemigas recorrian los campos vecinos i no tardarian quizas en caer por allí, tomó el partido de llevarse a la prenda de su alma, a su querida Aurora, lo mas distante posible de las casas de la hacienda, donde hasta entónces la tenia *guardada*.

Una noche montó en su caballo, se la echó a la grupa con el niño que llevaba en sus brazos, i picó al animal con direccion al bosque.

La noche era oscura, pero no tanto que hubiera impedido examinar de cerca la hermosa pareja que llevaba encima un manso i bonito animal.

Si no hubiese sido por los tres años en que la edad del jóven aventajaba a la de su linda [compañera, cualquiera no

hubiera considerado mui aventurado el tomarlos por hermanos gemelos.

Habremos hecho la descripción de ámbos personajes diciendo que Aurora era tan preciosa como su nombre, i su campañero el mas digno de ella.

La criatura que Aurora llevaba en sus brazos no tendria aun dos meses, segun podia deducirse del débil llantito que a veces se sentía.

Al llegar a una honda quebrada que era preciso atravesar por un estrecho sendero, por mui diestra que fuese Aurora para tenerse en el caballo, suplicó a su querido que la bajase de él para atravesar a pie todo el trecho peligroso.

—No, Aurora, confia en el buen animal que nos lleva: toma bien no mas el niño i sujétate de mi cintura.

—Pero, ¿no ves, Florencio, que el camino es pésimo i el menor resbalon

—No tengas cuidado: el caballo tiene medido palmo a palmo este mal paso.

Efectivamente; el animal parecia dotado de una inteligencia casi racional: de trecho en trecho se paraba un instante i bajaba la cabeza como para cerciorarse del terreno en que iba a sentar sus cascos.

Sin ningun contratiempo bajaron hasta el fondo de la quebrada; pero allí la criatura empezó a llorar mucho, por lo que Florencio creyó justo se apeasen por un momento. El niño calló luego que su madre le dió el alimento i el abrigo de su propio seno. Entretanto, Florencio se sentó al lado de Aurora, i con voz algo concentrada exclamó:

¡Hoi hace un año justamente que te poseo, querida mia, i aun no puedo volverte la calma que te robé! Bien sabe Dios que de mi voluntad no pende!

—Qué haremos, Florencio, si un fatal destino contraria tus deseos! Tú me has arrebatado, es verdad, la calma de que ántes gozaba; pero no es eso lo que siento: el golpe dado a mis padres, la tortura en que les tendré, la incertidumbre en

que vivirán respecto de mi suerte . . . esto es, Florencio, lo que amarga mi existencia, lo que me abate sin cesar!

—I nadie sería el autor de tus desgracias, alma mia, sino quien te ha precipitado en este laberinto que llamamos mundo! Pero ¿no participo yo tambien de tus inquietudes? ¿No sufro, i quizas con mas dolor que tú, los efectos de nuestro amor? Por desgracia, poco confias, Aurora, en la esperanza que me da aliento i que aun calma mi desesperacion

—¡Siempre es una esperanza lo que se ofrece al desgraciado como el iris precursor de la felicidad; cuando no pasa de ser un fantasma que se nos espera, fantasma que toma mas o ménos dimensiones, segun son los pensamientos que asaltan nuestra imaginacion!

· —Entónces desconfias completamente de la dicha que nos espera?

La jóven no contestó.

—Vé, Aurora, prosiguió Florencio, mi padre ha salido hoi para la capital, confiándome el cuidado de la hacienda a mí solo como el único hijo que posee. El espera únicamente a que el pais se tranquilice para emprender un viaje a Europa; i entónces podríamos unirnos para siempre, sin que él se atreviese a persistir en su negativa a nuestro enlace. Tenemos un hijo, i este nuevo motivo influirá poderosamente en su voluntad. Además, hoi he tenido noticias de que el ejército del rei se ve amenazado de muerte por las armas patriotas: en pocos dias mas estará terminada la guerra i afianzada para siempre nuestra libertad.

—Ah! bien sabes, Florencio, cuán poco confio yo en esas acciones i reacciones que nos tienen en continua zozobra!

—Esta vez, por el contrario, yo veo que estamos en vísperas para entrar en esa vida tranquila que nos hará felices a nosotros, al pais entero, a medio mundo en fin! Dios mediante, con fé espero este resultado.

El lo quiera, Florencio! Sin embargo, corren rumores de

que numerosas montoneras enemigas andan sembrando el terror, la muerte, la devastacion por los campos, principalmente en las haciendas en donden suponen o *saben que se arman algunos patriotas para defender sus derechos, sus propiedades, sus vidas*

A estas últimas palabras, Florencio fijó la vista en Aurora, porque notó que las recalca demasiado, lo cual le hizo sospechar que habria llegado a su noticia los preparativos que se hacian en la hacienda para el caso de ser sorprendidos por algunas fuerzas enemigas.

Eso no te inquiete, tímido i escelente corazon, le dijo Florencio afectando preocuparse mui poco de lo que Aurora le decia. Son cuatro desesperados los que han emprendido esa carrera; pero nosotros les haremos lo que se llama guerra de recursos, i a fé que si ellos llegan por nuestra hacienda

—Es lo que temo, Florencio; se dice que esos montoneros son una jente desalmada que no sabe lo que es compasion ni misericordia.

—¡Guerrilleros i nada mas! Con sus escaramuzas asustan a nuestros pobres campesinos, i entónces hacen de las suyas; pero que se acerquen por aquí, i ya verán como nuestros huasos, a palo i lazo, los tratarán como a perros.

Aurora parecia gozarse en contemplar a su querido miéntras se espresaba dando tan poca importancia a sucesos que le habian referido a ella de bien distinto modo.

—Que no te preocupe temor alguno, alma mia, le dijo Florencio; cuida de nuestro hijo, que lo demas irá bien.

Al recuerdo que hizo del niño, advirtió Aurora que se habia quedado dormido, i dijo:

—Seguimos adelante?

Florencio se levantó, i despues de colocar a Aurora en el anca del caballo, montó él sin que tan bien enseñado animal ni siquiera se moviese.

IV

La subida fué ménos trabajosa.

Continuó la marcha con toda felicidad hasta llegar al pié de elevadísimas montañas, cuya majestad apenas permitia ver como un átomo el rancho que parecian buscar los viajeros i que estaba casi perdido en la espesura del bosque.

—Hemos llegado, observó Florencio. Como ves, Aurora, este lugarcito ofrece por su posicion un seguro asilo contra todo lo que pudiera serte incómodo. En él no vive mas que el vaquero, su mujer i dos o tres hijos que tienen. Creo que aquí no encontrarás malo sino la soledad.

—Eso no importa, mi amigo; ya estoi acostumbrada con ella: lo que sí sentiré mucho será tu ausencia.

—Vendré diariamente a verte, dueño mio, i así no estrañaremos el cambio.

El caballo se habia detenido a una puerta cuyas varas le estorbaban el paso. Varios perros, saliendo de sus escondites, se precipitaron ladrando sobre el bulto que habian visto; pero luego parece que algo les dijo al olfato que la jente era de casa, i concluyeron por cayar i menear la cola.

La puerta del rancho fué abierta, apareciendo un hombre con una luz en la mano. Al llegar éste a las varas:

—Nos esperabas, Juan? le preguntó Florencio.

—Sí, señor, contestó el vaquero; desde temprano.

—Bien: recibe a Aurora, i muéstrale en seguida tus po-brezas.

—Señor, todas le pertenecen, i siento que nada valgan; pero el cariño lo suplirá todo, señor.

—Gracias, amigo, dijo Aurora; yo tambien soi una pobre i me avengo bien con las jentes de mi clase con tal de que sean honradas.

—Lo que es eso, señorita, ahí está mi patron que responderá por mí.

—Como nó: Juan es un buen muchacho, Aurora; hombre de bien, trabajador, i como tal el mas querido de mi padre; sujeto a quien yo tambien he distinguido de los demas inquilinos, i que ahora mismo doi de ello una prueba confiándole las prendas de mas valor que en el mundo poseo.

—De ellas, señor, responderé con mi vida!

—Gracias, Juan, gracias.

Todos se dirigieron en seguida al rancho, en donde se operó una completa revolucion: los niños se metian en las petacas, la mujer daba vueltas sin saber que hacer; i todo porque el *rico* habia llegado a la casa.

Así que las cosas volvieron a su estado normal, no se cansó Florencio de recomendar a su amante Aurora con su hijo. Todo sacrificio exijia para ellos i solo para ellos.

Escusado será decir que Florencio se despidió esa noche de una manera harto orijinal, i para hacerlo así él tenia sus razones. Aurora lloró, le abrazó, le presentaba repetidas veces a su hijito; i para ello tambien Aurora tenia sus razones.

Juan acompañó a su patron hasta bien distante de su rancho.

—Señor, le decia por el camino, ¿viene Ud. mañana?

—Talvez, pero es preciso que tu vayas bien temprano para entregarte varias cosas que harán falta a Aurora. Tengo que hacerte tambien varios encargos, pues quiero preverlo todo. Tú sabrás que las guerrillas de Chillan han pasado ya el Itata, i es preciso estar alerta. ¡Quién sabe, Juan, lo que puede suceder!

—I hai armas en la casa, señor?

—Mui buenas, i creo que mi jente sabrá aprovecharse de ellas. . . . No dejes, pues, de ir mañana; pero de esto nada digas a Aurora. Buena noche, pues, Juan.

—Dios le acompañe, señor.

V

Estando para entrar en accion los dos ejércitos que debian dar por resultado el triunfo de las armas patriotas en los campos de Maipú, cuatro guerrillas, organizadas en Chillan por los defensores de la causa del rei Fernando VII, salian para el Norte al mando respectivo de sus jefes Ibáñez, Zapata, Pincheira, i el vizcaino don Francisco de Mendoza, este último comandante en jefe de los cuatro pelotones de guerrilleros.

Estas fuerzas se componian de españoles, alguno hijos del pais amantes de la monarquía, i tambien de jentes que tomaban las armas porque encontraban razon para ello, sin poder darse cuenta de la causa que defendian, ni ménos si buena o mala era la que iban a combatir.

En su tránsito por los campos habian dejado bien trazadas sus huellas.

Los Maulinos, patriotas decididos, al saber que esas montoneras debian sorprenderlos, mudaron como por encanto su poblacion a la márjen opuesta del rio Maule. Hasta la única campana que habia en el pueblo se la llevaron consigo; pero no calcularon los infelices que sin armas ni recurso alguno con que defenderse, serian estériles todos sus esfuerzos de resistencia. Así fué que, cuando ménos se lo imaginaban, una montonera les cayó encima, i despues de una hora de disparos recíprocos de fusilería desde una márjen a otra del rio, el triunfo quedó por el rei: allí se pudieron tomar algunas embarcaciones, i atravesando el rio se hicieron varios prisioneros. Maule era, pues, ganado por los fieles sostenedores de la monarquía.

Entretanto, Pincheira hacia de las suyas por otra parte: llegaba a los poblados i preguntaba si no habian visto pasar

por allí a *esos picaros godos*.—«Sí, le contestaban, no hace mucho atravesó por aquí una montonera haciendo desatinos.»—«Ah! bribones! ¿No tienen Uds. caballos i armas para que los sigamos?» «Cómo nó,» decian los pobres huasos, i salian de sus casas armados i en disposiciones de perseguir a los godos. A poco andar, Pincheira los ponía a la vanguardia de su jente i los hacia fusilar traidora i cobardemente por la espalda.

Sigamos, pues, los pasos de esas célebres guerrillas, que ya han atravesado los rios Itata, Maule i Mataquito. Avanzan para el Norte i preparan un golpe a una hacienda que estaba como a una legua solamente del último de estos rios.

Probable es que el lector haya inferido que el punto objeto del asalto premeditado por la guerrilla, no es otro que la misma hacienda en que Florencio preparaba su jente para el caso de un ataque de los montoneros.

Justamente el inmediato dia de haber llevado a Aurora a casa del vaquero Juan, cuatrocientos i tantos guerrilleros invadieron la casa de la hacienda cuando el dia aun no aclaraba bien i estando los inquilinos completamente desprevenidos. Estos desgraciados no tuvieron tiempo ni para echar mano a sus armas: la dispersion, la fuga fué el único partido que pudieron tomar; empero los despiertos defensores del rei Fernando rodearon en un momento los potreros de la hacienda i con sus tiros hicieron replegarse a las casas la mayor parte de los que huian.

Dueños del campo i bien asegurados los insurjentes, de los cuales mui pocos pudieron escaparse, debia formarse un consejo para juzgarlos. De veinte i tantos prisioneros, siete fueron condenados a muerte, ejecucion que debia tener lugar al siguiente dia.

Florencio fué tambien cojido, i considerado como jefe o cabecilla, se le sentenció a sufrir la pena capital como a los mas comprometidos de sus subordinados.

Un cuarto le fué designado para que le sirviese de calabozo, i en donde debia pasar las horas de capilla encomendando su alma a Dios sin mas socorro ni consuelo espiritual que el que pudiera encontrar en su conciencia, en su propia alma, en la religion que profesaba!

Al verse solo, prisionero i reo de muerte, su primer pensamiento fué consagrado a Aurora i su tierno hijo. ¡No haber podido siquiera dejar su nombre como herencia léjítima a tan desgraciada criatura! ¡Sorprenderle la fatalidad precisamente en el momento mismo en que pensaba asegurar la suerte de sus mas caras afecciones, i para lo que solo esperaba al vaquero Juan! Qué seria de este! Si tambien lo cojerian al presentarse en la hacienda sin saber lo ocurrido! ¡Qué golpe no se daria a Aurora al noticiarle de su prision, de su fin! Si podria ¡tierno i amante corazon! resistir a la pérdida de su primer amor! Qué suerte correrian en el mundo ella i su hijo!

Estas i otras reflexiones preocuparon su imaginacion por largos momentos. Encerrado i sin que la mas ténue luz penetrara en su calabozo, se le presentaba asaz sombría i tétrica su situacion. Ignoraba completamente la suerte que cabria a sus inquilinos; pero de tiempo en tiempo los agudos gritos i lamentos de alguna madre o esposa que penetraba hasta su estrecha prision, iban a orientarle un tanto del jiro que tomaba la causa de sus pobres jentes. Esto, que hubiera podido conformar a una alma egoista, ponía en la mas desesperante situacion al noble i buen Florencio; pues él se consideraba el autor de todas las desgracias que pudieran sobrevenir a sus probres huasos, esas almas tan sencillas i grandes, como humildes i sumisas aparecian en su exterior!

—He aquí el abismo a que he arrastrado a esos infelices! se decia Florencio. ¿Qué les importaba a ellos ni a mí la independencia ni la libertad? ¿Quedaré siquiera algun recuerdo de esas víctimas que van a ser sacrificadas por el despotismo? ¿Serán inscritos sus nombres en las sagradas pájinas

de los mártires de la patria? Error! Ahí está el redentor del jénero humano que parece le veo rechazar mis quejas! Ah! Dios mio! Solo vos, justo apreciador de nuestros actos, podreis darnos la resignacion que necesitamos para morir con espíritu tranquilo, con el pensamiento elevado solo hácia vos! No nos abandonareis, nó, cuando hemos cumplido con el mas santo de los deberes de un ciudadano! Venga, pues, la muerte, que con valor, con entusiasmo la espero!

I como un idiota en todo el acceso de su demencia, empezó a dar fuertes i repetidos golpes a la puerta de su calabozo. Esta fué abierta, i presentándose un realista armado:

—Qué quiere, qué tiene Ud? le preguntó.

Al fijarse Florencio en el individuo que le interrogaba, no no pudo ménos que asombrarse de su aspecto, pero sin poder darse cuenta del motivo.

—Me parece Ud. un buen hombre, i desearia me hiciese el servicio de llamar a sus jefes.

—No hai inconveniente, jóven.

El realista, despues de encomendar a otro de sus compañeros el cuidado del prisionero por un momento, fué él mismo en solicitud de lo que deseaba el reo que estaba custodiando.

No tardó en volver con los jefes.

—Qué se os ofrece, amigo? preguntó el que parecia ser el superior de todos.

—Señores, aunque he considerado como proverbial la hidalguia de los realistas, quiero de ello tener ahora una prueba: perdonad a esos inocentes que teneis condenados quizas a morir; no tienen mas culpa que el haber obedido como buenos servidores al patron que les da el pan. Aquí me teneis: yo soi el único culpable; disponed de mí . . . ¡Dejadme morir siquiera con la conciencia tranquila!

—Sentimos no poder satisfaceros: ya estais todos juzgados como rebeldes, i aquí no hai apelacion Centinela! cerrad esa puerta, i cuidado con el prisionero!

VI

Qué era del vaquero Juan?

En cumplimiento a la órden de Florencio, con noche aun montaba en su caballo i se dirijia a las casas de la hacienda: no le faltarian diez cuadras para llegar a ellas, cuando sintió algunos tiros que le hicieron detener el caballo como por un golpe eléctrico. Fijó luego la vista en el lugar de donde habian salido, i no tardó en ver la dispersion de jente i el rodeo que practicaban los realistas. Dudando del confuso laberinto que se presentaba a sus ojos, resolvió detenerse por algunos momentos para poder cerciorarse del desenlace que tuviera aquella escena. Le bastaron algunos segundos para conocer la realidad: un fujitivo, caballero *en pelo*, parecia tomar la direccion en que él se hallaba. Juan no esperó otra prueba que pudiese costarle cara, i tornando la rienda de su caballo, le clavó la espuela para volver atras al escape.

En un momento se puso Juan en su rancho. Al verle tan pronto de regreso su mujer, que ya estaba en pié con todos sus hijos, no pudo ménos que preguntarle por la causa de su pronta vuelta; a lo que el vaquero solo contestó llevando el dedo a la boca en señal de que convenia guardar silencio.

Aurora, que no habia dormido en toda la noche a causa de los fatales presentimientos que la agitaban, sintió la llegada de Juan i notó el silencio que sucedió a la pregunta de su mujer. Saltó de su humilde lecho i, apenas vestida, salió fuera del rancho, en el mismo instante llegaba a todo galope el jinete que habia dejado atras el vaquero. Los recelos de Aurora fueron confirmados.

—Qué sucede, Dios mio! esclamó.

—Una gran desgracia, señorita, gritó el recién llegado; la hacienda está llena de montoneros! No sé cómo me he escapado!

A las primeras palabras, Aurora lanzó un grito, Juan dió algunos pasos con el objeto de interceptar la noticia, su mujer se quedó como clavada en donde estaba, i los niños corrieron hácia ella como los polluelos cuando sienten el zumbio del halcon cruzando el aire!

—Ah! bien me lo decian, i mi corazon lo confirmaba! exclamó Aurora. Juan, dadme un caballo, por Dios, un caballo para ir a las casas! Quiero salvar a Florencio, aunque me cueste la vida!

—Pero, señorita, eso es imposible! El patron no tardará talvez en llegar, i una vez entre nosotros, estará seguro, porque es difícil, para uno que no sea *vaqueano*, elegir con acierto el camino que, entre otros muchos, parte del *llanito* para penetrar en este espeso bosque.

—Si no me dais lo que os pido, me marcharé a pié; no hai tiempo que perder!

—I el niño, señorita Aurora? observó la mujer del vaquero.

—El niño? Es verdad! Pero nó, le llevaré conmigo, i estoi cierta que su presencia influirá en los sentimientos de los enemigos.

—Esto no lo consentiré yo, dijo Juan; respondo de Ud., no solamente a mi patron, sino que ante Dios tendria que dar cuenta de mi descuido o debilidad. Señorita, yo no le de-jo partir de mi rancho.

—Insensato! I Florencio? ¿Creeis que tenga valor para dejarlo en manos de esos verdugos, sin tocar ántes cuanto resorte pueda?

—En ese caso, yo seré quien vaya a las casas; i aunque peligre mi existencia, por lo ménos me acercaré lo posible para saber algo de la suerte que haya cabido a mi buen patron.

—Tambien yo me hallo en el deber de dar hasta mi vida, si necesario fuese, por el caballero Florencio, dijo con emocion el que habia llegado poco despues del vaquero. Yo te

acompañó, Juan, i sabremos de nuestro patron apesar de todo. Mudemos caballo i . . . confie en Dios, señorita, añadió dirijiéndose a la desesperada jóven.

—Acepta este partido? preguntó Juan a Aurora.

—Sí, pero bajo la condicion de tomar mis medidas en caso de que no esteis de vuelta en tres horas mas con buenas o malas noticias de Florencio.

—Convenido, dijo Juan.

En un instante fueron ensillados los caballos i partieron los dos inquilinos, quedando Aurora i la pobre mujer del vaquero en la mas azarosa situacion, llorando ámbas a dúo i consolándose recíprocamente.

—No parece sino que alguna maldicion viniese pesando sobre mí desde algun tiempo a esta parte, decia Aurora. No podria yo, Josefa, sobrellevar estos contratiempos, si mi amor a Florencio i a esta infeliz criatura no me dieran el valor necesario. Solo anhelo la vida por ser útil a ellos, para consagrarles mi atencion, mi cariño, mi amor todo!

—Bien hace Ud., señorita Aurora, decia Josefa, porque esa es una gran virtud que Dios le premiará algun dia. No pierda la fé, i ya verá como El que todo lo puede no se hará sordo a sus clamores Pero qué le daría a Juan! Irse así no mas a meter a las casas! Es tan bárbaro ese hombre, señorita Aurora, que talvez va a introducirse con el otro allá entre esos realistas endiablados i capaces de comerse vivos, no digo a ellos I entónces que haría yo, señorita, con esta *parvada* de niños? Dónde encontraria un rincon en que meterme con ellos?

—Pierde cuidado, Josefa, que yo tengo familia i estoi segura de que mis padres no me han olvidado aun. Si Dios nos abandonase en estos lugares, saldriamos a pedirles a ellos un asilo, que demasiado buenos son para que pudieran negárnoslo.

—I por qué Ud. dejó a sus padres, señorita Aurora?

—Ai! Josefa! Mi historia es bien larga para que en la actual situacion pudiera referírtela! No sé si la fatalidad o que

poder irresistible fué el que me arrancó del seno de mi familia; lo cierto es que mi vida perdió desde entónces esa dulce calma que solo sabemos apreciar cuando la hemos abandonado sin saber lo que ella vale.

Por algunos instantes no salió Aurora, ni la inculta Josefa, de ese círculo en que se encierra toda criatura que se cree la mas desgraciada del mundo. El consuelo es Dios, esa fuente saludable al espíritu en que todos beben la esperanza que les alimenta creo que mas allá del sepulcro.

Dos horas no habrian trascurrido, cuando se sintió en el rancho del vaquero el inmediato galope de caballos.

Al apercibirse de ello Aurora, al instante se alzó de su asiento, pero las piernas casi no podian resistirle; las fuerzas le faltaban. Una palidez, hermosa si no hubiese sido mortal, cubria su semblante; el corazon le palpitaba con violencia; su cuerpo todo temblaba.

Aurora no tuvo valor para interrogar a Juan; pero con su actitud, con la mirada mas espresiva fué a confundir al vaquero que llegaba sin saber como dar la mala noticia de que era portador.

—Señorita Aurora

—Habla, Juan! No me mantengas en esta situacion!

—Estamos mal, señorita Todo debemos esperar solo de Dios!

—Dime cuanto sepas, hombre despiadado! Qué es de Florencio, dónde está, si vive o muere

—Vive *aun*, señorita.

—*Aun?* Cómo es eso? Espílicate, Juan: ¿acaso corre peligro la vida de mi amor?

El vaquero no contestó: inclinó la cabeza i gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

—Juan, no me ocultes la verdad! Quieres mentir, i tú mismo te descubres! Ah! lloras en lugar de hablar! Qué es lo que ocurre, Dios mio!

—Hemos sabido que está sentenciado a *muer-*
te!—articuló apenas el pobre vaquero.

La última palabra produjo en Aurora un efecto terrible. Pobre jóven! Fué a caer en los brazos de Josefa!

VII

Decretado estaba: siete *insurjentes* i su jefe debian ser pasados por las armas. La hora se aproximaba ya, i ni la mas remota esperanza de salvacion venia siquiera alucinarles en sus últimos momentos. Amantes padres muchos de ellos, i todos buenos patriotas, morian con el corazon dividido, mitad para sus hijos, mitad para la patria! Aunque rústicos por sus maneras i la ninguna educacion que habian recibido, sus producciones, sus palabras de dolor o de consuelo eran a veces sublimes, siempre de inapreciable valor; palabras que salian del alma de esos hombres con la misma virtud que el agua tiene para buscar su curso natural, la flor para esparcir su aroma, el sonido, la luz i el viento para cruzar el espacio: emanacion de la naturaleza!—todo ello obra divina, el soplo de Dios!—nada de ficticio!—nada que fuera efecto de esfuerzo humano!

Quien hubiese visto a aquellos infelices, habria sentido i llorado como ellos. No hacian vana ostentacion de héroes, ni orguyo necio habia en su humilde valor. Resignados esperaban la muerte, es verdad, pero con esa resignacion santa del que espera el martirio sin que nada le desespere, que llora sin lamentos ni sollozos, que vierte lágrimas sin inmutarse por mas que padezca el alma.

Temprano se les advirtió que debian prepararse a recibir la muerte.

—Como buenos cristianos, siempre listos la hemos esperado, contestó uno de ellos.

—Vais a morir por la patria, les observaba con cierta sorna el jefe realista.

—I por la patria nos salvaremos, contestó otro de los prisioneros

—Bien! Que siquiera esa esperanza os ayude a bien morir.

Diciendo estas palabras, el jefe de la guerrilla se retiró para ordenar se hiciesen los preparativos. Estos consistieron en designar los tiradores que debian gozar del *privilejio* de ultimar a los insurgentes.

En seguida, preparadas las ligaduras, las carabinas cargadas, los reos salieron escoltados por sus enemigos.

La operacion era asaz sencilla para los realistas. A poca distancia de las casas habia una gran vara que servia como atadero de bestias. Pues bien: allí mismo fueron amarrados de las manos los siete patriotas. Sostenidos por sus propios pies, la vista descubierta, el corazon puesto en Dios, alentándose unos a otros, recibieron una descarga cuyos ecos fueron a herir a mas de un corazon!

El humo envolvió a los reos. Horribles i estraños gritos sucedieron a la descarga

Aclarada un tanto la escena, se vió a esos desgraciados, los unos descansando ya, los otros luchando aun con la muerte, algunos se habian desprendido de la vara, i despavoridos corrian sin saber a dónde: luego les alcanzaba una bala i entónces, o caian redondamente, o dando alaridos se detenian, vacilaban hasta que iban a revolcarse en su propia sangre! Hubo hombre ¡i cosa estraña! que dejó atadas en la vara sus dos manos i echó a correr hasta que algunos tiros le detuvieron en su insensata fuga! (1)

(1) No nos atreveriamos a dar crédito a tan estraordinario incidente, si la persona a quien debemos estos datos no la considerásemos digna de todo crédito, tanto por su conducta, cuanto por haber sido, no sólo testigo presencial, sino uno de los principales actores en estas escenas.

Tal fué el fin de esos pobres campesinos: murieron a manos de encarnizados e implacables enemigos. El martirio fué cruel, atroz!

Empero aun padece un patriota, todavía pena en el mundo otra víctima: Florencio!

Pobre jóven! Los cortos momentos trascurridos desde que fué encerrado en su prision, eran para él siglos durante los cuales se habian desenvuelto acontecimientos los mas extraordinarios, en que habia visto trastornarse un mundo que ántes viera risueño i encantador!

¿Acaso seria un sueño todo aquello, su razon la trastornada, sus sentidos los que habian sufrido esa completa metamórfosis? “No, no! esclamaba de repente; todo es realidad! Estoy perdido para mi Aurora, para mi hijo, para mi buen padre! I no sabré lo que es libertad, ni alcanzaré a ver independiente a mi patria!”

En ese momento sentia en el patio un extraño movimiento: eran los pasos de los reos cuando les conducian a la vara sus custodias.

—Centinela! gritó Florencio por la cerradura de la puerta.

—Qué hai? contestó el guardia.

—Dígame, por favor, qué contiene ese ruido?

—Le interesa?

—Sí.

—Son sus jentes que marchan para la eternidad!

Florencio se estremeció como si de la boca del centinela hubiese salido una corriente electro-galvánica. Luego, la rodilla en tierra, cruzados sus brazos, inclinada la cabeza, oprimido el corazon, empezó a rezar por el descanso de aquellas almas que iban pronto a comparecer ante el excelso tribunal.

Al estruendo causado por la descarga, Florencio apretó los ojos, como queriendo sustraer su vista a un espectáculo que tuviera por delante; los dientes le crujieron; sus miembros experimentaron una fuerte contraccion, como si sobre

ellos hubiese ido a caer el filo de una cuchilla. Quedó como petrificado!

VIII

Rechinó la cerradura de la puerta, i entónces Florencio volvió en sí. Un realista, el mismo cuyo aspecto le sorprendiera poco ántes, entró esta vez a su prision.

—Caballero, le dijo, Ud. me sigue.

—¿A dónde? preguntó Florencio dando dos pasos hácia atras.

—Luego lo sabrá Ud.; venga conmigo.

—Pero, amigo, debo hacer algunos preparativos Tengo un hijo, una mujer, i no me obligareis a dejarlos abandonados en el mundo. Tambien poseo un padre, cuyos intereses represento

—Eso no impide, jóven, que yo cumpla con *mi deber*. Vuestros deseos se cumplirán, no lo dudeis.

—Ah! bien sé que me engañais! Vais a matarme como acostumbrais vosotros; quereis degollarme como a bestia feroz!

—Ud. se engaña, señor

—Permitidme siquiera que encomiende mi alma a Dios! . . . que rece un acto de contricion!

Diciendo esto, Florencio se hincó, i dirijiendo su vista al cielo, comenzó a rezar en alta voz, pronunciando cada palabra de la oracion con toda su alma, como si estuviera ya en la presencia divina del Altísimo.

El realista no pudo ménos que quitarse el sombrero, i aun se hubiera arrodillado, a no haber temido las importunas miradas de sus compañeros. A tal extremo llegó la ternura del realista, que algunas lágrimas corrieron por sus tostadas mejillas.

—Vamos, señor, ya no puedo permitir que se prolongue por mas tiempo esta situacion Palabra de honor, yo no le mataré, ni tendria valor para ello; mas aun: Ud. no morirá, se lo juro.

Sin atreverse a levantar, Florencio fijó su vista en aquel hombre de tan extraordinaria conducta en esos tiempos de estremo i barbarie.

—Vamos, pues, señor, confie Ud. en mí.

Al decir esto, el buen realista se adelantó hácia el prisionero, i alargándole la mano:

—Levántese Ud., le dijo; yo le acompaño, no le conduzco.

Florencio, tomándose del brazo del realista, salió de su calabozo. Aunque marchaba con paso firme i su aspecto manifestaba una gran resolucion, no pudo ménos que temblar i aun perder mucha de su entereza de ánimo al presentársele un sangriento i sombrío cuadro, tanto mas horroroso para él, cuanto que alguna de las víctimas eran hombres cuyos brazos le habian estrechado en su infancia!

El realista se apercibió de la fuerte impresion del jóven, para darle una explicacion:

—Esto sí que no he podido evitárselo, dijo. He conseguido su perdon, pero a condicion de hacerle pasar por este duro trance.

—Mi perdon!! . . . exclamó Florencio.

—Sí. luego estará Ud. libre; pero no sin presenciar ántes lo que la patria promete a sus hijos.

Entretanto habian llegado al lugar mismo en que estaban los cadáveres de los recién fusilados.

A Florencio se le escapaban de sus ojos dos corrientes de lágrimas, por decir así; i su alma entraba en mayor tortura a medida que iba reconociendo a sus desgraciados inquilinos, los unos con las manos atadas aun i colgando de la vara, los otros tirados a poca distancia i en las mas tristes posiciones!

En vano Florencio pretendia apartar la vista de tan sombría escena: para eso hubiera sido preciso salir de aquel re-

cinto; i con todo, la hubiera llevado siempre grabada en su memoria.

—Repito a Ud., pues, lo que se me ha mandado, decia el realista. Desengañese Ud., jóven inesperto; estos son los resultados de una mala causa, los frutos que se recojen en el extravio; a esto se reduce lo que brinda la patria.

I le señalaba con el dedo los cadáveres de los patriotas.

—Basta ya! exclamó por fin Florencio. Prefiero que me conduzcais al suplicio de una vez, ántes que pasar por este martirio humillante! Estoy dispuesto: despachad!

—Calma, jóven, calma. Yo, a mi pesar, no hago mas que cumplir con las condiciones bajo las cuales he conseguido vuestra salvacion. Algo os habia de costar la *libertad*.

—¡Cómo! es una realidad mi salvacion? I a vos es a quien la debo?

—Dudais acaso? Venid, jóven; luego os daré la prueba.

El realista atrajo así a Florencio i se dirijio con él hácia los potreros de la hacienda.

Al salir al campo, Florencio no pudo retener un suspiro que se le escapó.

—Ah! ah! parece que respirais con mas holgura, dijo el realista. Ahora yo envidio vuestra suerte. Estais libre miéntras a mí me espera quizas la muerte a dos pasos de aquí! Sin embargo, algo bueno habré hecho en el mundo i Dios tendrá piedad de mí! Adios, jóven; disponed de vuestra libertad!

Quiso marcharse el realista, pero viendo que Florencio se quedaba pasmado de admiracion sin atreverse a dar un paso:

—Adios os digo jóven, repitió alargándole la mano.

—Adios! exclamó Florencio abriendo los brazos i estrechando en ellos al realista con la mayor efusion.

IX

Los guerrilleros hacian sus aprestos para dejar al dia siguiente el teatro de sus proezas. Abandonarian la hacienda para volver a Talca, en donde mas tarde debia recibir la noticia del descalabro del ejército realista en los campos de Maipú; noticia funesta que habia de obligarles a emprender la retirada al Sur con los fraccionados restos de las tropas vencidas, derrotadas i perseguidas no sólo por las fuerzas enemigas, sino por los paisanos, por las mujeres i hasta por los niños patriotas!

No bien entrada la noche, algunos de los realistas se hallaban reunidos en los corredores de las casas de la hacienda, refiriendo cada cual algun incidente o pormenor de los encuentros que con el enemigo o con jente inerme habian tenido.

—Pues en el Maule volví a nacer yo, decia uno; figúrense Uds. que el granadero que hice prisionero me tuvo a la boca del cañon de su carabina, i no se atrevió a disparar el arma.

—I cómo fué eso? preguntaron varios.

—Lo van a saber: viéndose el pobre mui acosado cuando pasamos el rio en su persecucion, dirijió su caballo al monte; yo le seguí de cerca, pero al llegar a un lugarcito mui boscoso, se tiró caballo abajo i se me perdió en la espesura. Sin vacilar, tambien eché pie a tierra i empecé a buscarle; pero en vano. Cansado ya de husmear como un perdiguero, me vuelvo para retirarme, cuando veo a mi buen granadero con el arma preparada, apuntándome de mampuesto i a quema ropa.

—Cobarde! exclamaron casi todos a la vez.

—Infeliz! digan ustedes, observó en tono de reconvenccion cierto cabo que, algo melancólico al parecer, se hallaba a algu-

na distancia de sus compañeros, apoyado en uno de los pilares del corredor.

—Hombre semejante no merece ni compasion, dijo uno de los del grupo.

—Te equivocas, Bermudez, replicó el cabo; aprecia por un momento la situacion de ese infeliz, ponte en su lugar, i en seguida contéstame. Si dudas aun del valor de ese hombre, pregunta a Palacios cómo murió cuando le fué confiado a sus manos.

—Cómo! Era ese el granadero? preguntó con asombro el guerrillero Palacios.

—El mismo, el prisionero del bosque.

—Pues les aseguro, amigos míos (i aquí tenemos testigos), que murió como pocos de los que caen en nuestras manos. Le conduje a un punto a propósito, i apenas me detuve, sin que se lo mandase ni dirigirme una sola palabra se hincó con la mayor serenidad; luego se santiguó, murmuró algo parecido a rezo, i, la vista baja, hecho una estatua, recibió el único hachazo que necesité darle para acabar con su vida. I parece que supe matarle! Creo que le rasgué hasta el alma!

Las carcajadas de los realistas fué una especie de aplauso a las palabras del valiente Palacios.

—No hai duda, continuó; estos demonios de huasos son unos bárbaros. ¿Vieron ustedes a aquel que nos salió al camino i se presentó al comandante en demanda de justicia? Por Cristo, que aquello me horrorizó! Llevaba aquel hombre todas las tripas afuera i sujetas solo con un pellon que él mismo quizá se habia atado a la barriga. ¡Cuando el Comandante esquivó la vista, diciéndole se fuese en demanda de medicina i no de justicia cómo seria aquello! No sé como ese pobre se sostenia sobre el caballo.

—Luego caeria, dijo uno.

—I quién le despachurraria? preguntó otro.

—Bah! alguno de nuestros filudos cortantes, agregó un tercero.

Entretanto, un campesino que se habia ido acercando poco a poco a los montoneros i llegado a entablar conversacion con algunos de ellos, les preguntaba, como por mera curiosidad, cuál de los que allí se encontraban era el que tan milagrosamente habia conseguido el perdon del *rico*.

—I qué te va en ello? le preguntó uno los realistas.

—Es que

—Ahí está, es el cabo Montero, le interrumpió otro señalándoselo con el dedo.

—Como me lo pintó el patron; él es, dijo para sí el campesino.

—Qué hai? contestó el cabo aludido acercándose al desconocido.

—Nada amigazo; es que deseaba conocerle por su buena accion.

I aproximándose cuanto pudo, por debajo de su largo poncho le pasó clandestinamente una carta, diciéndole en voz mui baja:

—Esto le puede ser mui útil, amigo.

El realista se guardó la carta al instante.

En seguida rodó la conversacion sobre asuntos insignificantes para los realistas.

El cabo Montero, el salvador de Florencio, comprendió al momento que la carta procedia del jóven a quien no ha mucho habia arrancado de las garras de la muerte.

Pocos momentos despues, se ausentaba el campesino, quien, ya lo supondrá el lector, no era otro que el vaquero Juan.

Una hora mas tarde, toda aquella jente dormia bajo la alerta custodia de los centinelas que se habian distribuido por todas las avenidas. Sin embargo, hai uno que no puede entregarse al reposo: el cabo Montero. Los acontecimientos del dia con todos sus horrores los tenia tan presentes, que en vano hacia esfuerzos por repelerlos de su imaginacion. Pero ¿era esto solamente lo que le impedia conciliar el sueño? No!

Entre otros pensamientos que venian preocupándole desde tiempo atras, prevalecia el de buscar un medio de abandonar aquel puñado de hombres cuya conducta no podia conformarle, ni ménos imitarla con crueles acciones como las que habia visto en ellos.

Se acercaba ya el nuevo dia, sin que al buen cabo le abandonase el insomnio, cuando sintió pasos i luego percibió un bulto que se dirijia a donde él estaba. ¿Qué buscaba esa sombra con sus pasos lentos i misteriosos? Por qué se levantaba cuando todos dormian? Una funesta idea asaltó luego la mente del cabo: aquel bribon habia visto sin duda la carta que le entregaran, i creyéndola de suma importancia, como era mui probable, trataba de hurtársela a *toda costa*. En efecto; luego vió que el bulto se inclinó, i con la mayor suavidad empezó a palparle los bolsillos.—«Te engañas, miserable! dijo para sí el cabo; solo a costa de mi vida me despojarás de esta reliquia!»

Faltándole ya la paciencia para sufrir el prolijo i escandaloso registro que se hacia de su curpo:

—Eh! gritó, haciendo saltar al realista explorador; quién anda aquí!

—Soi yo Vamos, camaradas, parece que ya es hora de partir. Alza! que el dia viene

I diciendo esto el realista se retiró, dejando mas tranquilo al pobre cabo, quien no pudo dejar de esclamar:

—Bandidos! Pierdan cuidado, que ya les dejaré sin la tentacion.

El cabo Montero habia tomado una resolucion.

Como se habia ordenado, mui de madrugadada estaban los caballos ensillados, i despues de proporcionarse en la hacienda los recursos posibles, con ese derecho que creian les otorgaba la guerra, partieron con direccion al Sur.

Lo que hicieron en su tránsito hasta llegar a Talca, eso sábelo solamente Dios!

X

Tomemos ahora nosotros el confuso sendero que del *llanito* conducia al rancho del vaquero Juan.

El dia es hermoso: un viento fresco templa un tanto los abrazadores rayos del sol de Febrero. Empero el campo presenta un aspecto melancólico, ¡quizás porque el ánimo está para verlo todo triste! No se siente otro ruido que el causado por el viento al penetrar en la fragosa montaña. Los animales mismos parecen resentirse de los recientes sucesos: aquí está el uno rumiando bajo la sombra de un copudo árbol, i allá el otro, echado al raso, sin dar mas señales de vida que cuando torna su deforme cabeza para mirar del lado que siente ruido. Verdad que es ya medio dia, hora en que el bruto, harto de sustento, busca la sombra, anhela el descanso.

Allá en el de por sí triste rancho de Juan no ha podido entrar la alegría ni con la libertad del *amo*. Pero no era posible: al llegar Florencio, que no hacia mucho salia de los brazos del realista, se habia arrojado en los de su amada Aurora exclamando:

—Aquí me tienes, libre es verdad, pero destrozada el alma! Ayúdame, Aurora, a llorar por esos infelices!

I ámbos ¡nobles i excelentes corazones! no habian podido serenarse por largo tiempo.

No es, pues, extraño les encontremos haciendo duelo por las pobres víctimas.

Sin embargo, ávida Aurora por conocer los incidentes a que Florencio debia su salvacion, le interrogaba a cada momento para que se los refiriese.

—Todo lo debo a ese hombre! le contestó por fin Florencio, i no sé que haria por recompensar su loable accion! No

obtante, confio en que de algo ha de servirle mi carta. Dios le haga feliz algun dia premiando sus beneficios!

—Ah! si yo pudiera verle, decia Aurora, le serviria en cuanto pudiese, le miraria como a un padre, seria su esclava

En ese momento Josefa entró corriendo a anunciarles que una persona desconocida se dirijia al rancho.

—Quién será? se preguntaron a la vez lo dos amantes, dándose una mirada que espresaba el asombro a la vez que la duda

—Por lo que pueda suceder, ven, Aurora, ocúltate aquí. I la condujo a una especie de alcoba que habia inmediato. Entretanto, sin detenerse el desconocido habia llegado hasta cerca de la puerta.

Florencio no le reconoció a primera vista, porque el hombre iba ataviado de tal modo, que apenas se le podia ver una parte de la cara.

—Veo que no me conoceis, jóven, fué el saludo del recién llegado.

—Ah! si es no mas alcanzó a decir Florencio, volando en seguida a su encuentro.

Luego le cojió por un brazo i, casi fuera de sí, le arrastró para adentro de la habitacion, gritando:

Aurora! Aurora! aquí teneis a quien debo la vida!

No bien habia pronunciado estas palabra, cuande se sintió un agudo grito en el cuarto.

El realista, el cabo Montero, al oir pronunciar el nombre de Aurora i luego al sentir el estraño grito, le pareció que sus sentidos le abandonaban, que aquello era una vision terrible!

Corrió al cuarto, tendió la vista por todas partes, vió un cuerpo tendido en el suelo, intentó levantarlo pero dejandolo caer nuevamente:

—Mi hija! exclamó; es mi hija Aurora!!

Florencio, no bien repuesto de las emociones del dia ante-

rior, veia todo aquello como una ilusion fantástica. No se atrevió a dar un paso del lugar en que apenas podia tenerse en pié.

Segundos solamente contempló a su hija el buen Pedro, el cabo Montero, i volviendo en seguida la vista a Florencio, olvidado por un momento:

Fatalidad! exclamó. Aprovechais la ausencia de un padre para robarle la joya de mas valor que posee; con ella le llevais el honor, la esperanza; le asesinais con vuestra conducta. . . . i luego él mismo viene a ser vuestro protector, os escapa el furor bárbaro de vuestros enemigos, os da, por fin la libertad! Qué tal, jóven opulento i con derecho para mirar como vuestro lo que pertenece al pobre!

—No mas, señor! exclamó Florencio, arrodillándose a los pies del ofendido padre, de su bienhechor; perdonad mi extravío, causado por una pasion, mas no por el crimen! Mis buenas intenciones han sido frustradas, que lo diga Aurora, pero ello no impedirá una reparacion que estoi pronto a hacer. Ordenad! O si quereis, mi vida os pertenece, podeis vengaros!

—Vengarme! Destruir ahora mi propia obra!

Aurora habia vuelto de su desmayo, i viendo la crítica situacion de su amante, corrió a la cana, cojió a su hijo, i con él en los brazos se postró, como Florencio, a los pies de su padre, exclamando:

—Tambien perdon para mí i para este inocente!

La vergüenza, el temor, la ternura, todo lo revelaban la actitud i el aspecto de Aurora.

Pedro, despues de contemplar, por un momento aquel grupo tan bello como conmovedor, dirijió su vista al cielo i exclamó:

Así lo quereis, Dios mio, sea!

I no pudiendo ya resistir, solo tuvo tiempo para tenderles sus manos, dejándose caer en seguida sobre una silla, sofocado por la emocion la voz embargada, respirando apenas!

XI

Cambiemos la escena.

Al desenlace de la guerra de nuestra independencía (batalla de Maipú), i tambien al desenlace de nuestro *Rapto*, tenia lugar un hecho de armas que, con permiso del lector, vamos a referir en este capítulo

Valparaiso se halla bloqueado por la fragata española *Venganza*, buque que espera por momentos noticias o señales del seguro triunfo del ejército español en Maipú. Sin embargo, esa victoria se hace esperar, miéntras el escorbuto se declara a bordo de una manera alarmante. Este contratiempo llega al conocimiento de los porteños, i en el acto se proyecta un golpe a la *Venganza*.

En la bahía se halla un buque ingles a propósito para la expedicion: armado para un abordaje como lo permitia la premura del tiempo, i tripulado con cuanto voluntario quiso tomar parte en aquella sorpresa. se hizo a la mar con el nombre de *Lautaro* i al mando de un valiente e impetuoso jóven marino, hijo de la Gran Bretaña.

He aquí la primera expedicion que, compuesta de un solo buque, zarpa de Valparaiso con la intencion de apoderarse de una fragata enemiga.

La nave española le espera cerca de San Antonio, confiada en que el buque salió del puerto de Valparaiso, tremolando pabellon ingles, no puede ser sino conductor de buenas noticias i talvez de víveres para su tripulacion.

Entretanto, la jente de la presunta fragata inglesa está preparada ya para el abordaje: algunos ingleses que iban a bordo eran los elejidos para el primer asalto.

A punto de darse la señal de ataque, se reconoce el buque

enemigo: no es la *Venganza* sino la *Esmeralda*, ámbas naves de mucha semejanza, i cuyo cambio o relevo se habia acordado en el Sur al saberse la epidemia que imposibilitaba a la jente del primero de esos buques.

Tarde se conocia el error! Forzoso era acometer para salir de aquel lance siquiera con honor!

Estando ya sobre el enemigo, fué arriada la bandera inglesa e izado el tricolor de la patria. El bravo jefe de la *Lautaro* dió a los ingleses el grito de abordaje; pero estos, fuese por la sorpresa que experimentarían al reconocer a la hermosa i respetable *Esmeralda*, o ya porque les faltase el entusiasmo patrio, como a todo mercenario que combate por una causa ajena, es lo cierto que no se atrevieron a agredir. Esto visto por los chilenos, se abalanzan a la pelea en pos de su intrépido jefe, i en un instante se enseñorean sobre la cubierta de la *Esmeralda*. La tripulacion de esta se habia precipitado a los entrepuentes: cortaron los guarniles del timon i se hicieron dueños de él, imposibilitando así el gobierno del buque desde el alcázar de popa.

Los patriotas habian arriado el pabellon español, i viendo que el buque navegaba con rumbo al Oeste sin poderlo evitar, resolvieron desmantelarlo: picaron varios cabos de la maniobra, e inutilizaron completamente las gavias.

Un bergantín español, el *Pezuela*, que acompañaba a la *Esmeralda* en su mision bloqueadora, viendo arriar la bandera de la fragata, se largó a todo trapo con rumbo al Sur.

Casi vencedores se paseaban los patriotas sobre la cubierta de la *Esmeralda*, cuando un fatal incidente vino a arrebatárles el triunfo: al pasar o asomarse por una de las escotillas el denodado jefe, recibió una bala del enemigo que acabó en el acto con su vida. Como era natural, la confusion i el espanto se apoderó de los patriotas al ver caer a su jefe, mientras que los españoles recobraron su perdida animacion i bravura. Las escotillas vomitaron guerreros, i los desgraciados asaltantes buscaban un refujio mas clemente en el fondo

del mar! La fragata *Lautaro* estaba a alguna distancia i no podia salvar a aquellos desventurados!

La velera *Esmeralda* siguió su rumbo, i en vano intentó darle caza la pesada *Lautaro*. ¡Esa presa estaba reservada a otro marino ingles mas afortunado, al gran Cochrane!

El valiente jóven que buscó el término de sus dias con su propia audacia, con su temerario arrojo, acaso hubiera sido el primer i mas alto jefe de nuestra escuadra, uno de los libertadores de América! Mas, no sabemos si un fatal destino, o lo que otros llaman casualidad, le privó de la gloria de los grandes hombres i hasta de dejar su nombre, como el de un mártir de la patria, legado a la posteridad!

El número de las vidas que se perdieron en esa atrevida empresa, hasta hoi es desconocido, pues se ignoraba la gran cantidad de voluntarios que se embarcaron disputándose la preferencia.

Sin embargo, no fué estéril el sacrificio: persiguiendo a la *Esmeralda*, se tropezó, por decirlo así, con el bergantin *San Miguelito*, que era portador de la correspondencia oficial de los realistas. Entregado a la fragata *Lautaro* ámbos buques entraron a la bahía de Valparaiso bajo las ávidas miradas de la multitud que ignoraba los resultados de tan ruidosa como aventurada empresa

El *Pezuela* entraba poco despues al puerto de Talcahuano llevando la fatal noticia de haber visto la *Esmeralda* capturada por los patriotas; pero cuál fué el asombro de los que tripulaban el bergantin al ver la fragata anclada ya en el fondeadero! ¡Tales son las peripecias de la guerra!

XII

La funesta noticia de la muerte del jefe de la espedicion i demas que le secundaron en valentía i denuedo, no tardó en

ser del dominio de la poblacion entera de Valparaiso: el sentimiento, por consiguiente, fué jeneral; i en medio de esta noble i pública manifestacion vamos a internarnos en una casa que ya conocemos.

La pobre mujer de Pedro, la buena Rosa, no habia tenido ninguna noticia de su marido desde que salió en busca de su hija. Qué direccion habria tomado, a dónde iria a parar, he aquí lo que en vano habia tratado de indagar. Sus oraciones, sus promesas, todo habia sido inútil! Se consolaba, sin embargo, con llorar a sus anchas, atender i mimar a sus hijos!

Un dia Rosa, rodeada de todos sus niños, hacia esfuerzos por comer, si comer se llama cuando se mastica el bocado sin saborearlo. La pobre mujer, sin poder prescindir de los recuerdos de sus propios infortunios, veía asaltada su imaginacion por las recientes desgracias de sus semejantes. Despues de entregarse a la contemplacion por largos momentos, tendió la vista por todos sus hijos, i exclamó para sí:—“Ah! qué porvenir me esperará, Dios mio!”

I las lágrimas inundaron sus ojos.

A ese tiempo golpearon la puerta.

Rosa corrió a abrir, i vió a un hombre de campo, montado en buena bestia, que sin apearse le dirijia estas palabras:

—Es esta la casa (i Ud. dispense) de una tal doña Rosa?...

—Para que Ud. me mande.

—Me alegro de conocerla. Traigo esta carta para Ud.

Entónces a Rosa se le escapó un ¡ai! de tal calibre que fué el toque de jenerala para que se agrupase a la puerta el rejimiento entero de niños.

—Pepito! Pepito! gritaba Rosa. ¡Una carta de tu padre! Corre, ven volando a leerla!

—Apéese, pues, *cumpa*, dijo uno de los niños al portador.

Todos entraron, por fin, a oír la lectura de la carta, incluso nosotros que no dejamos de tener en ella algun interes; i para cerciorarnos bien, pediremos a Pepito que alee un poco la voz.

«Sra. D.^a Rosa Montoya:

«Esposa mia: ante todo quiero evitarte sobresaltos anunciándote que somos felices.

«Desde el momento que me aparté de tí i de mis hijos, mi vida ha sido trabajosa, llena de sinsabores.

«Me dirijí al Sur, i en Chillan me hice montonero *matucho*, (1) engrosando filas de malvados sin alma ni corazon.

«Me he batido; he estado mirándome cara a cara con la muerte; llegué a ser cruel por mi propia conservacion; pero ¡Dios lo sabe! tambien he obrado como cristiano i he sido premiado por mi conducta: luego verás si tengo o no razon para pensarlo así.

«Llegamos a una hacienda en que hicimos gran número de prisioneros: siete fueron condenados a muerte i ejecutados sin misericordia. El jefe de ellos, un jóven como de 20 años, simpático i de buen parecer, me fué entregado para que lo *despachase* a la otra vida, se entiende: yo, Rosa, padre de tantos hijos, ¿habria tenido valor para acabar con tan preciosa vida? Me presenté a mi jefe i le dije: “Señor: en el combate, primero yo que nadie; pero a sangre fria, ni a mi peor enemigo soi capaz de herir. Por otra parte, he servido hasta aquí con la mayor voluntad, sin que la menor nota empañe mi conducta; i esto, señor, ¿no podria valer algo para una gracia que voi a pedir?”—“Si es posible concedérsela, pídale Ud.,” me contestó.—“Me intereso, señor, por la vida de ese hermoso cuanto desgraciado jóven que me ha sido entregado”—«Bueno: haré reunir el consejo i se le informará de su resolucion.»

«¡Ah! Rosa mia, qué satisfaccion esperimenté cuando a los pocos momentos se me facultó para disponer del prisionero! ¿Qué debia hacer yo con él, Rosa? Darle la libertad, ¿no es cierto?

(1) Apodo que se daba a los chilenos que abrazaban la causa del rei.

«En la misma noche recibí una carta que me envió con el propio sujeto que te entregará esta. (Aquí todas las miradas se dirigieron al vaquero). En ella me ofrecía su casa, su fortuna, su persona misma, en cualquier tiempo i para cuanto fuese útil; me aconsejaba que abandonase la carrera de las armas, i si por desgracia caía prisionero algun dia, entregarse esa carta con seguridad de encontrar clemencia i aun proteccion. Yo, que no veia la hora de dejar aquella pandilla, i notando que intentaban arrancarme la carta talvez a costa de mi vida, en la primera oportunidad estravié camino, arrojé las armas, me disfracé cuanto pude, i sin pérdida de tiempo me dirigí al punto que se me indicaba en la carta. Efectivamente; allí encontré al jóven i ¿a quién mas te parece, Rosa? allí fuí a tropezar con Aurora, con nuestro hija!!»

A este pasaje de la carta, Rosa juntó las manos, i mirando, inundados de lágrimas sus ojos, al crucifijo que habia sobre la mesa:

—Señor! bendita sea tu misericordia! exclamó.

Hasta a Pepito se le destempló la voz.

—Continúa, hijo, continúa, dijo Rosa.

«¡Qué situacion aquella, Rosa! El jóven i Aurora con un tierno niño en los brazos me pedian perdon de rodillas!»

Rosa no pudo sufrir mas: largó el llanto, i con ella la mayor parte de los niños. Hasta el vaquero empezó a lagrimar.

—Oiga, oiga, mamita, dijo Pepito.

«Pero ya han terminado nuestras desgracias, querida Rosa. A l siguiente dia llegó el padre del jóven en su busca: sabe dor de todo lo ocurrido, prestó su asentimiento para el enlace de nuestra hija con el suyo; i el mismo dia que se supo aquí el triunfo de las armas patriotas, se celebró el matrimonio que viene a hacernos felices. Se me ha entregado la administracion de la hacienda, i te espero con impaciencia para que con todos mis hijos vengas a participar de la ventura que ya disfrutamos aquí.

«El mayordomo Juan va encargado de hacerles conducir lo mas pronto posible, porque Aurora ya desespera por verles.

«La casa i lo demas que allí tenemos, que lo goce mi hermano Domingo.

«Un abrazo a cada uno de mis hijos, que aquí te los devolverá tu fiel esposo.

Pedro Montero.»

—Aquí, hijos, aquí, de rodillas, dijo Rosa a sus niños señalándoles la tarima; i todos, entre ellos el mayordomo Juan, el ex-vaquero, empezaron a dar gracias al Altísimo por su infinita bondad.





HISTORIA DE UNA PULGA

CONTADA POR ELLA MISMA

Pocos, mui pocos son los que creen en los efectos de la transfusion de la sangre, i ménos todavía los que consideran posible, siquiera verosímil, la trasmigracion de las almas. Sin embargo, el lector va luego a ver lo que me ha pasado a mí, i en seguida a juzgar como mejor le parezca.

Confieso por mi parte que despues de ese suceso he meditado mucho i casi llegado a convencerme de esto: que trasegada la sangre de un mortal a una pulga, puede llegar mui bien a producir en este animalito un fenómeno físico que tal vez la ciencia no tarde mucho en descubrir i esplicarnos.

Me fundo en mi propia esperiencia, no porque yo haya sido pulga, (de lo que me libre Dios), sino porque, como ya lo he dicho, a mí mismo me ha sucedido lo que voi a contar.

Una noche me desnudaba i metia en mi cama pensando

en qué poder escribir para entretenimiento del lector. Ideas van i revuelcos vienen, iba ya atrapando, no el tema que buscaba sino el sueño, cuando comencé a sentir una comezoncita importuna i poco despues una picada que me hizo saltar.

—Maldita!... exclamé.

—Calla, ardidoso, me dijo una vocesita que tenia todo el misterio i el agudo falsete de una mascarita.

—Eh! ¿quién eres?

—Yo!

—Pero quien es yo, que a estas horas i en este lugar....

—¿Quién ha de ser? Una infeliz pulga...

—Toma, infeliz!...

I le tiré un manoton; pero la pícara se echó reir, diciéndome:

—¿No ves que estoi escondida, tonto?

—Con que te escondes para insultarme, pulga insolente, traidora... ¿A ver dónde te has metido?... Como te pille!...

—En vano me buscas i afilas tus uñas, mal agradecido.

—Mal agradecido ¿por qué? ¿Te debo yo algo?

—Venia por tu sangre...

—Ah! vampira!

—Pero al ver que necesitabas asunto para escribir...

—¿Acaso pretendes dármele tú, vagabunda?

—Por lo mismo que soi vagabunda, quien mejor que yo...

—¡Qué sabes tú!...

—Elije, pues: o me escuchas o sigues durmiendo. ¿Qué dices?

—Bien, te escucho, aunque no sea mas que por estar acostado.

—¿Qué vas a contarme?

—Mi historia.

—Así será ella!... Pero que me importa a mí tu...

—No juzgues antes de oirme.

—Habla, pues, hasta mañana si quieres, que de seguro tu historia me hará pronto roncar.

—Con que empiezo.

—Ya habias de haber concluido.

—Has de saber que soi extranjera.

—Francesa, sin duda, por lo fresca.

—No, inglesa.

—¿Protestante o católica?

—Yo no tengo relijion.

—(Vamos, esta pulga es atea).

—Como tú sabes, yo voi a todas las iglesias—sean católicas o protestantes, que para mí es lo mismo,—en busca de pantorrillas.

—Ya comprendo: tú adoras, como los moros el zancarron.

—Justamente.

—Pero ¿cómo has ponido venir a Chile?

—No me interrumpas i lo sabrás todo.

—Ya veo que la historia va a ser un poquito larga.

—Trataré de ser breve.

—*Very well, miss.*

—Apénas tuve uso de razon...

—Querrás decir uso de picar.

—Eso es... Apénas supe sangrar a la humanidad...

—Es lo primero que aprenden todos en este mundo...

—Apénas lo supe, determiné salir a rodar tierras.

—¡Tunanta!

—¡Qué quieres! Mi salud lo exijia así, porque iba de mal en peor en Inglaterra.

—¿Talvez el esplin?

—Nó, el *delirium tremens*.

—¡Cómo! ¿Eras aficionada al trago?

—El ron, el coñac i demas licores espirituosos me hacian mucho daño.

—¿I de dónde sacabas tú para el *trinque*?

—¡Torpe! Yo no bebo más que sangre, pero como la sangre de mis compatriotas tiene cada día más alcohol... Lo cierto es que yo apenas me oreaba, i por esto me resolví a dejar mi país.

La casualidad quiso que una noche, hallándome en Covent Garden oyendo a la Patti...

—¿Tú has oído cantar a la Diva?

—¡Bah! Con que he vivido con ella! ¡Si yo te contara todo lo que he visto!... Como iba diciéndote, esa noche tomé la resolución de embarcarme para América, i a fin de hallar pasaje empecé a recorrer el teatro, saltando de acá para allá, de asiento en asiento, de pierna en pierna, hasta que reconocí a un hispano-americano, como por allá los llaman.

—¿I cómo supiste que era hispano-americano? También podía ser español.

—Ah! nó! A los españoles los conozco mucho.

—¿En qué?

—¡Vaya una pregunta! En la sangre. ¿Qué no sabes que tienen sangre azul?

—¡Es verdad! Pero tampoco tú debes ignorar que hai muchos chilenos que la tienen del mismo color.

—Te equivocas: hace ya mucho tiempo que se les puso colorada. Probablemente con la chicha... Pero sigue tu historia será mejor.

—Tanto más convencida quedé de que era hispano-americano, cuanto que en esos momentos conversaba con otro, diciéndole que dentro de dos días regresaba a Chile, su querida patria, como él decía.

En efecto, esa noche salimos juntos del teatro i juntos también nos embarcamos en Liverpool... ¿Te has quedado dormido?

—Estoi oyéndote; continúa no más.

—Mi viaje fué lleno de aventuras, peripecias i penalidades; pero quiero pasarlas por alto para no abusar de tu paciencia.

—No digas eso, pulguita.

—¿Crearás que estuvimos a punto de naufragar al entrar en el Estrecho de Magallanes? Pero gracias a mí...

—¡Cómo! ¿Tú salvaste el buque?

—Si, aquí donde tú me ves...

—¿Quien te ha dicho que yo te veo?

—Hablo en sentido figurado. Paseábamos esa noche sobre cubierta asida del brazo... nó, del pescuezo del oficial de guardia que era el piloto primero. Rendido sin duda por el trabajo, como a las dos de la mañana el piloto comenzó a cabecear i por fin se durmió.

—De modo que el buque quedó por su cuenta.

—Nó, porque yo velaba i hacia la guardia por él.

—¿Tú? ¡Que embustera!

—Los ingleses no mienten!

—Eso no quiere decir que no mientan las inglesas.

—¿Me insultas?

—No te enojas por eso, gringuita; continúa.

—Pues bien: yo acababa de ver una sombra por la proa.

—Tierra, sin duda.

—Ni mas ni ménos. Miétras tanto el vapor seguia adelante i la sombra se acercaba cada vez mas. No habia tiempo que perder: era preciso despertar al piloto.

—¿I cómo lo conseguiste?

—Le dí una picada que lo hizo saltar i abrir tamaños ojos.

Un momento mas i estábamos irremediabilmente perdidos.

—De manera que bien puede decirse que de una picada de pulga dependieron centenares de vidas. ¡I apostaria que tu reina no te ha mandado siquiera una medallita!

—Qué habia de figurarse ella ni nadie que yo... pero no hablemos mas del asunto.

—Esa modestia me encanta, pulguita. Tú no eres como otros...

—Bastante feliz i recompensada me consideré con haber cumplido con mi deber...

—¿Tu deber?

—Sin duda; ¿te figuras que Dios nos echó al mundo así como cualquier cosa?

—Tienes razon, porque al ménos ustedes parecen destinadas a ser nuestro *purgatorio* en vida... Pero continúa.

—¿En dónde quedé?

—En el cumplimiento de tu deber.

—Eso es... Además, yo me dí por suficientemente recompensada con haber salvado el pellejo i llegado buena i sana a Valparaiso, aunque algo mareada i flacucha, porque a bordo casi no comía...

—¿Tan mala era la comida?

—Nó, es que con el mareo...

—¿En qué hotel te alojaste a tu llegada?

—En ninguno. Vine a parar a una casa particular, en donde fuí *presentada* por un perro que me *recibió* en el muelle cuando desembarcaba con el contador del buque i que echó a correr conmigo,—el perro i no el contador,—hasta que llegó a casa de sus amos.

Como yo venía un poco maltratada por el viaje, abandoné al perro i me eché a dormir en la cama de una de las niñas.

—Por lo visto tú no te andas con ceremonias.

—Allí, bien metidita en la frazada, dormía a pierna suelta hasta que llegó la que iba a ser mi compañera de lecho a la vez que mi víctima. Yo habia despertado con un hambre... como que en todo el dia no habia tenido ocasion de probar bocado. Por fin la niña—¡qué hermosa era!—empezó a desnudarse i yo a saborearme de antemano.

—¿Sabes que con tu narracion me estás despertando el apetito.

—Yo me habia colocado en esos momentos debajo de la al-

mohada,—verbi gracia como ahora,—i allí esperaba la ocasion oportuna para el ataque; pero viendo que tardaba demasiado, asomé la cabeza i ví que estaba vistiéndose de nuevo, aunque esta vez con traje elegante, con profusion de adornos, blondas, flores, joyas, perfumes... Solo entónces vine a comprender que iba a un baile.

—¡Buen chasco te daba!

—Pero yo no aguardé mas: me lancé cama abajo, i en dos saltos estuve en posesion de una de sus mórbidas pantorrillas. Aquí que no peco, me dije, porque cuando las niñas están de baile no sienten ni las pulgas.

—De manera que tú tenias la pretension de largarte con ella al baile.

—I qué ménos?

—Sin estar convidada.

—Un convidado convida ciento. I luego que para ir a un baile es ya costumbre *pegársele* a cualquiera, i a veces hasta *pegársela*...

—Qué pulga tan mala-lengua!

—Un coche nos aguardaba a la puerta: ella salió conmigo, acompañada de su papá, i se repantigó lo mejor que pudo en los mullidos cojines, miéntras que yo me holgaba entre una fina media de seda i un cútis mas fino i sedoso que la media.

—Pero ella no te sentia?

—Es que yo me estaba sosegadita. Mas apenas llegamos a la Filarmónica, aquí es la mia, me dije, i le crucé con mas ganas! . . .

—¡Cómo se rascaria la pobrecita!

—Me gusta tu ocurrencia! ¿Cómo se te figura que habia de ponerse a rascar,—i las piernas!—en pleno salon?

—Es verdad!

—Precisamente es en esos lugares donde nosotras entramos a saco con toda impunidad. Cuanto mas solia sentir que me echaba una pierna encima i empezaba a frotarla con la otra, oprimiéndome un poco; pero léjos de causarme daño,

como tú comprenderás, me hacia unas cosquillitas que me daba mucho gusto.

No creas por esto que ella se preocupase solo de mí, porque mientras se restregaba las piernas, sostenia una alegre i amorosa conversacion con un buen mozo que tenia al lado. El por su parte parecia empeñado en ayudarla a rascarse, porque varias veces sentí que una de las huesosas piernas del jóven andaba como buscándome por la de la niña.

Esto empezaba a alarmarme un poco, cuando oí que tocaban vals i luego me sentí llevar al medio del salon. Desde ese instante comencé a temblar, o mas bien, comenzaron a temblarle las piernas a mi compañera . . . Por fortuna esto duró mui poco, porque luego rompió el baile i pasó la zozobra, pero en cambio yo empecé a emborracharme i a perder la cabeza con tanta vuelta como me hacian dar.

Antes de perder completamente el sentido traté de desprenderme de mi compañera, lo que conseguí solo despues de grandes esfuerzos, porque me hallaba cercada por una liga.

Como pude, cayendo i levantando, atravesé el salon i salí a la calle. La temperatura estaba fria, yo sudaba a mares, i temiendo cojer un constipado me guarecí bajo el capote de un policial.

Una hora despues, el soldado me pasaba *pa entro*. Allí me encontré con mis primas las chinchas i *otros parientes*. ¡Seis meses estuve en la policia!

—Es decir que te gustaba la prision.

—Es decir que no podia salir de ella, porque con el constipado que atrapé al salir de la Filarmónica i que se agravó en las mazmorras de la policia, me imposibilité de tal modo que quedé poco ménos que tullida. Pero una noche, arrastrándome como pude por el frio pavimento, conseguí llegar hasta una pequeña abertura, o cueva como ustedes llaman,

atravesé un largo subterráneo lleno de vericuetos, encontrándome allí con uno de los habitantes de esas oscuras mansiones, un enorme raton, por cuyo rabo me subí a él. Apénas me sintió, echó a correr, atravesando túneles, hasta que al amanecer llegamos al Teatro de la Victoria, en donde, como si hubiese estado aguardándonos, nos recibió un gato que en dos por tres cojió por el pescuezo al raton, escapando yo milagrosamente gracias a haberme pasado como quien dice al enemigo.

Desde entónces no abandoné el teatro, porque allí he vivido feliz, bien comida, abonada a palcos todo el año i en donde, esta quiero, esta no quiero, me regalo bien i estoi en estrecha intimidad con artistas, bailarinas, músicos, comparsas, etc.

—Con que es decir que tu te has venido del teatro conmigo i ahora te tengo en mi cama, pulga indecente, despues de haber andado por ahí con todo el mundo, sin que se te haya escapado perro ni gato... En el acto vas a mandarte mudar...

—No creas que deseo otra cosa, con tal que tú, así como me trajistes, vuelvas a llevarme al teatro.

—¿Nada mas que eso desea su merced? Es lo de ménos, i ahora mismo... Vamos, ven acá, mi almita...

—Tanto cariño... No esperaba ménos de tí... aquí me tienes...

—Te pillé!...

—Ah, traidor!...

—Confíesate, que vas a morir.

—¡I yo que no te creía capaz de matar ni una pulga!

—Con que me suponias tan cobarde...

—Perdóname, que soi una pulga inofensiva.

—¿Inofensiva tú? Toma!...

I la hice tortilla entre las dos uñas *pulgares*, que así se llaman por ser el matadero de pulgas.





EL PRIMER AMOR

DE MI AMIGO ANDRES

I

Era la tarde de un domingo de Junio, i con esto queda dicho que era tarde, era dos veces triste, primero por ser de invierno, i segundo por ser de esos dias que no sé por qué en Vaparaíso hemos dado en llamar *festivos*.

Pero mentiría si dijiese que ese dia participaba yo de la tristeza jeneral. Tenia en mi bolsillo diez pesos disponibles, no sabia aun lo que eran hábitos de economía,—ni tenia tampoco por qué saberlo,—i esto me habia puesto de buen humor. En fin, aquellos diez pesos eran para mí lo que un rico habano en poder de un buen fumador: no veia la hora que se me *hiciesen humo*.

II

Esa ocasion debia llegar pronto, i llegó, en efecto, sin necesidad de ir en su busca. Todo fué topar con uno de mis

amigos íntimos, darnos las buenas tardes, decirle yo que tenía unos diez pesos para gastos imprevistos, i el esclamar en el acto:

—¡Qué coincidencia! Diez que a tí están dándote comezon, i otros diez que a mi están haciendo cosquillas, son veinte tentaciones de que debemos desprendernos ahora mismo para evitar los malos pensamientos.

—Soi de tu misma opinion... El espíritu debe estar siempre tranquilo... Pero ¿a dónde vamos?

—Dios dirá, que no somos novelistas para ponernos ahora a formar planes que luego veríamos desbaratados.

—Tienes razon: iremos a la ventura, lo que si no es propio de novelistas, por lo ménos es mas novelesco.

—Mientras tanto, ¿has comido?

—Aun nó; ¿i tú?

—Tampoco; lo cual quiere decir que de aquí nos vamos al café; gastamos unos cinco pesos, i lo demas para la noche.

—Aceptado.

III

Dichó i hecho: nos fuimos al Café de la Bolsa, nos hicimos servir de lo mejor, comimos bien (que allí nunca se come mal en llevando con qué), nos bebimos dos botellas de vino i dos copas de coñac, encendimos nuestros *puros* (que así los llaman aunque sean impuros), pagamos i por supuesto salimos mas alegres que lo que habíamos entrado.

Una vez en la calle,—serian las siete de la noche,—sentimos unas ráfagas de viento Norte que hicieron esclamar a mi amigo:

—Diablo! Esto promete.

—I no llevamos paraguas, le observé yo.

—Lo cual, agregó él, puede costarnos por lo ménos la pérdida de nuestros sombreros.

—¿Qué hacemos entónces?

—Ir cada uno en busca de sus artículos de invierno.

—Convenido.

I quedando de reunirnos a las ocho en la plaza de la Victoria, él tomó por su lado i yo por el mio.

IV

Siempre puntual a toda clase de citas, me encontraba ya en la plaza cuando ví acercármese a un individuo que me dijo:

—Aquí me tienes, Fernando.

—¿Con que tú eras, Andres? No te habia conocido.

—Casi otro tanto me ha pasado a mí.

En efecto, los dos estábamos poco ménos que disfrazados con nuestros sombreros i botas de agua, el sobretodo al brazo i el paragnas a guisa de baston.

En esos momentos arreciaba el viento.

—¿I qué hacemos? ¿Para dónde tiramos? me preguntó Andres mirando al cielo. El agua va a caer pronto.

—Tanto mejor: así nos veremos obligados a meternos en la primera puerta de uso público que encontremos abierta.

—Pero esto no impide que desde luego tomemos un rumbo cualquiera.

I esto diciendo, cojióse de uno de mis brazos i echó a andar conmigo.

Entramos por la calle de la Victoria, que si bien estaba alegremente alumbrada como de ordinario, en cambio sus aceras veíanse esa noche casi desiertas, sobre todo, de faldas, que tan incompatibles son con el viento como horror tienen a la lluvia.

Esta misma soledad hacia notable i doblemente simpático el bulto de una dama cualquiera. La mujer que sale a arrosstrar los rigores del tiempo tiene mucho de ese misterio se-

ductor que envuelve siempre a las que se suele encontrar por la calle en las altas horas de la noche, vayan solas o acompañadas. ¿Va sola? ¡A dónde irá! ¿Lleva compañero? ¡Quién será él! En el primer caso uno desea acompañarla i servirla; en el segundo, se envidia la suerte del compañero. Sospechosas o nó, siempre esas parejas llevan algo de poético,—la poesía del misterio,—en medio de una soledad de una noche tempestuosa o de una noche avanzada.

V

Si a lo dicho se agrega que nosotros íbamos con el ánimo preparado a una aventura i un si es no es *apuntaditos*, se comprenderá que nos llamase mucho la atención un bulto de mujer jóven que pasó por nuestro lado, envuelta en un amplio manto que el viento parecia querer arrebatarle. Su paso era tan rápido, i tan descuidado su andar, que Andres dijo al verla:

—Esa muchacha va en alas de un pensamiento amoroso. ¿A dónde irá a dar?

—Si su cara es como su cuerpo . . . observé yo; i qué pié tan pequeño . . .

El viento i la luz del farol próximo nos habian hecho el servicio de dejarnos ver ese interesante detalle, clave casi infalible para conocer si una mujer es bonita o fea.

—Sigámosla, me dijo Andres con entusiasmo al columbrarle el pié.

—¿I si es fea? le observé yo.

—¿I si es bonita? me dijo él.

No tuve que replicar.

La jóven, miétras tanto, nos habia adelantado mucho, porque no caminaba sino que corria. Iba como una devota despues de la tercera seña. Cualquiera hubiera creído que

huia de nuestra persecucion; pero no era así, porque ni siquiera habia vuelto la cara hácia atras i quizá no nos habia ni visto al pasar por nuestro lado: tan preocupada parecia ir.

VI

Como una cuadra necesitamos alijerar el paso para acercarnos a ella.

En esos momentos comenzaron a caer algunos goterones. La jóven, cubriéndose mejor la cabeza con el manto, aceleró mas el paso.

—No tenga usted cuidado, señorita, que nosotros llevamos paraguas, le dijo Andres.

La jóven volvió la cabeza i nos miró apénas, sin interrumpir su rápida marcha.

Si la calle no hubiese estado tan solitaria, habriamos creido que la jóven no sabia que era a ella a quien nos dirijíamos.

—No corra tanto, *hijita*, volvió a decirle mi compañero.

Aunque esta vez se la trataba con mas familiaridad o con mas licencia, ella no se dió ni por entendida.

—¿Si será tonta? me dijo Andres a media voz.

—O talvez sorda i muda, agregué yo.

Habiamos llegado a la boca-calle de la Merced.

—¿Mui léjos va usted, señorita? me atreví yo a preguntarle.

Todo lo que hizo fué atravesar la calle para tomar la acera opuesta. Entónces pudimos ver su perfil, perfectamente dibujado por la claridad de la luz.

No nos habiamos engañado: era jóven i bonita. Su porte i cierto aire de distincion en todos sus movimientos nos hacian creer ademas que no era una muchacha cualquiera.

—¿Sabes que tiene todas las trazas de una señorita? me dijo Andres.

—¿Señorita, i sola por la calle como una costurera?

—Al fin veremos en dónde entra.

Seguimos espiándola, pero disimuladamente, para lo cual determinamos no cambiar de acera.

Al llegar a la boca-calle de San José tomó con direccion al barrio de las Delicias.

—¡Qué tal la señorita! exclamó Andres deteniéndose; ¡se dirige a los *cuartos diablos*!

Ambos nos quedamos perplejos, sin saber si debíamos avanzar o nó. Semejante barrio en semejante noche nos infundia cierto temor. ¿Quién nos decia que esa niña no fuese un demonio en forma de ángel i que nosotros no cayésemos en un lazo?

Instintivamente nos llevamos las manos a los relojes.

—¡Qué importa! dije yo. ¿No hemos venido a aventurar?

—En ese caso no dejemos que se nos pierda de vista, agregó Andres, siguiendo casi de carrera en pos de la jóven, i yo tras él.

En el mismo instante teníamos que abrir nuestros paraguas porque la lluvia se habia descolgado con fuerza.

VII

Despues de algunos pasos yo me detuve vacilante i estuve a punto de renunciar a semejante empresa, dejándola confiada a Andres solo; pero luego pensé que él podia ofenderse i seguí adelante, alijerando la marcha para alcanzarlos. Anduve un largo trecho i nada ví. Llegué hasta la calle de las Delicias; luego volví a desandar una buena estension; varias veces, en fin, recorrí la calle, yendo i viniendo, lo observé todo, i nada: ámbos se me habian perdido.

VIII

Hé aquí lo que sucedió, segun lo supe despues. La jóven habia llegado a la iglesia parroquial de los Doce Apóstoles i desaparecido como una vision.

—Pechoña!... Frailera!... exclamó Andres deteniéndose en la puerta. Pero es preciso desengañarse, agregó entrando resuelto en la iglesia.

Creia haberla perdido e iba ya a retirarse cuando tropezó manos a boca con la jóven i un relijioso. Ella al verlo dió un pequeño grito; Andres quedó tambien aturdido, i el sacerdote, dirijiéndose a él:

—¿A quién busca usted, jóven? le dijo.

—Yo?... Vengo... Como está lloviendo... a traer el paraguas...

—Ah!... exclamó el relijioso, siguiendo en direccion a la calle.

—Deme usted la maleta, señorita, dijo Andres a la jóven, ya repuesto de su turbacion. No deseo mas que servir a la humanidad, i como buen cristiano acompañar al Divino Sacramento.

La tribulada jóven debió conocer la ternura, la piedad i la veneracion que habia en las palabras de Andres, porque sin vacilar le entregó el sagrado depósito; a su turno Andres le pasó su paraguas i siguió tras ella cabizbajo, sin poder darse cuenta cabal de tan inesperado lance.

IX

Miéntas tanto, yo estaba calle arriba i calle abajo, sin poder explicarme aquella doble desaparicion i temiendo por Andres, cuyo carácter resuelto e irreflexivo le hacia cometer imprudencias a cada paso.

Disponíame ya a retirarme, porque la lluvia era cada vez mas copiosa, cuando divisé tres bultos i luego reconocí a la jóven, a mi amigo i, lo que me sorprendió mas, a un sacerdote.

—Vamos, me dije, este demonio de Andres me ha jugado una broma haciéndome concurrir de sorpresa a algun matrimonio clandestino.

Esta sospecha duró poco, porque al acercarme a él me dijo sacando la maleta de debajo de su sobretodo i mostrándomela con un respeto mui poco acostumbrado en él:

—Amigo mio, hoi somos otros: aquí tenemos a Aquel que nos lleva el consuelo i el perdon talvez en los únicos momentos de la vida,—los próximos a la muerte,—en que nos acordarnos de El.

—¿I tú piensas ir ahora al lecho de un moribundo?

—I tú tambien.

—Locura! Eso seria por lo ménos una imprudencia.

—¿Por qué? ¿Hai algo de malo? Tú conoces mi carácter: el corazon me dice que hago bien, i no vacilo en obedecerle. Me acompañarás ¿no es cierto?

—Hasta donde sea posible i nada mas.

X

Habíamos llegado a la calle de la Victoria. En esos momentos pasaba un carro; pero la jóven, a pesar de la lluvia i de la distancia que debíamos recorrer, no pensó en hacerlo parar. Andres debió comprender esta clase de *distraccion* i se apresuró a repararla.

El carro se detuvo i subimos todos.

El sacerdote no parecía preocuparse de nosotros: quizas nos tomaba por parientes de la jóven i hasta debió ver en nuestros semblantes reproducidos el dolor con que ella nos había, por decirlo así, contagiado.

¿Qué vida preciosa, nos decíamos, inquieta i atormenta a

esta jóven? ¿Es la de una madre o hermano, de un esposo o de un hijo?

XI

Por fin la niña hizo parar el carro. Estábamos frente a la calle de las Monjas.

Andres bajó el primero, dió la mano al religioso i en seguida hizo otro tanto con la jóven, abriéndole el paraguas.

—Mil gracias, nos dijo ella con acento conmovido. Hasta aquí no mas. Ya estoi cerca de casa. . .

I quiso devolver a Andres su paraguas. Esto era como decirnos: ¿a qué se molestan ustedes mas?

—No se detenga usted, señorita, que el padre la está aguardando, le dijo Andres. Por lo mismo que su casa está cerca nada nos cuesta ir.

Fuese por deferencia a nosotros, fuese por no hacer esperar al padre, fuese por no estar con el ánimo para ceremonias de etiqueta, o fuese simplemente por no perder el tiempo, lo cierto es que no insistió, siguiendo con el sacerdote por la calle de las Monjas hácia el cerro, i nosotros en pos de ambos.

Confieso que yo iba de mala gana, me asaltaban ciertos escrúpulos, llevaba hasta miedo, porque me parecía que íbamos a cometer un sacrilejio despues de nuestros proyectos profanos de la tarde.

—¿Qué hemos de hacerle? me decía Andres: el hombre propone i Dios dispone.

Así discurríamos cuando empezamos a sentir los ecos de una zamacueca, luego las armonías del piano i por último todos esos detalles que dan animacion i colorido propio al mas popular de nuestros bailes.

Al atravesar por la puerta de la casa en que así se pasaba esa triste noche de invierno, me dijo Andres con amargura:

—¡Mira la que hemos perdido!

—Dí mejor: ¡de la que nos hemos librado!

Hablábamos así porque conocíamos esa casa.

Pero, no se por qué, en esos momentos la zamacueca nos pareció por lo ménos una impertinencia.

El sacerdote alijó el paso, porque aquel canto debió hacerle el mismo efecto que a los de adentro le hubieran producido los maitines.

XII

Terminada la calle de las Monjas i despues de torcer un callejon, la jóven se detuvo i golpeó la puerta de una casita, casita pobre pero de aspecto agradable, situada casi al mismo pié del cerro.

La puerta se abrió, entrando el relijioso i la niña, volvió a cerrarse la puerta i nosotros tuvimos que meternos debajo del alero de la casita para preservarnos de la lluvia.

—Deja esa maleta, Andres, i vámonos, que nada mas tenemos que hacer aquí.

—Yo no me voi sin despedirme de ella. . . No sé por qué ha despertado en mí tanto interes. . .

—Eso va pareciendo amor.

—Nó, no es mas que el sentimiento de la compasion. ¿Te fijaste en su rostro? Está marchitado por el dolor.

—I suponiendo que así sea. . .

XIII

En esos momentos se abrió la puerta i apareció la jóven:

—Caballero, nos dijo, dispénsenme ustedes. . . estoi aturrida con la enfermedad de mi papá. . .

—Con que es el papá de usted. . . le dije yo.

—Lo siento en el alma, agregó Andres.

—Pero, gracias a Dios, lo veo mucho mejor: se ha quedado sosegadito. . . Pasen ustedes a esta otra pieza

I nos abrió la puerta inmediata. En seguida recibió la maleta de manos de Andres i volvió a entrar en la pieza del enfermo.

XIV

Nosotros penetramos en la que nos habia abierto i tomamos asiento.

No se necesitaba de mucha observacion para conocer que nos hallábamnos en el hogar de una familia pobre; pero a pesar de la aglomeracion de muebles, trastos i demas objetos que habia en aquel pequeño cuarto, notábanse el aseo, el buen órden i hasta el buen gusto. Allí se veía la mano delicada de la joven, criada talvez con mayor comodidad i quien sabe si hasta en medio de la abundancia i del regalo.

Desde luego nos llamaron la atencion algunas cabecitas que empezaron a levantarse de dos camas que habia casi juntas. Dos niños dormian en cada una de ellas. Aquellas criaturas, la mayor de las cuales no tendria mas de seis años, nos miraban con toda su inocente curiosidad, cuchicheando entre sí.

—Son bomberos, dijo el mayor; tienen botas.

Los demas abrieron desmesuradamente los ojos al oír la palabra bomberos.

Yo me acerqué a ellos, los acaricié con cariño i regalé veinte centavos a cada uno.

—¿No ven? . . . dijo el mismo niño mirando con júbilo la moneda; ¿no ven como eran bomberos?

¡Hasta en la fugaz imaginacion del niño se eleva la figura del bombero como el tipo de la jenerosidad i del desprendimiento! Sin embargo, nosotros no teníamos de bomberos mas que las botas.

XV

Del mismo modo que los niños habian sacado deducciones de nuestras botas i de nuestra dádiva, nosotros estábamos observando con curiosidad aquel cuadro de familia para sacar en limpio algo mas que lo que hasta entonces sabíamos, cuando oimos tocar la puerta.

—Entre! gritaron en el acto i casi a la vez los cuatro niños.

Con sorpresa nuestra apareció la figura de un jóven bastante decente i bien parecido. Al vernos, él tambien se sorprendió tanto o mas que nosotros.

Despues de dirijirnos un saludo frio i casi forzado, preguntó a los niños por su hermanita. Nosotros nos apresuramos a contestar por ellos i hasta cierto punto a hacer los honores de dueños de casa, invitándole a tomar asiento mientras llegaba la persona a quien buscaba.

El jóven se sentó de mala gana i con cierta reserva.

Andres por su parte no le despegaba la vista.

Yo por la mia observaba a los dos.

Despues de algunos instantes de silencio, interrumpido solo por el ruido de la lluvia i de las ráfagas de viento que hacian crujir la casita, el desconocido nos dijo:

—¿Supongo, señores, que ustedes son parientes de la familia?

—No tenemos ese honor, caballero, se apresuró Andres a contestarle en tono un poco áspero.

—Una casualidad nos ha traído aquí por la primera vez, agregué yo en seguida mas familiarmente.

—No deben estrañar ustedes mi pregunta, nos dijo el desconocido, porque así me lo exige mi deber.

—Ah! sin duda usted es el protector de la casa, dijo Andres con su acostumbrada franqueza.

—Sí i nó; confieso que algo de eso me trae *siempre* por aquí.

La palabra *siempre* pareció acentuarla intencionalmente.

—En ese caso, dijo Andres, creo que nunca habrá venido usted mas a tiempo.

—Así lo he creído desde el momento que los ví a ustedes.

—Hablemos claro, joven, me apresuré yo a decir al ver que el diálogo iba avivándose mas de lo conveniente: ¿tiene usted algunas sospechas de nosotros?

—Seré franco, ya que así lo quieren sospecho que ustedes visitan a Anita.

—¿I qué habria con eso? dijo Andres.

—Que ustedes le harian talvez un grave daño. Andres se sonrió.

—No sabemos ni quién es Anita, dije yo.

—¿De veras? esclamó el jóven con alegría. Anita es una niña pobre, pero rica, mui rica en virtudes; es la hermanita mayor de estas criaturas, a quienes alimenta apénas con su trabajo, porque ya hace tiempo que su padre está postrado, sufriendo con resignacion sus dolencias físicas, aunque no así el dolor de ver a sus hijos pasar por la miseria i muchas veces hasta por el hambre.

—¿I usted qué ha hecho miéntras tanto? le preguntó Andres con cierta sorna.

—Todo lo que nos permite hacer la escasez de nuestros fondos en medio de tanto pobre que con justicia nos reclama.

—¿Por ventura es usted miembro de alguna sociedad de beneficencia? preguntéle yo con interes.

—De la de San Vicente de Paul, me contestó él. Precisamente he venido a dejar algunos bonos a la pobre Anita. . .

XVI

En esos momentos sentimos un grito agudo i lastimero en la pieza vecina. Los tres salimos atropellándonos, empujamos la puerta, entramos i casi caimos sobre el cuerpo de Anita, que estaba exánime en el suelo, miéntras que en la cama se veía un cadáver: era el de su padre, que habia espirado sin que notasen su agonía.

El relijioso se ocupaba en esos momentos en verter agua en un vaso para dar a la jóven.

No necesitamos preguntar lo que habia ocurrido, porque aquel cuadro tenia toda la elocuencia muda i sombría de la muerte.

En medio de nuestra sorpresa acudimos en socorro de Anita, que levantamos con solicitud de hermanos, apresurándose el sacerdote a hacerle beber agua.

La jóven recobró luego el sentido; pero se precipitó desalada sobre el cadáver de su padre, que abrazó con efusion, cubriéndole de lágrimas, besos i caricias.

Ninguno de nosotros se atrevia a decirle ni una palabra de consuelo, temiendo turbar esas expansiones del amor filial.

—Los corazones sensibles necesitan esos desahogos, dijo a media voz el relijioso. ¡Bienaventurados los que lloran! . .

I arrodillándose al pié de la cama, se puso a orar, no sé si implorando perdon para el alma del difunto, o si pidiendo a Dios resignacion para el alma de la jóven.

XVII

Trabajo nos costó apartar a Anita del cadáver de su padre i llevarla a la habitacion inmediata, en donde, al ver a sus hermanitos, se deshizo nuevamente en lágrimas i lamentos. Los niños, aunque sin comprender todo el alcance de su

desgracia, tambien rompieron a llorar, partiéndonos el alma.

Andres i yo—¡cosa rara!—que nos considerábamos hombres de mundo, de alma serena i duros de corazon, acostumbrados como estábamos a pasar por otras emociones que creíamos mas fuertes, allí no podíamos casi hablar, i a veces se nos escapaban con las lágrimas sollozos tiernos como los de un niño.

I—¡cosa rara tambien!—contrastaba notablemente con nuestra congoja la tranquilidad de espíritu, que rayaba casi en impasibilidad, del relijioso i del jóven hijo de San Vicente de Paul. ¿Acaso eran ellos insensibles ante la desgracia? Nó, sino que estaban familiarizados con ella, como nosotros con el placer.

XVIII

—Vamos ahora a nuestro puesto, donde talvez nos esperan para llevar el socorro a otro moribundo, dijo el relijioso en actitud de despedirse.

—Andres, ¿no le acompañamos? pregunté por lo bajo a mi amigo.

—Es nuestro deber, me contestó; i dirijiéndose en seguida a él, le dijo: ¿nos aguardaría usted un momento? Deseamos ir juntos.

—Con mucho gusto, amiguitos míos, dijo el sacerdote.

—En ese caso, voi por la maleta, dijo Andres, haciéndonos disimuladamente señas a mí i al jóven hijo de San Vicente de Paul para que saliésemos.

Cuando estuvimos en el cuarto contiguo, que ya se había llenado de vecinos, Andres nos llevó a un rincon i me dijo casi en secreto:

—Dame lo que tengas ahí.

—Mui bien pensado, le dije yo, comprendiendo su propósito i entregándole todo el dinero que encontré en el bolsillo.

—Esto i lo que me queda a mí, dijo él desocupando a su

vez el suyo, lo entregamos a usted, agregó pasando el dinero al jóven, para que nos haga usted el favor de dárselo de limosna a esa pobre niña en nombre de la santa institucion a que usted pertenece.

El jóven que nos había parecido impasible ante la muerte, se conmovió entonces hasta el extremo de abrazarnos, con asombro de las vecinas que no sabian explicarse aquella rara escena encima de un cadáver.

—Siento en el alma, dijo Andres, no tener mas dinero en este momento, pero queda de mi cuenta el cajon para el difunto. Quiero dar algo en cambio del placer que he sentido esta noche: ¡hasta he llorado! . .

Esta vez fuí yo el que dió a Andres un abrazo, suplicándole me dejase cargar con la mitad de los gastos del ataúd.

—Nó, me dijo; tu pagarás el entierro.

—Convenido.

—Mañana mandaré el ataud en nombre de la Sociedad de San Vicente de Paul.

—I en el mismo nombre yo los papeles.

—Pero con la condicion, dijo Andres al jóven, de que usted no dirá a Anita ni una palabra de todo esto.

—Lo prometo: queda solo entre nosotros i Dios que sabrá premiar esta obra.

I salimos, partiendo en seguida con el relijioso que ya nos esperaba en la puerta.

Como la hora era ya algo avanzada i la lluvia continuaba con fuerza, yo me despedí pronto, encargándose Andres de acompañar al sacerdote hasta la iglesia parroquial.

XIX

Al dia siguiente, en la cama aún, recibía esta cartita de Andres:

«Fernando: al abrir los ojos mi primer pensamiento ha sido consagrado al compromiso que contraje anoche en tu presen-

cia. Tengo la mejor voluntad, Dios lo sabe, para cumplir mi pal abra; pero, tambien sábelo Dios, no tengo *un cristo*. Acaso tú te encuentres en mejor situacion que yo, i en este caso mándame lo que puedas porque quiero ir pronto en busca del ataúd prometido.—Tuyo.

Andres.»

Al pié le contesté en el acto:

«A buen árbol te arrimas! Estoi mas pobre que la cabra, i acuérdate que yo tambien me he comprometido. No sé que hacer. ¡En buenas nos hemos metido! Ven pronto para que arbitremos recursos. Te espero.

Fernando.»

XX

Trascurrieron dos horas i Andres no parecía.

Alarmado con esta demora me puse a vestir, cuando lo vi llegar con una calma incomprensible. En el acto descolgué mi reloj i le dije pasándoselo:

—Tóma, por Dios, que no hai tiempo que perder.

—¿Para qué? me preguntó.

—Para que lo empeñes.

—Es inútil.

—¡Cómo inútil! ¿qué ha ocurrido?

—Nada.

—Pero ¿has olvidado nuestro compromiso?

—Ya está todo arreglado, ataúd i derechos.

—Cómo! ¿De dónde has sacado dinero?

—Tú no mas tendrías reloj. . .

Habia empeñado el suyo antes que yo el mio. Esta accion casi me hizo avergonzarme.

—Guárdalo, me dijo, que otra vez puede tocarte a tí. No ha de ser esta nuestra última aventura. ¡Nos ha ido tambien en la primera!

I dejó escapar un suspiro.

—¿Esas tenemos, Andres? ¿Tú suspirando? ¿Qué te pasa?

—No sé . . . desde anoche . . .

—Vamos, la hermosa Anita sin duda . . .

—¿Yo enamorado?

—Nó, Fernando, es el alma adormecida que de repente despierta sobresaltada. Esa buena obra me la ha sacudido fuertemente i es natural que la haga jimir.

I mientras esto decia Andres, sus negros ojos se le humedecian i brillaban con las lágrimas como brillan las flores con el rocío.

—Ah! exclamó al ver que yo me fijaba en él con asombro i pena; no sabia que Dios pagaba tan bien estas pequeñas obras! Las lágrimas de dolor que enjugamos en nuestros semejantes, nos las devuelve convertidas en otras tantas de felicidad.

—Luego, no era amor el tuyo.

—Amor? Sí, sin duda; pero amor al prójimo.

I sin decir mas, Andres, el alegre, el tronera Andres, salió grave, casi solemne, completamente trasformado por su *primer amor*, el amor al prójimo.





SE LA LLEVÓ EL DIABLO

I

Era un día de Diciembre. ¿De qué año? No hai para qué saberlo, porque esto no hace al caso.

Mas que el año, importa saber el día, que era víspera de Pascua de Navidad, i así queda dicho que la Noche Buena estaba para caer con su infernal bullicio, con ese inmenso alboroto que, si bien se comprende en los niños i en ciertas jentes del pueblo tan locas como los niños, no tiene esplicacion fundada tratándose de la clase mas decente i por lo mismo mas grave de la sociedad.

Sin embargo, i sea dicho en honor de la verdad, yo mismo que creo tener un si no es de gravedad, me he alborotado muchas veces con la Noche Buena. ¿Por qué? Nunca me lo he sabido explicar, i así no se encontrará estraño que ménos sepa darme razon de los alborotos ajenos.

Todo lo que puedo decir es que el 24 de Diciembre, apenas despierto, empiezo a sentirme en una atmósfera delicio-

sa, impregnada de aromas,—los aromas de la albahaca i del clavel,—que me embriagan i entusiasman como en ningun otro dia del año.

Sea aprension o lo que fuere, lo cierto es que ese dia lo encuentro todo con olor a clavel i albahaca.

Creo que bajo esta misma influencia debió escribir un amigo a otro la siguiente carta:

«*Diciembre 24.*

Querido amigo:

No sé por qué, pero he amanecido hoi de tan buen humor, que estoi dispuesto a aprovecharlo a toda costa. Desde luego me propongo ir esta noche al baile de máscaras en traje de carácter—de diablo,—i si tu ánimo está como el mio, te espero en el teatro. Contéstame inmediatamente.

Tu afino. amigo

Daniel»

Apenas habia trascurrido media hora, recibia la siguiente contestacion:

«*Daniel:*

Cuenta conmigo, que tambien iré en traje de carácter, de macaco.—Tuyo.

Fernando.»

Hombres que para ir a un baile se trasforman en diablos monos, dan una perfecta idea, mas que de su carácter, como Daniel i Fernando parecian hacerlo entender, de la disposicion de ánimo en que se encuentran.

Daniel, o sea el diablo, era un mozo de 26 años, es decir, un hombre ya formado, de robusta constitucion, festivo, ga-

jante, buen amigo en fin; pero por su temperamento ardiente era tan susceptible de buenas como de malas acciones, segun las circunstancias.

Fernando, por el contrario, tenia toda la calma i la sensatez que dan una naturaleza reposada i una vida de 36 años con sus vicisitudes i sus decepciones mas o menos amargas.

Tales eran esos dos amigos que pronto tendremos ocasion de conocer mejor.

II

A las diez de la noche de ese dia Valparaiso estaba desconocido. Usando de la espresion de nuestros personajes, pudiera decirse que se hallaba tambien en traje de carácter: a su animacion ordinaria, al movimiento del trabajo, del tráfico mercantil e industrial, habia sucedido la agitacion i la algarazara de los aturridos grupos, de las muchedumbres ávidas de hacer paréntesis a una existencia de interminable labor i fatiga.

La poblacion, ordinariamente medio dormida a esas horas, aquella noche se hallaba toda despierta: estaba en pie, se agitaba, recorria las calles, mercados, plazas, etc., comiendo, bebiendo, gritando, cantando. En una palabra, se divertia, gozando cada cual a su manera.

La plaza de la Victoria era el centro a que converjían los paseantes de todas clases i condiciones, desde la aristocrática dama que acudia allí a tomar el fresco i a ver a las mascaritas atravesar la plaza en medio de las turbas de insolentes muchachos, hasta el mui plebeyo pillo que iba en busca de las apreturas para *bolsiquear* impunemente.

En esa plaza es donde esa noche huele a Pascua mas que en ninguna parte, porque allí no es una ilusion el aroma del clavel i de la albahaca: allí trasciende de los ventorrillos una mezcla confusa de perfumes, perfumes de flores, licores, fiambres, fritos, asados i cocidos.

III

Ya hemos dicho que eran las diez. Justamente a esa hora se sintió una gritería, mezclada de rechiflas, por uno de los ángulos de la plaza, a la vez que una turba de hombres i niños se precipitaba sobre un máscara.

Ese máscara era el diablo, que con gran dificultad podia abrirse paso por entre los que lo acosaban. Pero cansado al fin de pugnar apeló al último recurso, sus buenos puños, i solamente así, derribando a varios de aquellos majaderos, logró atravesar la plaza i ganar el teatro.

Penetró en la gran sala, que ya se encontraba ocupada por centenares de máscaras, así como los palcos invadidos por una multitud de espectadores de los dos sexos i de diversas condiciones, todos con sus caras festivas, con verdaderas caras de Pascua.

El movimiento, la música, el murmullo jeneral, los casca- beles de la Locura i del polichinela, las carcajadas de los bu- fones, aquella inmensa variedad de trajes i colores, realzada con una brillante iluminacion, todo esto i mucho mas forma- ban allí un conjunto cuya confusion o desconcierto guardaba sin embargo la mas perfecta armonia con las condiciones in- herentes a fiestas de esa clase.

Momentos despues de haber entrado el diablo en el salon, empezaban los preludios de la zamacueca en el harpa i la guitarra, lo cual habia sido como el toque de jenerala dado a ese rejimiento de danzantes que ya se mostraban impacien- tes por entrar en accion.

Los máscaras salian de todas partes a tomar sus respecti- vos puestos. Pronto se vió por lo ménos unas cien parejas o eslabones que formaban aquella cadena que se estendia a lo largo de la sala esperando solamente el primer verso, o mas bien, la primera letra para empezar la danza.

No hai descripción posible en una zamacueca de baile de

máscaras: quien no haya tenido ocasion de verla, puede formarse siquiera una idea de ella sabiendo que allí baila el que sabe i el que no sabe, con gracia o sin ella, con moderacion o desenfreno. Tratando de caracterizar cada cual su papel, baila el minero i baila el huaso, el marinero i el soldado, el fraile i la monja, el *futre* i el descamisado.

Pero lo mas característico de aquella lamentable profanacion de nuestro baile popular se ve en la parte extranjera, en esa porcion que se llama flotante, o sean capitanes, pilotos contramaestres, etc., de los buques que a la sazón se hallan en Valparaiso. Con la franqueza del marino, ávidos de diversion, contentos de la amable hospitalidad de sus amigas, se echan a navegar a todo trapo en aquel vasto océano, sin rumbo ni gobierno i sin pensar siquiera en los escollos ni en las consecuencias de un naufragio.

La zamacueca es lo mas sencillo de este mundo para un ingles. Unas cuantas mudanzas i sacudidas de pañuelo, con sus correspondientes saltos, vueltas i morisquetas, i los tenemos hechos unos cuequeros consumados.

A pesar de tanto ingles i aleman, el diablo no habia podido resistir a la tentacion de tomar parte en aquel tumultuoso baile, escojiendo por compañera a una humilde monja que parecia andar buscando los rincones del salon para huir de aquel profano bullicio. Pero una vez en poder del diablo, a las pocas palabras éste se habia visto obligado a decirle:

—Si no me engaño, hermana, habeis errado la vocacion.

—¿I por qué no ha de ser el diablo, dijo la monja, el que ha errado esta noche el camino, tomando el de la gloria por el del infierno?

—¡Gracioso fuera que en una noche como esta el diablo tomara el camino del infierno!

—Pero yo creo que mucho mejor se estaria el diablo en su casa.

—Esto seria bueno si las monjas se estuvieran tambien en la suya. Ademas, siempre el diablo está bien en todas partes.

—I mucho mejor, agregó la monja, en donde puede hacer sus conquistas, ¿no es cierto?

—De las que vos no estareis mui libre, ¿no es cierto tambien? dijo el diablo, inclinando la cabeza para ver el rostro de la monja por debajo de la careta.

—Eso, quien sabe!...

I se llevó la mano a la careta.

—¿Sabeis bailar?

—Este demonio es mui tentador, dijo la monja, impulsándolo suavemente hácia los grupos de danzantes.

En esos momentos el diablo pensaba que el demonio tentador no era otro que la mismísima monja.

Lo cierto es que el diablo i la monja se echaron a bailar zamacueca en medio del asombro jeneral que produjo semejante contraste.

A la zamacueca siguió una polka, a la polka un schottis, i el diablo con la monja bailaban cada vez con mas ganas.

Miéntras tanto, el salon se habia ido llenando de jente, creciendo tambien la animacion i la alegria.

Pero el mono no aparecia. En vano Daniel miraba de vez en cuando i en medio hácia todos los ámbitos del salon.

I ya era la media noche.

IV

Pensaba Daniel en los inconvenientes que pudiera haber tenido Fernando para acudir a la cita, cuando siente que la monja se le escapa de los brazos, que lanza un grito i cae, pasando por encima una pareja de danzantes, que era la que tan bruscamente se habia estrellado contra ella.

El público estalló en risotadas que hicieron en el diablo peor efecto que la caida de su compañera. Corre a levantarla, i ciego de cólera se lanza en seguida sobre la imprudente pareja, la cual se componia de dos hombres, uno de ellos disfrazado de vieja. Coje a la vieja por la cofia, la atrae hácia

sí, la hace perder el equilibrio, cae en seguida i arrastra consigo a su compañero.

Los danzantes que seguian en pos de ellos tropiezan i caen tambien, sirviendo a su vez de obstáculo o de banquillos a los demas.

Aquel fué un hacinamiento de hombres i de mujeres, de donde salian los alaridos de éstas i las imprecaciones de aquellos, confundiendo con la hilaridad jeneral que semejante descalabro habia producido en el público espectador.

Deshecho aquel nudo, pudieron levantarse los dos primeros danzantes, i furiosos se precipitaron sobre el diablo, quien los recibió con una sangre fria admirable. Un diluvio de puñetazos le caia encima, pero sin que le alcanzara ninguno, porque se limitaba a parar los golpes, retrocediendo cuanto le era posible. Así recorrió un gran espacio del salon hasta que convencido de la poca táctica de sus adversarios i de lo mucho que habian desperdiciado sus fuerzas, empezó por acometerlos, asestando el primer golpe a la vieja, cuya máscara saltó por el aire, i uno de cuyos ojos debió recibir de lleno el mojicon, porque se le vió llevarse la mano a él, quedando desatentada i fuera de combate. El otro aprovechó ese momento para dirigirle un golpe recto, que resonó en el pecho del diablo; pero éste, lejos de desanimarse, crió nuevos bríos i se echó con todo el cuerpo sobre su enemigo. Tan vigoroso fué el impulso, que lo hizo rodar, arrastrando con dos de los espectadores, yendo él mismo al suelo envuelto con los demas. Se levanta, i entónces son tres los que acometen con el diablo. Pero éste se defiende con denuedo i reparte bofetadas, puntapiés i cabezazos sobre cuantos se ponen a su alcance.

Sin embargo, se ve tan acosado, hace una resistencia tan tenaz i desesperada, que sus fuerzas i su agilidad ya le abandonan. En efecto, le menudean tanto los golpes, que ya no le dan tiempo a pararlos; i cree que va a ser rendido, despedazado, cuando ve que sus agresores dividen sus fuerzas entre él

otro raro personaje que empezaba a tomar parte en la riña.
Era un mono, o sea Fernando.

Llegaba mui a tiempo i sobre todo mui de refresco, porque emprendió el ataque con un arrojo que puso en alarma a todo el teatro.

Las *colleras* empezaron a multiplicarse, porque todos acudían en auxilio de sus amigos o de los combatientes de sus simpatías.

La gresca tomaba proporciones colosales, i en vano gritaban de todas partes:

—Orden! órden!

—Basta!

—Fuera! fuera!

—Qué lleven al diablo preso!

—Ese mono intruso para la policía!

—Qué hace esā monja que no se lleva a su diablo!

—Calle la boca ese bruto!

—Mas bruto será el que lo dice!

La zalagarda era completa.

Inútilmente se ajitaba la policía en medio de aquellos furiosos, muchos de los cuales peleaban sin saber por qué ni por quién.

Se redobló al fin la fuerza, i arrastrado el tumulto fuera del salon, poco a poco fué disolviéndose i calmándose la borrasca.

V

El diablo, el mono i la monja, despues de reunirse i felicitarse mútuamente por el feliz desenlace, acordaron instalarse en un palco a fin de hacer creer a la multitud que habian estado mui léjos de sufrir una derrota.

Se posesionaron, pues, del palco con todos los aires de vencedores.

En aquellos felices tiempos la caballería andante tenia sus neófitos en Valparaiso. Habia individuos que no iban a los bailes de máscaras sino a desfacer entuertos i vengar desaguizados. Aunque nuestros personajes no eran de este número, daban sin embargo gran importancia a las glorias caballerescas.

Conversaban alegremente sobre los incidentes de la refriega, haciendo una esposicion de las contusiones i arañazos que habia sacado cada uno, inclusa la monja, que decia estar molida con el golpe oríjen de aquella descomunal batalla, cuando el mono fijó su atencion en una pareja de dos máscaras que recorrian el salon a pasos medidos i como buscando a alguna persona. Sus trajes, dominó celeste, hechos de fina tela i adornados con delicado gusto, con talento, la gravedad de sus pasos, el empeño que parecian poner en huir de los tumultos, el desden con que rechazaban los mimos o dichos punzantes de los otros máscaras, todo esto daba a aquellas dos mujeres un carácter distinguido, una dignidad desconocida en la jeneralidad de la jente que acude a los bailes populares.

Para Fernando era esa la oportunidad de emprender una aventura, i pronto, ántes que otros pudieran ser los afortunados.

—Bueno será que bajemos al salon, dijo, porque aquí estamos malgastando un tiempo precioso; solamente nos quedan dos horas.

I los tres máscaras dejaron el palco, bajando las escaleras, Daniel con su monja, i el mono solo, saltando i haciendo piruetas, con gran peligro de llevarse por delante a alguno de los concurrentes i orijinar alguna nueva camorra.

Pronto el mono, que so pretesto de caracterizar su papel se había adelantado a sus compañeros, se encontró con las dos encantadoras máscaras de dominó celeste. Fuera por lo grotesco del traje de Fernando o por otra causa, lo cierto es

que el mono les llamó mucho la atención, i una de ellas particularmente lo miró repetidas veces, como queriendo reconocerlo.

—Te equivocas, le dijo el mono, no soy yo el que tu piensas, pero tú sí que eres la que yo busco.

La máscara a quien se dirigía Fernando pareció tomar a lo serio aquellas palabras, porque trató de esquivar la presencia del mono. Este la siguió.

—¿Te asustan mis palabras, mascarita? Yo soy un mono inofensivo. Me han hechizado tu garbo i tu hermosura i vengo a ofrecerte mi amistad. ¿La quieres aceptar?

La máscara siguió muda, limitándose a alargar la mano al mono, que éste se apresuró a apretar fuertemente.

—Mucho me honro i me felicito de esta confianza, mascarita de mi alma. ¿No tenéis compañeros?

Un movimiento negativo con la cabeza fué la única contestación de la máscara.

—Entonces, dame el brazo.

I antes que se lo entregase, graciosamente el mono lo tomó i lo colocó entre el suyo, quedando la otra mascarita asida del brazo de su compañera.

Así empezaron a pasearse por el salón, ellas sin despegar los labios, i el mono hablando por los tres, puesto que él mismo tenía que contestar a las preguntas que les hacía i que las máscaras aprobaban o negaban simplemente con movimientos de cabeza.

VI

El diablo i la monja no perdían su tiempo: bailaban un valse sin temor a un nuevo fracaso.

Terminado el baile, dijo Daniel:

—Parece que el mono ha hecho fortuna, i es preciso que le busquemos.

—¡Envidioso! Cuidado, que anda con dos.

La monja se ponía celosa.

En ese momento se encontraban con el mono i sus compañeras.

Hecha la presentación de estilo, siguieron juntos el paseo atrayéndose todas las miradas, porque aquellas dos damas eran lo mejor que habia en el teatro.

Daniel empezaba a lamentar el compromiso de su monja, porque la mascarita que iba del brazo de la compañera del mono era mui jóven, adolescente todavia, segun lo demostraba en su andar, en su timidez, en su recato. ¡I qué cuerpo! esbelto, elegante i gracioso.

Daniel se ponía de mal humor: la monja empezaba a serle una carga insoportable.

I ya eran las dos de la mañana.

—¡No cargara el diablo con ella! decia Daniel para sí, sin acordarse que justamente era el diablo el de la carga.

El mono, entre tanto, hacia esfuerzos inauditos por arrancar una palabra siquiera a su mascarita, pero en vano.

Al fin se le ocurre una idea: la del refresco. Era preciso convidarlas al café.

Hecha la invitacion, fué aceptada en el acto por la monja, i luego tambien, aunque con alguna resistencia, por parte de la misteriosa desconocida.

El café en esos momentos parecia inespugnable: tal era la abundancia de parroquianos i parroquianas. Las cabezas estaban en el mas alto grado de efervescencia. El bullicio, la sofocacion, la espesa atmósfera que allí se respiraba eran capaces de descomponer el cerebro mejor organizado.

Nuestros conocidos i las desconocidas penetraron al fin en aquel laberinto, verdadera Babilonia, especie de infiernillo que hizo un efecto repulsivo en el mismo diablo.

A duras penas consiguieron posesionarse de una mesa.

El mono, despues de consultar el gusto de sus compañeras, empezó por pedir helados i dulces para ellas, i cerveza para él i para el diablo.

La monja aceptó tambien los helados i los dulces, pero...

—¿No habrá cazuela? preguntó.

A medida que se come i se bebe, sube de punto la curiosidad del mono por descubrir a su encantadora desconocida; pero nada, ni una palabra sale de sus labios. ¡Horrible sospecha!

—¿Será muda?

El diablo por su parte está cada vez mas enamorado de la otra desconocida i deseando que la cazuela le dé una indigestion a aquella condenada monja que en mala hora fué a sacar de los rincones por donde andaba haciendo su papel.

A su vez la monja, no obstante los dulces i la cazuela, empezaba a ponerse de mal humor con los cumplimientos que el diablo hacia a aquella tontuela que, segun ella creia, pretendia darse importancia haciéndose la guagüita. Pero no por esto deja la monja de comer con apetito devorador i estimulada ademas por el diablo, que le pide otra cazuela, a ver si revienta.

VII

Embebidos en sus amorosos coloquios se hallaban el diablo i el mono, que no habian parado su atencion en varios individuos en estado de ebriedad que se les acercaban, dirigiendo primero algunas indirectas a las mujeres, i luego insultos groseros a ellos mismos. Esa peligrosa vecindad fué notada únicamente al sentir el mono algo que daba bote en su cabeza, i lo cual no era otra cosa que un corcho de botella que le habia lanzado uno de los truhanes.

El mono se levanta amostazado i pregunta la causa de semejante provocacion. Por toda respuesta recibe el mono un empellon que lo hace caer sobre la mesa, dando vuelta el plato de caldo que con tanto apetito se engullia la monja.

Aquellos individuos—¡oh monja fatal!—eran los mismos que se habian estrellado contra ella en los momentos que

bailaba con el diablo i que, habiendo salidos mal parados de la gresca, iban en busca de la revancha.

El mono saltó como un tigre sobre uno de ellos, i el diablo sobre el otro. Sin duda que hubiesen dado mejor cuenta de aquellos tunos sin el desórden jeneral que se formó en el acto: todos los hombres entraron en la lid, a pesar de los gritos suplicantes i despavoridos de las pobres mujeres.

Pero tan estrecho era el lugar, que los combatientes, deseando mejor terreno, se dejaban impulsar por los mozos del café i por los soldados de la policia, quienes hacian los mayores esfuerzos por despejar aquel campo de agramante, cuya devastacion empezaba ya por las sillas, mesas, botellas, vasos, etc., etc.

La avalancha salió por fin a la plaza, seguida de una multitud de curiosos i de aficionados al pujilato. Allí el tumulto fué mayor, porque se agregaron todos los que estaban agrupados a la entrada del teatro i a los ventorrillos cercanos.

La riña tomaba proporciones alarmantes, se hacia mas encarnizada i mas tumultuosa.

Las venteras empezaban a tomar rajadas de leña, porque los combatientes iban a dar contra sus mesas, causando lamentables destrozos.

El mono mismo, a pesar de su fresca cabeza i de su extraordinaria ajilidad, no pudo evitar, al sentirse cojido por la cola, de ir a dar con su cuerpo a un brasero, metiendo la mano a una sartén con grasa que por fortuna no estaba muy caliente. Pero tan pronto el mono no habia sacado la mano de la sartén a medio freir, cuando la ventera lo cojia por la cola, quedándose con ella en la mano i por añadidura una buena lonja de la parte trasera del traje.

El diablo, por su parte, se batia como un leon. Hacia destrozos, a pesar de que sobre él cargaba el mayor número i lo mejor de la partida; pero como tampoco le faltaban buenos defensores, sus esfuerzos no eran perdidos.

Con un poco de atencion se hubiera podido observar que

la desconocida del diablo se hallaba en esos momentos grandemente escitada, lo mismo que la del mono, si bien ésta no podía ocultar su desesperacion por no poder penetrar en el grupo en que se hallaba comprometido su compañero.

Interminable hubiera sido aquella contienda sin los esfuerzos de la policia, cuyos soldados cojian de a dos, tres i cuatro de los combatientes i los empujaban por la puerta de su cuartel, como si se tratase de salvar las víctimas de un gran incendio. (1)

VIII

Apaciguada esta tempestad, tan comun en los bailes de aquellos tiempos i sin las cuales no habia baile bueno, los máscaras empezaron a retirarse segun el estado en que quedaban, unos con direccion a sus casas, i los otros al salon del baile.

El mono fué de estos últimos, no obstante la falta de su rabo. A los pocos pasos se encontró con su misteriosa dama que, ajitada, llena de sobresalto, le preguntó por la otra máscara.

I debia ser mucho su interes, cuando por la primera vez en toda la noche se atrevia a hablar al mono, aunque disfrazando la voz.

El mono nada sabia de aquella niña; pero creía que pronto la hallaria en el salon o en alguno de los palcos.

Entraron ámbos, lo recorrieron todo, buscaron, indagaron, pero sin hallar ni noticia.

Una cruel angustia se apoderaba de la desconocida. El mono mismo empezó a inquietarse i a sentir aquel incidente que ponía a su compañera en una situacion que él no esperaba.

(1) En esa época la puerta del cuartel de policia estaba a pocos pasos de la del teatro.

Salieron en seguida a la plaza, i no encontraron ni a la jóven ni al diablo.

Volvian nuevamente al teatro cuando toparon con la monja.

—Señorita, ¿habeis visto a mi amiga? se apresuró a preguntar la desconocida.

La monja soltó una carcajada.

La desconocida tembló de temor i de cólera.

—¿Qué significa esa burla? Parece que sabeis algo. . .

—Sí, la he visto, contestó la monja: estaba con el diablo.

—¿En dónde?

—Aquí afuera.

—¿I a dónde se han ido?

—¡Quien sabe!

—Ya parecerá, dijo el mono tratando de calmar a su compañera.

Entónces la monja agregó con sorna:

—Sí, ¡ya parecerá! . . se la llevó el diablo. . .

La desconocida miró con cierto desprecio i repugnancia a la monja i se apartó de ella seguida por el mono.

Una vez solos i no pudiendo ya sufrir por mas tiempo tan cruel incertidumbre:

—¡Fernando! . . le dijo con voz natural.

El mono retrocedió asustado i miró a aquella mujer que acababa de pronunciar su nombre i en cuya voz habia reconocido la de su esposa.

—¡Fernando! prosiguió, este es el resultado de tus locuras. ¿Dónde está, por Dios, nuestra hija?

—¡Imprudente! exclamó, o mas bien rujió Fernando; ¡cómo te has atrevido a traer esa niña al baile! Estas son las verdaderas locuras, cuyas consecuencias ya estamos palpando.

—Pero dejémonos de inculpaciones, porque no hai tiempo que perder. ¿No oiste las palabras de esa mujer: *se la llevó el diablo?*

Fernando estaba aturdido. En esos momentos se agolpaban a su imaginacion fuertes recuerdos, le asaltaban los mas

fatales presentimientos. Pensó en Daniel, i se acordó de que era capaz de todo. De otra manera tampoco se habria ausentado con ella.

—Pero Elisa, ¡cómo Elisa ha podido seguirlo! dijo Fernando dando una patada en el suelo i crispando los puños.

—Todavía no lo puedo creer, Fernando, le dijo su esposa; vamos i busquémosla aun en el teatro. No perdamos tiempo.

Apénas habian entrado, las luces se apagaban para decir a los concurrentes: el baile ha concluido, i buenas noches.

Los máscaras salian en tropel, como a escape. Era un rio que se desbordaba, que salia de madre. Fernando i su esposa tuvieron que hacerse a un lado para no ser arrebatados por aquella impetuosa corriente.

Un minuto bastó para que todos salieran. El teatro quedó desierto, lóbrego. Ni el diablo ni Elisa habian pasado.

Los dos esposos salieron mústios, desalados i sin pronunciar palabra. ¿A dónde dirijian sus pasos?

Recorrieron la plaza, que aun se hallaba poblada de jente, penetraron en todos los cafés, visitaron cuanto lugar concurrido podia haber en los contornos, i nada, absolutamente nada!

Los dos esposos hacian esa verdadera *via crucis* culpándose recíprocamente de aquella desgracia, lanzándose las mas fuertes recriminaciones.

—Sin la maldita carta de ese Daniel, decia su esposa a Fernando, i que en mala hora fuiste a dejar olvidaba, yo jamas habria ni pensado en venir al baile a espiar tus pasos, bien lo sabes. Pero la leí, por desgracia, i no pude dominarme.

—I trajiste a tu hija!

—Sola yo, mi reputacion habria corrido peligro. Ademas, yo no podia suponer esta fatalidad. . .

—Pero Daniel, decia Fernando, como hablando consigo mismo, no puede ser capaz, a pesar de sus calaveradas, de cometer conmigo una infamia. Nó, imposible!

—Desgraciadamente él no puede saber que Elisa sea tu hija, porque no la conoce, ni Elisa tampoco sabe que andábamos contigo, porque no era propio decírselo. De manera que si ella, como es muy probable, ha continuado guardando el incógnito, ese hombre no tendrá ocasión de manifestar su lealdad de amigo.

Fernando veía que su esposa tenía razón, i se desesperaba cada vez más.

En esos momentos, entrando otra vez a la plaza, a pocos pasos dieron nuevamente con la monja, que en medio de una bulliciosa comparsa de *pierrots* cargaba grandes ramos de flores i paquetes de dulces; todo lo cual, sin contar las cazuelas, podía considerarse como el resultado del botín de aquella noche de baile.

En cuanto vió al mono con su dama, les gritó alzando sus ramos:

—Adios! adios! ¿Pareció la pérdida?

I se echó a reír con todos los *pierrots*, quienes, dicho sea de paso, no sabían hasta entónces por qué se reían, si no era de la soberana turca que llevaban encima.

—Sí! aquí está la pérdida! dijo una voz, la voz del diablo, que en ese momento salía con su compañera del cuartel de policía; frente a cuya puerta pasaba la monja con sus amigos cuando había pronunciado aquellas palabras que se apresuró a contestar el diablo.

Elisa estaba, pues, salvada, porque no se la había llevado el diablo como dijo la monja.

Los dos esposos respiraron.

Cómo el diablo i Elisa fueron a parar a la policía, se comprende perfectamente por las recojidas que los soldados hicieron en los momentos de la riña en que el mono había caído a la sarten.

Fernando que no quería descubrir a Daniel que aquellas dos mujeres eran su esposa i su hija, mientras no supiese por él mismo cuanto hubiese acontecido, aparentó despedirse de

ellas para retirarse con su amigo, ejemplo que fué imitado por éste, partiendo todos en distintas direcciones.

IX

Al día siguiente los dos amigos se hacían las más íntimas confianzas sobre sus aventuras de la noche anterior. Viendo Fernando que nada tenía que reprochar a su amigo, ni menos avergonzarse de su condición de esposo i de padre, dijo a Daniel:

—Ahora vas a saber la verdad: te hemos chasqueado, i perfectamente:

—¡Cómo! preguntó Daniel con asombro.

—Aquellas dos mujeres eran mi esposa i mi hija.

Daniel se quedó pensativo i luego dijo:

—Nó, no puede ser

—Pues es la verdad, i no te pese, porque nos hemos divertido.

—Sí, nos hemos divertido, es verdad, dijo Daniel con tristeza; pero esto es lo que se llama *jugar con fuego*: yo salgo quemado, i muy quemado, amigo Fernando. Francamente—¿i por qué he de negarlo?—tu hija me ha encantado, sobre todo al conocer su belleza; porque en el cuartel se le cayó la careta por una casualidad i tuve ocasión de admirar aquel rostro anjelical. Tienes, Fernando, una hija hechicera.

Fernando se encojó de hombros, como diciendo: ya pasará ese fuego i esa ilusión de una noche fantástica i embriagadora.

Pero era la verdad: Daniel estaba realmente enamorado de Elisa, i con un amor como no había sentido otro igual. La revelación que acababa de hacerle Fernando había avivado más el fuego de su pasión.

Fernando se despidió ese día de Daniel, dejándolo persuadido de que había sido víctima de una farsa formada entre él

i su esposa. Pero no habia sido así, como ya lo sabe el lector. La farsa verdadera tenía por objeto no darle a saber que su esposa habia encontrado la carta e ido al baile con el fin de espiarlos.

X

El 24 de Diciembre del año siguiente, Fernando i Daniel asistian nuevamente al baile de Noche Buena; pero esta vez como simples espectadores, completamente transformados, Fernando con su esposa i Daniel con la suya; porque han de saber ustedes que el diablo estuvo a punto de morirse de amor por su ángel, hasta que Fernando i su esposa le otorgaron la mano de Elisa.

La revelacion de la monja se habia cumplido.

Se la llevó el diablo.





COMO HICE AMISTAD CON DON SEBASTIAN

Tengo un amigo que lleva *Sebastian* por nombre de pila, y *don* porque es respetable en años, tiene sus realitos i es padre de dos muchachas buenas mozas i consentidas.

Don Sebastian tendrá sus 60 años, mal contados, su esposa unos 55, i sus hijitas andarán bordeando los 25.

Voi a contarles cómo hice amistad con él.

Una noche de fuegos artificiales en la plaza de la Victoria estaba con su familia dándose el planton consabido, y yo haciendo lo propio sobre una silla que en un café inmediato alquilé para sentarme, pero que despues me vi obligado a convertir en pedestal.

Mi estatua se alzaba grave i orgullosa por entre la familia de don Sebastian, a quien entónces no tenia el gusto de conocer ni de nombre. Sin embargo, su esposa me miraba de cuando en cuando, i a la luz de cada volador me parecia leer en su cara esta súplica:—«¿No se conduce usted de mi pobre humanidad?»

Confieso que en mis adentros me condolia de la pobre señora; pero la situacion no era para darse por entendido, i seguia yo viendo los fuegos i dirijiendo furtivas miradas a las muchachas de don Sebastian, quien estaba a mis espaldas i como guardando la retaguardia a su familia.

Por momentos la multitud iba oprimiéndose mas, al extremo de que ya mi silla empezaba a tambalearse; pero yo no tenia cuidado, i al contrario me daba por mui satisfecho con tener a mis piés aquellas dos vírjenes, cuyo hermoso seno podia admirar impunemente de alto abajo, saboreando a la vez la encantadora tentacion de verme derribado de la silla por una conmocion popular para tener el gusto de caer sobre ellas.

La señora,—al fin, del asta caracoleada,—parecia estar adivinando mis satánicos deseos, porque a cada cohete que reventaba me dirijia una mirada, no ya de envidia, sino de desconfianza, que parecia decir:—«Este bribon puede desplo- marse i aplastar a mis chiquillas.»

Pero yo seguia tan firme i sereno como don Sebastian. Mientras tanto las niñas ya no podian tenerse en pié con aquel soberano planton despues de los paseos del dia. Una decia que le apretaba mucho *el botin*; i así debia ser, porque a cada momento se inclinaba de un lado, hasta que concluyó por afirmarse contra una de mis piernas. Naturalmente, yo ni siquiera me moví, porque confieso que me sentia tiernamente . . . ¿cómo diré? . . . condolido de aquella pobre niña. ¡Ni qué importaba que me cargase un poquito! Yo estaba dispuesto a hacer mayor sacrificio todavia. No tardé mucho en ver sometida a prueba mi abnegacion: figúrense que concluyó por sentarse en uno de mis piés.—«¡Cómo ha de ser!» exclamé resignado.

En esos momentos prendieron un volcan, cuya detonacion pilló tan de sorpresa a la pobre niña, que para no caer tuvo que abrazarse de mis piernas.! «Sea por el amor de Dios! . . . ¡Esto mas!» . . . dije para mí.

No sé por qué, a mí me empezaron a temblar las piernas; i luego, al levantar la vista al cielo para seguir la carrera de un volador, me desvanecí, perdí el equilibrio, i por último, para no caer tuve que afirmarme involuntariamente en el mórvido cuello de su hermana.

—Ai! gritó ella como si le hubiese caído agua hirviendo.

—¡Ai, señorita, por Dios! . . . exclamé también yo casi a un tiempo, retirando la mano rápidamente como si me la hubiese quemado.

—¡Si yo ya la estaba temiendo! dijo maliciosamente la señora

—No ha sido nada, mamá.

—Dispéñseme usted, señorita.

—No hai de qué, caballero.

—Confieso que he sido un impolítico: tenga usted la bondad de ocupar . . .

—Mil gracias.

I ántes de que yo bajase de la silla, ya ella se habia encaramado a mi lado.

—Niña! exclamó don Sebastian . . . Discúlpela usted, caballero.

—Al contrario, señor. I si usted gusta también puede . . .

—En ese caso la aprovecharé yo, dijo la hermana.

I alargándome su enguantada manecita, me obligó a bajar de la silla i luego a subirla a ella.

—Pero niñas!! . . . volvió a exclamar don Sebastian ¿Qué están ustedes locas?

—Nó, papá, estamos mui bien así, le contestó una de ellas.

—No es eso, sino que . . .

—Ai! que me caigo! gritó la otra.

—Pero no me botes a mí, repuso la primera.

I ámbas a la vez se apoyaron sobre mis hombros como dos hermanitas . . . mías.

—Paciencia! me dije yo. Esto me pasa por venir a los fuegos.

—¿Lo incomodamos, caballero?

—¡Incomodarme! De ninguna manera, señoritas. Están ustedes muy bien: afirmense no más . . . con franqueza.

—¿Por qué no se sienta en una puntita? me dijo una.

—Yo le haré un ladito, agregó la otra.

¿Lo creerán ustedes? ¡Tuve que pasar por la mortificación de sentarme sobre los pies de las niñas!

En esos momentos yo estaba como en un potro: no veía fuegos ni nada, ni sentía otra cosa que aquellos pies que tenía debajo.

Solo recuerdo que de cuando en cuando decía la mamá:

—Pero niñas descomedidas, no sean imprudentes! no lo cárguen tanto!

—No estamos más que afirmadas, mamá.

—¿I cómo querían estar?

—Si no pesan nada, señora. Le aseguro que sería capaz de estar así hasta mañana.

—¡Ya lo creo! dijo un mozo que alcanzó a oír i que parecía—¡cosa rara!—envidiar mi suerte.

Por su parte don Sebastian, fuese por ver mejor los fuegos, o porque quisiese guardar las espaldas a sus hijas, se había trepado sobre uno de los travesaños de la silleta, abrazándose de las niñas para sujetarse.

Así cargada la silleta, ya no se movía de su lugar, i las oleadas de la jente más bien iban a estrellarse contra ella.

La pobre señora era la que, desligada como estaba del grupo, i por más que trataba de guarecerse a mi alrededor, andaba de un lado para otro, según era la corriente, teniendo que defenderse de palabra i obra contra la *chusma indecente*, como ella decía a cada estrujón que le daban.

Aunque lo sentía mucho, yo no podía hacer nada por ella. Sentado sobre los pies de las niñas, sufría una tortura atroz, sobre todo al sentir sus rodillas en mis espaldas. ¡A qué hora concluiría semejante martirio!

En esto reflexionaba cuando ¡oh dicha! veo al fin iluminar-

se el espacio con miles de voladores i luces de varios i brillantes colores, que se abren como un ramillete gigantesco i luego empiezan a caer, cual diluvio de fuego, en todas direcciones i sobre todas las cabezas, en medio de la alarma i griteria de la multitud, que se abre tambien, cual otro ramillete, cayendo unos i levantando otros.

La conmocion nos envuelve a nosotros, empezando por la señora, que al tratar de ponerse en salvo tropieza en mis piés, cae sentada sobre mis piernas, cruje i se rompe la silleta, las niñas se vienen abajo i me aplastan, i tras las niñas viene tambien rodando don Sebastian.

Yo habia quedado sepultado, i sentia una opresion que me estaba ahogando...

—¡Favorézcanme! gritaba, creyendo que era víctima de un terremoto.

Pero nadie me oia, a pesar de que yo sentia perfectamente, a traves de aquella masa de cuerpos i ropa que me cubria, los gritos de las niñas, i sobre todo de la señora: que decia:

—¡Me quebran la pierna!... ¡La rodilla, Sebastian!... ¡Aya-yaicito!...

—¡Mi sombrero! ¡mi sombrero! gritaba don Sebastian.

Cuando me levanté, o nos levantamos, ví que todo el mundo se reia a carcajadas.

Yo salia con un brazo dislocado; la señora se sobaba una rodilla; las niñas lloraban, i don Sebastian apretándose el sombrero i levantando el brazo exclamaba:

—¡No es nada!...

—¡Ai, señor! exclamé yo agarrándome i mirándome el brazo; yo creo que se me ha roto!

—I a mí tambien ¡ai! esta pierna, agregó la señora.

—Eso no es nada, dijo don Sebastian... ¡Callen ustedes la boca, chiquillas ardidosas!... ¿Cómo yo no me quejo?

—Porque usted cayó encima, papá.

—¿I soi yo leso para caer debajo?

—Bien lo estaba yo temiendo, Sebastian... ¡Ai! ¡ai!

—Nadie ha tenido la culpa sino tú, qué disparate, sin mirar... Bien hecho: me alegro...

—¡Ai, papá! mi botín!!... exclamó la niña que había estado quejándose de un pie. ¡Dónde está mi botín!...

—¿El botín!?... repitió alarmado don Sebastian. Bufonadas con el santo...

—Sí, el que tenía enchancletado.

—¿Los nuevos, muchacha? preguntó mas alarmado.

—Los nuevos, papá; primera postura...

—¡Los que te compré esta mañana!... ¡Cinco pesos perdidos!

—Tan al pie como estaban.

—I a qué demonios te lo sacaste si te estaba al pie... ¡Perderlos tan tontamente, sin comerlos ni beberlos!

—No ha sido mas que uno, papá.

—I para qué te sirve el otro huacho, habilosa!

—I ahora cómo me voi yo *asi*... dijo la niña mostrando un piecesito...

—¡I yo que había estado sentado sobre él!

—Dale a la niña uno de los tuyos, Sebastian, dijo la señora.

—En ese caso, señorita, repuse yo arrebatado de entusiasmo al ver aquel pie descalzo i con la intencion de sacarme un botín... Ai! ai! ai!... el brazo no me deja hacer nada.

—¿No será mejor que entremos en este cafecito? observó la otra niña.

—I así descansaremos un poco mientras mandamos buscar un coche, agregó la señora.

—Bien pensado, dijo don Sebastian. Allí tambien podremos dar una friega de coñac al brazo del *amigo*, que estoi viendo mui acoquinado.

Entramos, en efecto, la señora cojeando, una de las niñas con un pie descalzo, la otra llorosa, don Sebastian pensando en los cinco pesos de los botines, i yo con el brazo que no sabia dónde ponerlo.

Al pasar por el meson noté que el mesonero me miró i se echó a reir.

—¿Qué tengo en la cara, señorita? pregunté a una de las niñas.

—¡Ai jóven! arréglese las abolladuras!...

—¡Dónde! ¡dónde!

—Donde ha de ser, en el sombrero, que lo tiene todo *achurruscado*.

—¡Siete pesos perdidos! exclamé al ver el estado deplorable en que habia quedado mi pobre tarro.

—Cinco me costaron a mí los botines de Lucrecia, dijo suspirando don Sebastian.

Miéntas tanto habíamos llegado a una pieza del café en que podíamos lamentarnos i reponernos sin testigos burlones.

—¡Mozo! gritó don Sebastian.

—Mande usted, patron.

—Necesitamos, ante todo, coñac para el brazo de este caballero.

—¿Para el brazo? murmuró el mozo. No hai mas que para beber, señor.

—Del mismo, hombre: es para *curar* a este jóven.

—¡Ah! Para eso es superior él que tenemos. Acaban de *curarse* unos... Voi volando.

—¿I ustedes, niñas? les preguntó don Sebastian. No perdamos tiempo: vayan pensando.

—¿Helados, señoritas? agregué yo para no ser ménos.

—Vaya, pues, dijo la mamá, porque estoi que me ardo. Me ha dado fiebre el golpe.

—A mí me está dando frio con el pié que tengo al aire.

—Pero siéntate sobre él, muchacha lesa, que puedes enfermarte, le dijo don Sebastian.

—Miéntas tanto, ¿no tomarian ustedes unos dulcecitos? les pregunté yo.

—Como guste.

—¡Ai! ¡ai! cómo me mortifica el brazo!

—Aquí está el mozo con el coñac, dijo don Sebastian destapando la botella miéntas las niñas me desnudaban el brazo...

—Ahora, agregó, trae helados i dulces para cinco.

El mozo no tardó en salir i volver con cuanto se le habia pedido.

Despues de haberme frotado el brazo las niñas, i don Sebastian la rodilla a su señora, empezamos a servirnos.

La señora repitió el helado, porque decia que la fiebre no la dejaba respirar.

Don Sebastian, que no sentia ni frio ni calor, empezó por los helados i concluyó por el coñac.

Las niñas se comieron la mitad de los dulces con los helados, i los demas se los embolsicaron.

Por último, nos dispusimos para retirarnos.

—¡Mozo! grité yo.

—¿Cuánto se te debe? le preguntó don Sebastian.

—Nada mas que cinco pesos, contestó el mozo.

—¿Cinco pesos? ¡Número fatal! exclamó don Sebastian.

—Toma, le dije yo, disponiéndome a pagar.

Pero el brazo enfermo no me dejó meter la mano en el bolsillo de la cartera.

—¡Oh! no se incomode usted, se apresuró a decir don Sebastian levantándose de su asiento. Aquí estoy yo.

I acercándose con familiar bondad me preguntó:

—¿Cuál es?

—Este, le contesté indicándole el bolsillo.

Entónces el buen señor metió la mano, estrajo mi cartera, la abrió con mucha calma, sacó relijiosamente un billete de cinco pesos i se lo pasó al mozo diciéndole:

—Estamos a mano. . . Si sobra algo, para tí.

El mozo se retiró admirado de la singular jenerosidad de aquel parroquiano.

—Ahora a nuestra casa, si ustedes gustan, dijo don Sebastian disponiéndose a partir.

Salimos en seguida; pero al pasar por el meson me llamó a un lado mui políticamente el dueño del café i me dijo:

—Tenemos una cuentecita que arreglar, caballero.

—Usted se equivoca: acabo de pagarle al mozo.

—Lo consumido, es verdad, pero falta lo quebrado.

—¿Cómo lo quebrado?

—La silleta.

—¿Qué silleta?

—La que le facilitamos para que viese los fuegos.

—¡Ah! es verdad! exclamé todo corrido. ¿Cuánto vale?

—Nada mas que cinco pesos.

—¿Cinco pesos?

—Por ser a usted.

—Pero veo que aquí todo cuesta cinco pesos.

—A ménos que usted quiera dar algo mas.

Por fin, me hice sacar nuevamente la cartera i cancelé el piquito.

A la salida me esperaba la familia con dos coches; pero temeroso al número cinco, tuve la precaucion de convenir con el cochero en pagarle solo dos pesos.

Partimos al fin, yo en un coche con la señora, que me habia dejado don Sebastian, i éste en el otro con sus dos hijas.

Los cinco (¡maldito número!) nos bajamos en la calle *Cinco* de Abril, que era donde vivia la familia.

Una vez en la puerta, con mucho cariño me ofrecieron su casa, i me despidieron mas cariñosamente con afectuosos apretones de mano que me hicieron saltar las lágrimas. . . de dolor, porque el brazo ya no podia tocármelo.

El mas afectuoso fué don Sebastian, porque al despedirse me dijo:

—Adios, pues, amigo, i vengan esos *cinco*. . .

Dándome un sacudon que casi me hizo perder los sentidos, los *cinco*. . .

La amistad con don Sebastian me habia costado: doce pesos en plata, siete en sombrero i cuarenta entre los médicos i las sanguijuelas que me chuparon. . . la sangre del brazo enfermo.



UN PASEO A LAS CARRERAS

I

Signos del tiempo: las carreras han adquirido tal importancia, que ya pueden ser consideradas como una segunda fiesta cívica. Solo nuestro grande aniversario de Setiembre, el *Dieziocho*, puede competir con la fiesta hípica en entusiasmo, animacion i locura.

Sí, locura, pero locura frenética, contagiosa, que se apodera de todos, nacionales i extranjeros, hombres i mujeres, ricos i pobres.

En las carreras es donde se ven representados pueblo i sociedad en todas sus esferas, desde el gran aristócrata i la gran señora hasta el vendedor ambulante i la vendedora de placeres, que todo es comercio lícito en nuestro centro mercantil.

Tan democrático es el carácter de aquella fiesta, que allí nos codeamos hasta con los ladrones de relojes, aparte de la

otra clase de *codeos* de que uno suele ser víctima i en que no hai restitucion posible ni apelacion a la justicia.

II

Los ingleses, que no por aficionados a los caballos dejan de serlo tambien a la poesía, elijen para sus carreras el mes de Octubre, en que la naturaleza parece conservar todas sus galas primaverales a fin de contribuir al embellecimiento del gran paseo.

En cuanto al dia cualquiera es igual como no sea domingo. ¿Qué se diría de un buen cristiano ingles que estuviera divirtiéndose i apostando en el dia consagrado por la Iglesia al reposo i a la meditacion? Esto no obsta para que las segundas carreras de la temporada sean en domingo, dia en que concurren unos pocos ingleses, de esos que no temen a Dios,—ni al diablo si lo conociesen,—con tal de hallarse en buena compañía de católicas chilenas.

III

Don Pepe, jóven católico, apostólico romano, no dejó de pensar tambien en el dia elejido para las primeras carreras.

—¡Fines de mes! exclamó. Esto es una herejía en toda relijion.

¡I él que tenia convidadas a unas amigas, entre ellas su tiemple!

Reflexionó un momento i en seguida se llevó la mano al bolsillo para echar un tanteito. Entre *chauchas* i billetes mugrientos alcanzó a reunir trece pesos. . .

—¡Trece! exclamó como quien pierde una apuesta. Número fatal! . . . ¿A que boto un peso? . . .

Pero se contuvo. Era demasiado sacrificio para él, por grande que fuese el poder de su preocupacion.

Don Pepe que es un jóven metódico, hizo sus cálculos i vió que podia salir del paso andándose con cierta economía. Las niñas eran dos i con su mamá tres, que a razon de cuatro pesos cada una. . .

—¡Ah! conmigo cuatro, se dijo. Son tres pesos por cabeza...

Así me sobra uno, que será para flores, frutas o lo que se ofrezca. Tentaciones no han de faltar.

Debe advertirse que entónces el cambio se hallaba mejor, los ingleses cobraban ménos por la entrada a la cancha, i la tarifa del ferrocarril estaba mas en relacion con la manera de conducir la *carga*.

Con los trece pesos podia, pues, don Pepe hacerle frente al paseo i hasta echarla de jeneroso.

IV

Despues de pensarlo todo mui bien, don Pepe se largó la noche de la víspera a casa de su futura suegra, una señora entrada en años pero bien conservada i mui recomendable por su buen fondo. A don Pepe lo queria casi tanto como a sus hijas, disgustándose solo cuando tardaba mucho en ir a verla. Es verdad que don Pepe no iba por ella sino por una de sus hijas.

Un defecto tenia la señora: cuando don Pepe se acercaba a conversar con alguna de las niñas, o—¿por qué negarlo?— con su futura, se volvía todo ojos i orejas. No era que tuviese mala opinion de don Pepe, quien pecaba mas bien de tímido, sino porque era su costumbre, segun decian las niñas.

Tenia otra costumbre la señora: comia mucho; pero esto no era un defecto, sino una condicion inherente a su organismo, o a su físico que era enormemente largo.

Otra condicion o costumbre propia de su complexion: era varonil hasta mancornarse con el primero que le diese motivos para ello; por lo que no dejaba de ser una ventaja salir con ella, segun decia el pacato de don Pepe.

Una costumbre mas, o defecto, del sistema nervioso de la futura suegra, i creo que de todas las suegras del mundo, le daba *el mal*, es decir sufría de ataques epilépticos.

Por lo demas la señora era un alhaja, i no se comprende cómo habia podido echar al hoyo dos maridos.

Su nombre, Luz, en aquel cuerpo que parecia una torre, habia dado motivo a don Pepe para llamarle algunas veces Faro. La señora no se enojaba por esto i parecia mas bien gustarle.

Doña Luz habia tenido solo dos hijas, a la primera de las cuales dió su mismo nombre, o Lucita, como le decian, i a la segunda el de Clara o Clarita. Ambas eran altas, rozagantes, vivas i graciosas, pareciendo hermanas gemelas en todo i por todo. Sin embargo, a don Pepe le gustaba mas Lucita sin que nunca hubiera podido esplicarse la causa de aquella preferencia.

—En lo único que se diferencian para mí, decia, es en el modo de mirarme.

Es lo cierto que las dos muchachas llamaban la atencion en toda partes i, al verlas, a todos se les hacia agua la boca.

Con aquel par de tentaciones, su mamá i los trece pesos, iba don Pepe a darse tono en las carreras.

V

Al llegar a su casa la víspera del paseo las encontró todavia atareadas en el arreglo de las chupallitas que acababan de comprar i que estaban llenando de flores. Le mostraron sus vestidos, sencillos i frescos, los pintorescos quitasoles, los zapatitos rebajados i, lo que era mas importante para don Pepe, un canastillo lleno de provisiones, lo cual significaba, en buena cuenta, economía para sus trece pesos.

—¡Caramba que son ustedes precavidos! dijo don Pepe al ver el canasto. Lo que a mí no se me habia ocurrido . . .

—¡Cuando es lo mas esencial! murmuró gravemente doña Luz.

—Esto nos tocaba a nosotras, interrumpió Clarita. ¿Ha sacado usted los boletos?

—Pierdan cuidado, que eso me toca a mí, contestó don Pepe con cierto orgullito.

—Pensamos irnos mui temprano, le dijo Lucita mirándolo con unos ojos que parecian decirle: acuérdesese que vamos a andar juntitos.

—De ese modo aprovechamos la fresca, agregó doña Luz, i así tambien se nos abre mas el apetito.

—En cuanto amanezca me tiene por aquí, dijo don Pepe.

Las niñas se echaron a reir; pero la señora no debió encontrar tan intempestiva la hora, porque la aceptó, prometiendo a don Pepe esperarlo con café, que era el desayuno del alba de doña Luz.

Para no faltar a su palabra, don Pepe se despidió en seguida, dispuesto a echarse a la cama, como lo hizo en efecto, pero sin que pudiera pegar los ojos i pasando casi toda la noche en vela.

VI

Soñaba con la primera carrera, en la que se habia visto envuelto i pisoteado; esto le hace dar un salto en la cama, despierta i siente en la calle la causa de su pesadilla: el ruido de carruajes i cabalgaduras que ya estaban en gran movimiento.

Mira el reloj; ¡las nueve de la mañana!

Se viste apresuradamente i corre a casa de doña Luz. La buena señora lo esperaba todavia con el café caliente.

Entre las burlas de las niñas, que estaban encantadoras con sus trajecitos i su buen humor, i entre los preparativos del viaje, don Pepe se despachó el café.

—Vamos saliendo, ¿i en el nombre sea de Dios i de María

Santísima! dijo al fin doña Luz santiguándose con toda devoción.

—¿Nos vamos en carro o en coche? preguntó Clarita.

—En lo primero que hallemos, le contestó don Pepe, que hoy no es día de andarse regodeando.

En efecto, carros i coches pasaban atestados de pasajeros.

Esperaron como un cuarto de hora, pero en vano.

I eran ya como las diez de la mañana.

—Usted, don Pepe, es el que tiene la culpa, le observó doña Luz en tono de reconvención. ¡Mucho que iba a levantarse al amanecer!

—Ha sido contra toda mi voluntad, señora . . .

—I lo peor de todo, continuó, es que ¡sabe Dios lo que nos va a costar la sacadura de boletos!

—No se aflija, mamá, le dijo Lucita para calmarla.

—Yo lo hago por ustedes, que son las que mas dan que hacer.

—Lo mas acertado será tomar un carro para el Puerto i dar la vuelta redonda, dijo don Pepe.

—¡Vaya, pues! asintió doña Luz; hagamos lo del cangrejo, que al fin siempre es mejor rodear que rodar.

La medida fué acertada, porque sin mas inconveniente que la pérdida de media hora i veinte centavos mas de pasaje, llegaron a la estación del Barón cuando eran cerca de las once.

Al ver la multitud que tenia invadidas las puertas i contornos de las boleterías, las niñas se sobrecojieron i doña Luz meneó la cabeza como diciendo: esto ya no me va gustando.

Don Pepe, que llevaba el canastito con el cocaví, pasándosele a la señora dijo resuelto i haciendo de tripas corazón:

—Allá voi!

I se echó con todo el cuerpo en medio de aquel mar de jente.

Después de un cuarto de hora de pugna, de empellones i codazos, torniscones e insultos, salia don Pepe con sus boletos, acesando i sudando a mares.

—¡Todo lo que le ha costado! le dijo Clarita.

—Se lo tiene merecido por dormilon, agregó doña Luz.

Pero ¿qué era todo eso para don Pepe, comparado con la dulce mirada que le daba Lucita en premio del triunfo que acababa de obtener?

—Ahora, dijo don Pepe cojiendo el canastito i disponiendo su jente como para dar el asalto, ¡a tomar el tren!

Esta voz de mando o de guerra alarmó a doña Luz, quien exclamó:

—¡Dios mio! ¡Por dónde vamos a entrar!

—Por donde se pueda, contestó don Pepe, que estaba de no conocerlo por su arrojo.

—Por ahí me parece, agregó Clarita indicando una puerta que se hallaba cerrada, pero en donde habia otro bullicioso agolpamiento de hombres, mujeres, niños, canastos, ¡los i cuanto Dios creó.

Se acercaron todo lo que les fué posible, como iban acercándose otros i otros, hasta que por fin se vieron colocados en el centro de aquella masa formidable, de la cual sobresalia la erguida i séria figura de doña Luz como un faro sufriendo los rudos embates de un mar enbravecido.

A medida que aumentaba la jente, la opresion se hacia mas insoportable, porque todos querian hallarse de los primeros para no quedarse sin entrar. Los niños empezaban a dar gritos. Las mujeres, sofocadas, comenzaban tambien a desesperarse. Todos sudaban. Don Pepe no sabia ya cómo defender a las niñas, i ménos el canasto, que no hallaba dónde ponerlo.

—Pero ¡a dónde hemos venido a meternos, Dios mio! exclamó doña Luz desnudándose de su pañolon, que levantó en alto.

—Pásemelo, señora, le dijo don Pepe tomándole el abrigo.

—¡Que me rompen el quitasol! gritó Lucita, levantándolo también en el aire para que lo recibiese don Pepe.

—¡Allá va el mio! agregó Clarita pasándole el suyo con gran dificultad.

Así don Pepe se veía cada vez mas embarazado, aunque no tanto como la pobre doña Luz, según se colejía de sus movimientos convulsivos i de sus continuos reniegos.

—Bien hecho que me pase esto, decia... Quien me mandaba a mi venir. . .

—¡No hai que aflojar, señora! le dijo uno que estaba al lado.

—Ahora aunque afloje, agregó otro de mas léjos.

—¡Qué apretura es esta! . . ¡i qué mal olor! . . decia doña Luz frunciendo las narices. ¡Yo me ahogo! . . .

—¡Aguárdese, señora! le gritó uno de los rotos; no se ahogue todavía.

—Tan grande i tan cobarde, agregó otro.

—¡Esto no se puede aguantar! exclamaba desesperada la pobre señora. Pero usted, don Pedro. . .

—¡Siquiera escarmentaremos! dijo uno.

—¿A que el domingo venimos tempranito a jugar a la pecha? repuso otro.

—¿No vienen ustedes a jugar, niñas? les preguntó un roto a las hijas de doña Luz.

Estos i otros diálogos hacían siquiera mas llevadera tan desesperante situación; pero no sucedía lo mismo con doña Luz, que lanzaba miradas iracundas a aquellos truhanes.

Entre tanto, ya era cosa de reventar: los gritos aumentaban, doña Luz parecía haber crecido mas, i las niñas ya se le iban perdiendo de vista a don Pepe en medio de aquel torbellino, sin que él nada pudiera hacer, porque bastante tenía con el canasto, el pañolon de la señora i los quitasoles de las muchachas.

Al fin se sintió el silbido de una locomotora, la puerta crujió i se abrió de par en par, precipitándose por ella la corriente

humana con impetuoso desbordamiento. Fué tal el impulso, que algunas mujeres cayeron dando alaridos; a don Pepe le llevaron el canasto, con el cual tropezaron otros, que tambien cayeron, i sobre éstos otros i otros. Descomunal fué, en fin, la pelotera, en medio de la cual don Pepe i las niñas no veian mas que el destacado busto de doña Luz, que, atribulada i rabiosa, era llevada velozmente en peso por el impetuoso e irresistible torrente.

—¡Córran! ¡córran! ¡que nos deja el tren! gritaba don Pepe a las niñas, quienes le precedian a alguna distancia.

I las niñas corrieron, en efecto, apénas salvaron la puerta para tomar los carros, animando el paso a doña Luz, quien como pudo echó a correr tras ellas, sin acordarse de que iba sin pañuelo i despertando la risa de cuantos la veian luciendo la desmesurada esbeltez de su cuerpo.

De repente se detiene i se pone a dar gritos llamando a las niñas, que ya subian a los carros.

—Hasta aquí no mas. . . dijo fatigada i respirando con dificultad; que las carreras. . . se las lleve. . . el demonio. . . Hijas. . . nos volvemos a casa.

Las niñas empezaron a ponerse tristes i luego dejaron asomar algunas lágrimas por sus hermosos ojos.

—¡Pero, señora, le observó don Pepe, ahora que ya hemos pasado lo peor!

—¡Cómo lo peor! . . . ¡Fíjese en esa lindura! ¡Mire cómo están los carros de jente! . . . I todavía nos queda la vuelta. . . ¡Ni por cuanto hai! . . .

—Nos venimos en los primeros trenes, mamá.

—Ni en los primeros ni en los últimos. . . I nadie sino usted, don Pepe, tiene la culpa, por irse a quedar dormido. Deme mi pañuelo. . . ¿I el canasto? ¿Que hizo el canasto?

—¿El canasto? . . . repitió vacilante don Pepe al ver enojada a la señora.

—¡Sí, el canasto! . . . ¿Dónde lo ha dejado, por el amor de Dios!

—¡Ah! el canasto. . . me lo llevó la jente.

—¡I no va a buscarlo!

—Lo hicieron añicos, señora.

—A usted lo hiciera yo. . . ¡Esto solo nos faltaba! Usted, usted don Pepe, es el que tiene la culpa de todo.

En esos momentos partía el tren con su apretada i bulliciosa carga, dejando tristes a las hijas de doña Luz i a don Pepe mismo, quien sacando su reloj dijo:

—Las once i media. . . Despues de todo, agregó, creo que a pié ya habríamos llegado a la cancha.

—¿Por qué no se va usted, que es tan madrugador? le dijo con rabia doña Luz.

En esos momentos se sentía crecer la gritería de los que afuera seguían disputándose la entrada a fin de estar listos para precipitarse en cuanto volvieran a abrir las puertas.

—¿I por dónde vamos a salir ahora? preguntó doña Luz.

—En eso mismo estaba yo pensando, dijo don Pepe.

—De modo que no podemos volvernos atrás.

—¡Sigamos, mamá! dijo en tono suplicante una de las niñas.

—¡Sigamos! repitió la otra.

—Creo que es lo mas cuerdo, agregó don Pepe.

—¡Hágase tu voluntad, Señor! exclamó resignada doña Luz. . .

Aprontémonos, pues, niñas. . . Lo que mas siento es el canasto.

—Mas lo siento yo, señora, ¡sábelo Dios! dijo don Pepe pensando en su corto i fatídico capital.

VII

Momentos despues llegaba un tren i subían a él de los primeros.

Las niñas empezaron a arreglarse sus vestidos, sus sombreros i sus mechitas, que caían alborotadas sobre su terso

cútitis, el cual se les habia puesto con el calor tan encendido i trasparente como una alborada de verano.

Doña Luz estaba ya mas contenta i hasta se reia con las niñas recordando lo que les habia pasado.

Mas contenta se puso al ver las carreras i apuros de los que entraron despues i a quienes ya no podian temer, porque el carro estaba completamente lleno. Doña Luz se consolaba, pues, con el mal del prójimo. I no dejaba de tener razon i hasta derecho, porque ella habia contribuido ya por su parte a la diversion de los demas.

El tren partió por fin. Eran las doce i cuarto.

VIII

Cuando llegaban a la cancha ya habia terminado la primera carrera.

—Mas vale así, dijo doña Luz, porque yo no sirvo para ver esos brincos.

El dia era hermosísimo. La concurrencia, que no bajaria de dieziseis mil almas, se veia esparcida por todo el llano i los cerros mas próximos, o agrupada en las ramadas, fondas i ventorrillos.

Por todas partes i en todos los semblantes se veia pintada la alegria. Nadie hubiera creido que costaba tantos sinsabores llegar a ese lugar, i mucho mas todavía regresar de allí.

—¡Qué delicioso! esclamaba doña Luz al ver a las familias con su mantel tendido sobre el verde césped. Así me gusta a mi venir a las carreras.

¡I haber perdido el canasto!

—¡Cómo lleno a esta señora sin que me cueste mucho! pensaba don Pepe, cuando vió que ella empezaba a hacer señas, gritando:

—¡Mira! . . . ¡muchacho del canasto! . . . Ven con los huevo i las aceitunas! . . .

El vendedor no se hizo esperar, poniendo a la vista sus

apetitosas provisiones, que consistian en huevos cocidos, aceitunas con cebollita picada, arrollado i patitas de chancho.

—Aquí me siento, dijo doña Luz arrellenándose sobre el blando i fresco césped.

I sin mas ceremonia empezó a dar cuenta de los huevos.

Las niñas se sentaron tambien, apresurándose don Pepe a servirles lo que le pedian.

Cuando doña Luz habia despachado media docena de huevos, le observó Lucita:

—¡Cuidado, mamá, que eso es mui indigesto!

—Por aquí, niña, le contestó ella, no hace daño nada, aunque una coma piedras.

—No sea cosa que se enferme. Ya sabe que le dan esos cólicos. . .

—No le hace, hija; déjame darme gusto.

I pasando a las aceitunas, agregó con la boca llena:

—De aceituna, una; i de vino. . .

—Una laguna, dijo don Pepe.

—¡Si no puedo conformarme, continuó ella, con la pérdida del canasto! ¡Traíamos un vinito! . .

—No se aflija, señora, que por aquí no ha de faltarnos.

—Al contrario, yo creo que es lo que sobra, dijo ella.

I tenia mucha razon, porque a pocos pasos de allí, entre el *Padre*, el *Mocho* i otros reverendos, habia carretones de cerveza, vinos, licores, etc.

Mui fácilmente, i sobre todo a mui poco costo, pudo don Pepe satisfacer los deseos de su futura suegra, llenándole un par de botellas de vino, que ella recibió con entusiasmo, olvidándose hasta del canasto.

En esos momentos corrian la segunda carrera i las niñas apostaban con don Pepe, la una un ramo de flores, i la otra, su consentida, un par de guantes, cuando doña Luz, que así sentada como estaba veia los caballos mejor que los demas, lanzó un grito de angustia que fué a hacer coro con el de la muchedumbre. La causa era la caída de uno de los jinetes,

arrojado por el caballo como en venganza de irlo apurando demasiado. Afortunadamente el jockey cayó bien i volvió a levantarse pronto, respirando la multitud, que se desquitó del susto echándose a reir a carcajadas.

Doña Luz, participando de la alegría jeneral, dijo tomando una copa de vino:

—¡Si una no gana aquí para sustos!

Don Pepe bebia a su vez con las niñas cuando los caballos llegaban a la meta, perdiendo él la apuesta, es claro, que las niñas siempre ganan.

Miéntras se presentaba la oportunidad de pagarles, don Pepe se arregló con el muchacho, quien cobró un peso cincuenta centavos por los huevos i las aceitunas, en su mayor parte consumidos por doña Luz.

No bien se habia ausentado el muchacho, cuando se acercó, sin que nadie lo llamase, un vendedor de ramitos de flores. ¿Sabía, por ventura, que a don Pepe le habian ganado uno? Pero don Pepe compró tres, porque no era posible dejar mirando a las demas.

—¡Chirimoyas, patron! gritó en esos momentos otro vendedor por la espalda de don Pepe, causándole la misma sorpresa que un tiro a boca de jarro.

—Nó, no necesitamos, se adelantó a decir Lucita, sabiendo sin duda lo que abusan esos bribones con los pobres enamorados, o con los enamorados pobres.

—¿A cómo las dais? le preguntó doña Luz.

—Estas grandes. . . a dos pesos no mas.

—¡Jesus! A un peso estarian repagadas.

—Vaya! se las daré a peso porque no diga.

—Nó, repuso doña Luz; si no era mas que por ver. Pasa tu camino, muchacho.

Don Pepe tomó tres chirimoyas, con dolor de su corazon, i las repartió entre las niñas i su mamá.

Ah! ¡Si ellas hubiesen conocido el estado de los fondos del pobre jóven! Sin embargo, parece que las niñas sospecharon

algo por la cara que puso don Pepe, i quién sabe si hasta los vendedores la maliciaron, porque desde ese momento no se acercó ninguno otro.

IX

Seguian las carreras i seguía el paseo sin mas novedad, cuando don Pepe oyó decir a doña Luz:

—Siento que me está faltando algo.

—¿Qué será, señora? se apresuró a preguntarle don Pepe.

—Parece que el cuerpo me estuviese pidiendo cosa caliente.

¡Es mucha la falta que me ha hecho el canasto!

—Señora! exclamó don Pepe sorprendido, ¿usted traía en el canasto alguna cazuela de gallina?

—Tanto como eso nó, pero venian mi anafre i mi café.

—Ah! eso me lo esplico. . . I luego pensó: Esta señora me va a comer los trece pesos.

—Lo peor es que no me siento bien del estómago, dijo ella.

—Eso son los huevos, mamá, le observó Clarita.

—Al contrario, hija, no es mas que de debilidad. ¡Si oyeras cómo me estan sonando las tripas! Pudiéramos conseguir un poquito de caldo. . .

—Eso es lo de ménos, señora, dijo don Pepe, porque con acercarnos a una de las fondas. . .

Fondas i fondos eran una misma cosa para don Pepe, i se acordó de sus trece pesos, los cuales ya debian haber merma-do mucho. Pero ya no era tiempo de reflexionar.

Se dirijieron, pues, en busca de algo caliente para la se-ñora.

—¡No poder calentarle el cuerpo de otro modo! pensaba don Pepe, cuando dijo doña Luz.

—¿Sabe que lo mejor será buscar cosa de caldo en las ra-madas pobres, que es donde hacen mejor las cazuelas?

—Tiene muchísima razon, dijo don Pepe calculando que allí le costaría mas barato.

No habian andado mucho cuando Clarita les mostró una gran carpa a cuyo frente se leia en mal formadas letras:

¡VIVA CHILE!

Ca suela deabe

—¡De allá somos! dijo doña Luz apretando el paso.

Fueron instalados en una gran mesa, a espaldas de la carpa, que era donde estaba, a campo raso, el comedor o restaurant.

Allí se saborearon con sendos platos de una suculenta cazuela i buenos vasos de vino.

Doña Luz estaba que no cabia de gozo i de repleta. No habia querido ni asomarse a ver las carreras. Brindó varias veces con don Pepe i hasta se olvidó completamente del canasto.

Llegó, por fin la hora de pagar. ¿Qué mas podian cobrarle a don Pepe que unos cinco pesos? I a él le quedaban todavia seis. Se dirijió al meson, a donde llegó con no poca dificultad porque la carpa estaba llena de jente del pueblo atraida por la zamacueca.

—¿Cuánto se debe, patron? preguntó don Pepe al mesonero, que tenia cara de pocos amigos i sudaba que era una compasion.

—¡Mozo! gritó en el acto. ¡El mozo que sirvió la cazuela a este caballero!

—No es mas que la cazuela i dos botellas de vino, se apresuró a decir don Pepe como temiendo que le abultasen la cuenta.

—La cazuela seis pesos, i el vinito. . . será otro peso.

—¡Adios mi plata! dijo para sí don Pepe.

I como dudase todavía, volvió a preguntar:

—¿Cuánto?

—¿No le digo que siete pesos?

Maquinalmente se llevó don Pepe la mano al bolsillo i sacó todo lo que le quedaba, que eran seis pesos. Tendió la vista a su derredor i no vió amigo ni conocido alguno. Miró al mesonero i le encontró cara de estúpido. ¿Si lo avergonzaría aquel animal? Pero no habia que meditar mucho.

—Patron, le dijo humildemente, óigame una palabrita.

—Usted me dispense, señor, porque no estoi yo ahora para oír palabritas.

—Otro dia hablará, patroncito, le dijo uno de los rotos que oyó al mesonero, i eche un traguito conmigo de puro gusto.

I le presentó un enorme vaso lleno de ponche en leche.

Don Pepe tuvo que beber de puro gusto i le dió las gracias.

—No hai de qué, le contestó el roto, i cuando se le ofrezca aquí tiene un amigo a quien mandar.

Don Pepe estuvo tentado a aprovechar la oferta i pedirle un peso prestado; pero lo contuvo la decencia, i volviéndose al mesonero, que lo miraba con el rabo del ojo, le dijo:

—Vea, patron, voi a hablarle con franqueza, porque me ha pasado una mano. . .

—¡Hum! gruñó el otro.

—Se me ha acabado la plata. . . Ahí tiene esos seis pesos...

—¡Vean los hombres que andan con niñas! le contestó el mesonero, mirándolo desdeñosamente.

—¿Usted se imajina que yo voi a quedarme con lo demas?

—I haria mui mal, porque para eso está la policia. . . ¡Bartolo! Anda a buscarme un paco.

—Si usted desconfía. . .

—Yo no desconfío, sino que. . . como no lo conozco.

—Por lo mismo le voi a dejar en prenda mi reloj.

I donde Pepe llevó la mano a él, tiró con rabia de la cadena i se encontró con ella suelta.

—¡Me lo han robado! exclamó poniéndose pálido. ¡Mi re-

loj! agregó en seguida mirando a los que estaban mas cerca. ¡Quién me ha robado el reloj! . . Yo lo tenia al entrar. . .

—¡Era lo que faltaba! dijo el mesonero. Sepa que a mi casa no entran ladrones.

—Yo no digo que entren a su casa, pero aquí. . .

—Es lo mismo, i usted me paga en el acto, o si no. . . ¡Bartolo! . . .

A pesar de la algazara de la zamacueca, muchos se habian impuesto del suceso i rodeado a don Pepe, algunos en actitud hostil.

—¿Qué les parece? les dijo el mesonero. Este jóven dice que aquí acaban de robarle el reloj.

—¿No ven? dijo don Pepe mostrando la cadena.

—¡Qué lástima de habérsela dejado! dijo uno de los rotos.

—Así andan muchos, murmuró otro, que se hacen los robadizos. . .

—Para no pagar lo que deben, agregó el mesonero.

—¿Qué tambien le sacaron la plata, amigo? le preguntó un borracho.

—¡No vaya a ser cosa que él me haya sacado el mio! dijo echando mano al bolsillo.

—¡Roto insolente! exclamó don Pepe.

I no pudo decir mas porque se vió acometido por varios a la vez,—él que no era capaz de hacer frente a uno solo,—formándose una confusa batahola en que no se sabía quién daba ni quién recibia los mojicones.

En medio de la sorpresa i del aturdimiento, don Pepe, con el sombrero hundido hasta el pescuezo, oyó unos gritos de mujeres, que eran los de doña Luz i sus hijas, luego se sintió cojido de los brazos i por último arrastrado fuera de la carpa.

Solo allí pudo darse cuenta de su situacion. Felizmente no le habian dado ningun golpe en la cara, que él cubria con sus manos, como todo el que no sabe pelear. Tal vez esto mismo les dió lástima a los rotos, quienes se contentaron con zamarrearlo i darle de boyazos.

Lo cierto es que todos se quedaron riendo, i mas que ninguno el que le robó el reloj, lo que probablemente fué en el momento que don Pepe entraba al meson.

X

Con semejante contrariedad i habiéndose corrido ya la última carrera, emprendieron el regreso en medio de la multitud, que habia empezado a hacer lo mismo, i en medio de los comentarios sobre el paseo i sus contratiempos.

En resumidas cuentas, don Pepe era el que habia salido mas mal parado, porque al pobre le habian robado su relojito i estaba sin un cristo, que era lo que mas inquieto lo tenia. ¿Si a doña Luz le venia algun antojo? se preguntaba a sí mismo, i no sabia qué contestarse. Porque ella sabia solo lo del reloj, i don Pepe se habia guardado mui bien—¿qué hubieran pensado de él las niñas?—de confesar que andaba desplatado.

—¡Madre mia de los Desamparados! exclamó doña Luz al ver la inmensa muchedumbre que se agolpaba al apeadero de los trenes, a donde ellos llegaban en esos momentos.

No se asuste, señora, le dijo don Pepe, que aun es temprano i ya pasará la oleada.

—¡Qué ha de pasar! Mas tarde será peor i vendran mas borrachos, que es lo temible.

—Dejemos no mas marcharse este tren.

—Con la boca usted siempre lo arregla todo mui bien . . . ¡Qué trabajo, Señor! ¡A qué vendria yo! . . . Despídanse, porque esta es la última.

—Todos los años dice lo mismo, mamá, le observó Lucita.

—Ustedes no mas tienen la culpa. Pero no me pillan en otra. ¡No me vuelva a castigar Dios!

La larga fila de carros, que estaban cargados hasta los topes, como que en ellos i en los estribos iban muchos hombres

i muchachos, se ponian en marcha en esos momentos con gran algazara de los que se iban i aun de los que se quedaban.

—Ahora nos toca a nosotros, dijo don Pepe. ¡Listas todas para ganar el otro tren en cuanto llegue!

I empezó a distribuir su jente: la señora debia ir a la cabeza, las niñas en el centro i él a retaguardia.

—¡Miren todo lo que es preciso hacer! exclamó doña Luz terciándose el pañuelo i echándole un nudo.

—Me parece que aquí estamos bien, dijo don Pepe mirando a derecha e izquierda como un jeneral que mide el campo de batalla.

En cuanto a las niñas, se limitaron a entregar los quitasoles a don Pepe; que luego los enarboló a guisa de armas de ataque.

Entre tanto las filas engrosaban con los que llegaban mas o ménos alegres, con gran disgusto de doña Luz, que ya iba cediendo algo de su ventajosa posicion.

—¡No hai que dejarse tomar la vanguardia! le gritaba de vez en cuando don Pepe, blandiendo los quitasoles como para infundir respeto en las filas.

—Pero a qué horas llega ese condenado tren! exclamó al fin desesperada doña Luz,

I como si ésta hubiese sido la invocacion misteriosa de una bruja, el monstruo dejó oír su voz; la serpiente llegó arrastrándose i silbando en medio de la alarma jeneral. Los gritos, carreras, encuentros i empellones empezaron desde ese instante. Los que estaban en primera fila corrian peligro de ser precipitados sobre los rieles por los que se hallaban atrás i que corrian tambien el riesgo de quedarse sin subir.

—¡Esto era lo que yo temia! exclamaba doña Luz. ¡Cuídemme a las niñas, don Pepe!

—¿I a don Pepe quién se lo cuida? dijo uno.

—De veras! pensó el jóven, acordándose de lo que le habia pasado en la carpa.

—Cuando el tren llegaba lentamente, doña Luz, no obstante su energía i los gritos de don Pepe, tuvo que ceder su puesto por temor de caer entre los carros. Para colmo de desgracia, al parar el convoi quedaron al frente de ellos los carros de tercera clase. Pero no habia que pensar en clases siendo día de carreras, i mucho menos a la hora de la vuelta.

—Arriba! arriba! gritaba don Pepe empujando a las niñas i las niñas a su mamá!

Pero doña Luz no podia subir, porque se encontraba la puerta obstruida por un individuo que protejia la entrada de otra familia. Al fin, alentada por los gritos de don Pepe e impulsada por la retaguardia, logró llevarse por delante al impertinente i tras ella subieron los demas.

XI

Desgraciadamente los asientos ya estaban ocupados, porque muchos habian entrado por el lado opuesto, a pesar de estar las puertas cerradas.

—¿I dónde nos sentamos? preguntó una de las niñas mirando a todos lados.

—Si usted gusta... le contestó un roto indicándole sus rodillas.

—¡Bribon! ¡desvergonzado! exclamó doña Luz con ademán amenazante.

—¡Guapa la suegra! dijo el roto.

—I qué grandaza! Dá miedo! exclamó otro mirándola para arriba. Cuidado, señora, no se pegue en la cabeza.

Todos se echaron a reir.

—Habré venido yo para costearles la diversion, les dijo doña Luz.

La risa fué mas estrepitosa.

—No les haga caso, señora, dijo don Pepe.

—Pero que se siente, agregó un borracho que con el sombrero a los ojos parecía estar durmiendo.

—No me da la gana, le costestó ella.

—I mas que le den ganas, dijo otro, cómo se sienta, pues.

—Venga a sentarse aquí, mamita, dijo el borracho medio dormido.

I levantándose como pudo, fué a estrellarse contra doña Luz, que lo rechazó bruscamente diciendo:

—¡Esto ya no se puede sufrir!

—Lo deja, pues, dijo el borracho volviéndose a su asiento.

—No he visto jente mas ordinaria . . . Vamos, niñas.

I empezó a bajarse doña Luz en medio de la mofa i los silbidos, incluso el del tren, que iba a partir.

—¡No baje, señora, que ya nos vámos! le dijo don Pepe.

—¡Apéense, niñas! gritó ella imperiosamente desde abajo.

—¡Suba! ¡suba, señora! le gritaban del carro, i le damos asiento.

—¡Nó, no suba! le decian otros.

I entre los gritos de *suba* i *no suba*, llegó el conductor a cerrar la puerta, porque el tren se ponía en movimiento.

—¡Mis niñas! gritó entonces doña Luz queriendo sujetar al conductor, que la echó hácia un lado.

—¡Qué se queda la mamá! decian a su vez las niñas pretendiendo bajarse.

—Por su parte don Pepe no sabia qué hacer, si quedarse con las niñas o con la señora, prefiriendo al fin lo mas puesto en razon, las niñas.

A juego perdido doña Luz quiso precipitarse sobre el tren, pero el conductor la contuvo.

—¡Pare! ¡pare! ¿que no ve que me quedo? gritaba la pobre señora.

Pero viendo que el tren, por el contrario, corria mas, intentó nuevamente subirse. Entónces el conductor, alarmado con semejante imprudencia, la apartó dándole un fuerte empujón.

Doña Luz se precipitó sobre él, i con tan fuerte impulso, que casi lo echó por el suelo, quedando los dos agarrados i forcejeando en medio de los gritos despavoridos de las niñas i de la algazara jeneral.

Al fin el conductor, viendo que ya pasaban los últimos carros, se desprendió de los brazos de doña Luz i saltó al tren.

En esos momentos todavía se oían los gritos:

—¡Suba, señora!

—¡No suba!

—¡Las niñas van seguras con don Pepe!

—¡Yo se las cuidaré!

—¡Adios. suegra! Recaditos a las niñas!

XII

Las niñas iban llorando, por mas que don Pepe trataba de tranquilizarlas. A la señora no podía pasarle nada, i era de alegrarse mas bien del resultado despues de una imprudencia que pudo costarle la vida.

Los rotos se formalizaron tambien al ver a las niñas llorando cuando todos volvian tan alegres del paseo.

En Viña del Mar se bajaron don Pepe i las niñas para esperar a doña Luz, que debia embarcarse probablemente en el próximo tren.

Convinieron en repartirse en toda la línea, apénas llegase el convoi, para buscar a la señora en los pocos momentos de que podía disponerse.

Dicho i hecho: en cuanto vieron acercarse el tren, don Pepe por un lado i las niñas por el otro, recorrieron casi toda la fila de carros, pero sin ver nada que se pareciese a doña Luz. Sin duda la señora no habia podido embarcarse en ese tren, que venia como ninguno atestado de jente.

Al fin resolvieron esperar el siguiente, i si no llegaba en él, dirigirse a la cancha.

Estaban en esta consulta cuando empezaron a desfilar los carros con su revuelto i confuso cargamento de paseantes.

Por si acaso, las niñas se fijaban en los pasajeros, i de vez en cuando gritaban: «¡Mamá! . . . ¡Mamá! . . .»—«¡Hijitas! . . . Hijitas! . . .» les contestaban con voces atipladas los que iban asomados a las ventanas.

Llegaba ya el extremo de aquella larga cola, cuando se oyó una voz que decia:

—¡Aquí voi yo! . . . ¡Aquí voi yo!

—¡Aquí estamos nosotros! le contestó don Pepe.

—¡Bribonazo! exclamó para sí doña Luz, que ella era en efecto la que iba como cosa perdida entre la piñada turba.

La pobre señora se habia resignado a todo desde que se vió sola. Por fortuna esa vez no la habian tratado tan mal. Solo iba encorcorada con unos individuos que para ridiculizar su estatura le decian a cada momento a pesar de ir sentada:

—No vaya *parada*, señora.

—¿Qué hace que no se sienta, señora?

—¿Que no va cansada, señora?

Doña Luz no les contestaba una palabra, preocupada como iba con la separacion de sus hijas i la mala partida de don Pepe, a quien suponía autor de todo lo que le pasaba.

—Pero ya se las tendrá conmigo, murmuraba ella,

En esos momentos entraban al socavon en medio de una aturdidora griteria; i como talvez se habian puesto de acuerdo algunos para hacer una de las suyas, doña Luz recibia en una pierna una *marraqueta* i en la boca un *charqui* que la hicieron dar un salto i tirar de sopapos i puntapiés por donde caian, con mayor algazara i diversion de los autores de aquella travesura.

Esto no duró mas que el corto tiempo que permanecieron en la oscuridad, porque al salir del túnel estaban todos muy sérios i como si tal cosa, menos doña Luz, que parecia echar chispas por los ojos i miraba a los demas como diciendo: ¡si yo supiera quiénes han sido los atrevidos! . . .

XIII

Cuando llegaron a la estación del Barón, la señora se dirigió corriendo, como los demás, a tomar un carrito del tranvía . . . Pero, qué esperanza! Los mismos atropellamientos i el mismo desorden.

—¡Sea por el amor de Dios! exclamaba doña Luz. Así no voy a llegar nunca a mi casa!

I la verdad era que anocheceia i se le pasaba la hora de la comida. En ese momento se le vino a la memoria la pérdida del canasto, ese prólogo de la tragedia cuyo epílogo no llegaba aun, como no llegaba tampoco don Pepe con las niñas.

—Nadie tiene la culpa de todo sino ese pícaro, decia para sí. El se apareció tarde; él perdió el canasto; él fué el que me hizo ir a las carreras contra toda mi voluntad; él se puso a pelear con los rotos; él me dejó plantada por quedarse a sus anchas con las niñas; por él estoy aquí hasta ahora i quién sabe hasta cuándo con un hambre que no veo . . .

I no vió, en efecto, a una alegre pandilla que, entrelazados unos con otros, se la llevó por delante, arrastrándola, entre broma i broma, hasta dejarla sentada en carro en cuya busca iban ellos tambien. Así fué que doña Luz tuvo que mostrarse mas bien agradecida i aun darles las gracias, porque le pagaron hasta el carro.

—¡Vaya! pensó ella con cara risueña; siquiera éstos son mas atentos con una . . .

XIV

Largo se le hizo el camino a la señora, no tanto por la lentitud de la marcha del carro, cuanto por la celeridad con que corría el tiempo. La hora de la comida pasaba i esto la inquietaba mas que la suerte de sus hijas.

—¡Gracias a Dios que al fin llego a mi casa! exclamó al entrar a ella como a las siete i media de la noche.

Se fué derechito a la mesa i empezó a engullir de todo con un apetito que ella misma estrañó, diciendo:

—¡Si parece que no hubiera comido en un mes! . . . El aire del campo, sin duda, es el que abre tanto las ganas; i luego que con las incomodidades no le entra a una nada en provecho.

Concluyó de comer i las niñas no se aparecian.

—¡Ese bribon de don Pepe es el que me las ha alborotado! decia doña Luz levantándose de la mesa.

XV

Miéntas tanto el pobre don Pepe no habia hecho otra cosa con las niñas que pensar en doña Luz i buscar un huequesito en los carros, consiguiéndolo a duras penas en el último de los trenes.

De la estacion del Baron habia tenido que hacer el viaje a pié porque don Pepe decia que era imposible conseguir asiento en un carrito; pero otra era la causa: no tenia un centavo en el bolsillo.

A las ocho de la noche llegaban todos asustados a la casa, en donde los recibian en las ástas del toro.

—¿Será dable, exclamó doña Luz al verlos, que unas hijas de familia como ustedes se aparezcan a estas hora i solas? . .

—¡Cómo sólas! ¿I yo? dijo don Pepe.

—Yo no hablo con usted, le dijo con rabia doña Luz.

—Pero ¿no fué usted misma la que quiso bajarse, mamá? le observó Lucita.

—Echame ahora la culpa a mí, cuando nadie es la causante sino tú, libertosa, absoluta . . .

—Usted fué la atarantada, mamá, dijo Clarita.

—Con que yo soi una atarantada . . . picaronaza! altanera! atrevida con tu madre! . . .

I avanzó unos cuantos pasos.

Don Pepe se apresuró a interponerse entre ella i su hija.

—¿Tú tambien dominguejo, dijo fuera de sí doña Luz, me vienes a faltar al respeto en mi casa despues de todo lo que has hecho hoi conmigo?

I se abalanzó sobre don Pepe, al mismo tiempo que las niñas se colgaban de ella para contenerla. Pero esto exasperó mas a la señora, quien sin hacer caso de los gritos i súplicas de sus hijas, arremetió de frente contra don Pepe, desgarrándole la ropa i dándole golpes seguiditos.

La sangre tiñó la camisa de don Pepe, i entónces doña Luz gritó haciendo convulsiones i poniendo los ojos blancos:

—Ai! . . . ai! . . . que me muero! . . . sujétenme! . . .

—El mal! le ha dado el mal! exclamaron las pobres niñas sosteniéndola, miéntras don Pepe corria a buscar agua . . . para lavarse él las narices.

XVI

Cuando se le pasó el mal a doña Luz i abrió los ojos, se encontró con sus hijas llorosas aun, i con don Pepe que todavía se acomodaba los pedazos ensangrentados de la camisa.

—¿En dónde me hallo? preguntó doña Luz mirándolos a todos.

—Ya volvió la señora, dijo don Pepe a las niñas. Ahora yo me retiro.

Doña Luz entónces, dando un suspiro, dijo:

—¿Mucho le hice, don Pepe?

—Lo ha bañado en sangre, mamá, se apresuró a responder Clarita.

—No es mas que de narices, hija, dijo doña Luz mirando a don Pepe.

—Así que sea, dijo por su parte Lucita.

—¡Sabe Dios, hija, si no lo he librado de un chabalongo!

—¿Usted quiere todavía burlarse de mí, señora? dijo don

Pepe un poco disgustado, i en seguida agregó despidiéndose: que lo pase bien . . .

—¿Por tan poco se enoja, don Pepito?

—¡Cómo poco! exclamó él llevándose las manos a las narices, que las sentia pesadas como si tuviese tres en vez de una.

—Mañana va a amanecer bueno. . . Vayan, niñas, a tocarle el piano a don Pepe para que se le pase.

—Muchas gracias, señora, dijo él seriamente.

—Entonces lo deja, porque a mi no me gusta rogar a nadie. ¡No faltaba mas!

—Buena noche, señora.

—Buena noche.

I cuando don Pepe habia salido, agregó doña Luz levantando la voz:

—¡Acuérdese que me tiene que pagar el canasto!

—¡Mamá, por Dios! Esclamó Lucita.

—¡I no se olvide tampoco que le debe un par de guantes a Lucita!

—¡Mamá!

—¡I me alegro que le hayan robado el reloj!

Esto fué para don Pepe mucho peor que si su futura suegra le hubiera dado cuatro bofetadas. ¡Qué mujer era aquella! ¡¡Qué seria como suegra!!

XVII

Desde entonces don Pepe no se entiende con su futura mas que por cartitas, i dice que no se casará con ella hasta el dia que le dé a doña Luz *el mal* de veras i de él no vuelva mas.

Asi es que cuando le preguntan a la señora por don Pepe, ella contesta sonriéndose:

—Desde las carreras no le he vuelto a ver las *narices*.



UNA NOCHE DE REMOLIENDA

I

Lo que voi a contar, me fué referido por un amigo de esos que por su carácter i sus costumbres son un libro vivo de aventuras i tunanterías.

Se llamaba Enrique i era meztiso, con sangre chilena e inglesa. Esto le permitia ser tan relacionado con los hijos del país como con los de Albion.

Jóven, de jénio lijero, espontáneo en sus acciones, no se detenía ni reparaba en clases sociales, tratándose de una *remolienda* que le permitiera bailar algunas zamacuecas bien cantadas i animadas.

II

En las primeras horas de una noche (Noche Buena) del año 1860, a pesar de la alegría jeneral, del bullicio i la animacion que empezaba a sentirse en las calles i plazas, Enri-

que se hallaba tranquilamente sentado a una mesa del Café de la Bolsa, saboreando los postres en union de un amigo inglés recién llegado de Europa. Este era un jóven buen mozo, gallardo, sin bozo i aun con los colores tan frescos, que mas de una vez habian despertado la envidia de las damas.

—No es noche para estar triste, Jim (1), le dijo Enrique en inglés. ¿Estás enfermo?

Jim se limitó a contestarle negativamente con la cabeza.

Parecia que le pesaba hasta el hablar.

—¿Qué tienes, entónces? volvió a preguntarle Enrique.

—¡Nada! fué toda la respuesta del jóven inglés.

—¿Estás enamorado?

—¡Oh!

—¿Tienes esplin?

—¡No sé!

—Yo te lo curaré, dijo para sí Enrique, i luego, dirijiéndose al mozo, gritó:—¡Un coñac!

Jim hizo un movimiento de disgusto, porque realmente estaba con un humor de los diablos.

III

En esos momentos el mesonero del café se acercaba con un papel, que pasó a Enrique, preguntándole si efectivamente era la firma de su amigo Alfredo.

—La misma, i puede mandarle el café entero si se lo pide.

—Muchas gracias, dijo el mesonero retirándose.

—¿Eres de humor Jim? le preguntó Enrique.

El inglés lo miró seriamente, porque parecia una burla el hablarle de humor en esos momentos.

—Nada perdemos con ir, agregó Enrique.

(1) La *J* debe pronunciarse como *Y*, diciendo *Yim*.

—¿A dónde?

—A donde ha ido Alfredo, que debe estar mui bien acompañado, a juzgar por la buena provision de dulces i licores que manda buscar.

I como viese que el jóven ingles vacilaba aun, se levantó resueltamente i se dirigió al meson seguido de su amigo. Despues de preguntar lo que debia, hizo duplicar la lista de artículos pedidos por Alfredo i pagó.

IV

Momentos despues subian al coche que estaba a la puerta con dos grandes canastos en el pescante i dentro de él un muchacho como de doce años, vestido de militar, que, era el enviado de Alfredo.

Apenas partió el coche, Enrique preguntó al muchacho:

—¿Cómo te llamas?

—Teodoro, señor, contestó, llevándose militarmente la mano al kepi.

—Bonita nombre, Teodoro, dijo Jim, en mal castellano.

—¿Tienes padre? volvió a preguntarle Enrique.

—Sí, señor, el cabo Parra.

—¿I tu madre?

—Mi madrecita, señor, se murió hace mucho tiempo de parto.

—Mucho lo siento.

—I osté, dijo Jim, ¿teniendo hermanitos?

—Nó, señor, hermanas no mas.

—Eso queriendo decir.

—Tengo tres.

—Bastante.

—¿Son buenas mozas? preguntó Enrique.

El muchacho no contestó una palabra.

—Pero, dijo a su vez Jim, ¿siendo poenos por el divertimento?

Teodoro tampoco contestó

—¿I tú, le dijo Enrique, qué pito tocas en el cuerpo?

—Yo no soi pito, señor; soi corneta.

—¿Corneta i ándas fuera del cuartel cuando se acerca la hora de retreta?

—Entamos francos con mi padre.

—¿A dónde la anda tu padre? le preguntó Jim.

—Se fué a correr la Noche Buena con unos amigos.

—Es decir que las niñas están solas... observó Enrique.

—Solas, no, dijo Teodoro, sino con los caballeros.

—Very good! exclamó el ingles, quien iba perdiendo por grados su mal humor.

V

En medio de esta conversacion, que parecia tener por objeto orientarse un poco sobre el terreno que iban a pisar, llegaron a la calle de Macfarlane (hoi de Buenos Aires) i torcieron a la de los Trapos (llamada ahora de Chiloé), que era donde vivia la familia del cabo Parra.

—Aquí es, dijo el corneta en el momento que paraba el coche.

En ese mismo instante aparecian en la puerta de la casita tres niñas i otros tantos jóvenes, entre ellos Alfredo; i apenas saltaron Enrique i el ingles, a quienes nadie esperaba, se les dió la bienvenida en medio de una alegre algazara.

Ambos entraron a la casa poco ménos que en triunfo, lo mismo que los bien pertrechados canastos conducidos en hombros del cochero i el corneta.

Sin emplear muchas ceremonias fueron presentados los recién llegados, notándose desde el primer momento la buena impresion que habia hecho en las niñas el rubicundo Jim.

Alfredo fué el primero en advertirlo i no pudo dejar de decir:

—Vamos, niñas, no es para que lo miren tanto.

—Así me parece, agregó Enrique, a ménos que quieran vernos celosos a nosotros.

—Si es que ya no lo están, aunque sin razon, dijo una de ellas, que parecia la mas viva.

Las otras, medio corridas, se limitaron a reirse.

Jim, por su parte, todo lo que hizo fué ponerse mas encendido, por lo que Enrique le dijo:

—No tengas vergüenza, gringo, i conversa con las niñas. . . ¿Te gustan?

—Yes, contestó él algo confundido e inclinando la cabeza.

—¿Cómo las encuentras?

—Beautiful.

—A ver que diga cuál le gusta mas, agregó Alfredo.

—Oh! exclamó Jim mirándolas una a otra; a mi me la gustan todas. . .

—¿En jeneral? agregó una de las muchachas.

—Nó! jeneral nó! se apresuró a exclamar el ingles creyendo haber dicho un disparate. Gostándome las niños páticularmente. Belio seso mui paticular.

—¡Parrita! gritó en esos momentos Alfredo. Pásanos algo.

VI

Miéntras Teodoro sirve algunos dulces i licores, nosotros advertiremos al lector,—porque ya es tiempo,—que aquellas niñas son honradas i viven de su trabajo, como lo prueban dos máquinas de coser que están a la vista.

Las tres cosen, i es su virtud tanto mas digna de elojio i respeto, cuanto que dos de ellas son bien buenas mozas i por consiguiente tentadoras.

A ésto debe agregarse que el cabo Parra no se preocupa mucho de sus hijas, i que hai ocasiones en que se bebe el sueldo íntegro i algo mas. No es mucho, pues, que ellas traten divertirse de vez en cuando en union de algunos jóvenes.

Ellas le cosen a Alfredo, i con este motivo él habia podido saber dónde i cómo vivian esas niñas. Así es que cuando deseaban tener una parranda se dirijia a donde ellas pretestando costuras o zurciduras i la armaba sin dificultad, estuviese o no presente el cabo Parra, quien, léjos de ser un inconveniente, celebraba mucho esas humoradas. Todo no dependia mas que de mandar buscar lo necesario para la fiesta, como lo habia hecho esa noche.

VII

Esta vez la diversion iba a ser mas en grande con la llegada de Enrique, el ingles i un canasto mas.

Pero se hallaban en desproporcion, porque los jóvenes eran cinco i las niñas tres: habia, pues, que buscar por lo ménos otro par de muchachas.

Parrita se encargó de esta comision, que no fué mui difícil desempeñar habiendo como habia vecinitas i siendo ademas Noche Buena. El corneta se apareció luego con las dos muchachas, ni mas ni ménos que si hubiesen sido otro par de canastos.

La guitarra habia empezado ya a hacerse oír manejada diestramente por una de las niñas. La funcion empezaba, naturalmente, con la obertura de costumbre, una de esas canciones sentimentales, empapadas de amor i ternura, que son como el prelude obligado de semejantes fiestas; tras la cancion vino una tonada con su correspondiente cogollo al caballero don Jim, i tras la tonada la zamacueca, que despertó el entusiasmo de los jóvenes, especialmente de Enrique, que, que, como hemos dicho, era balazo para la cueca.

La fiesta iba a entrar, pues, en toda su animacion i entusiasmo.

—¡Aquí estoi yo! dijo uno de ellos, poniéndose en cuclillas a tamborear en la guitarra, miéntras la cantora le tamboreaba a él el corazon con sus dulces miradas.

—Yo romperé el fuego con la Mariquita, dijo Enrique sacándola a bailar. I ustedes ¡a animar, niños! agregó dirijiéndose a los otros jóvenes.

—¿Mí no jaciendo naitito? preguntó Jim.

—¡Como nó, hombre! le contestó Enrique. A tí te toca lo mejor; entretener a las niñas.

—¿I cómo la entretiene?

—Cántales al oido.

—Oh! imposible!

—¿Por qué?

—Mi no sabe cantar.

—Quiero decirte otra cosa, hombre; que les des conversacion.

—¿Conversecion únicamente? preguntó el ingles con injenuidad.

—Todo lo que tú quieras.

I luego, acercándose a él, le dijo al oido:

—Enamórala, gringo lesa, que eso entra en la diversion.

—¡Ah! mí antende ajora.

I Jim empezó, en efecto, a cortejar a una de las niñas que tenia al lado, miéntras los demas se entretenian en el baile.

VIII

A una zamacueca siguió otra i otra, alternándose los danzantes, inclusa la cantora, que fué reemplazada por otra de sus hermanas. Las copas tambien se vaciaban i volvian a llenarse, contribuyendo a aumentar el entusiasmo, especialmente de los hombres, que eran los que bebian con mas gusto.

El ingles, que tambien iba agarrando fuego i estaba colorado como un demonio, de vez en cuando se largaba a bailar solo, imitando, aunque no con mucha perfeccion, los movimientos coreográficos de sus compañeros. En una de esas le preguntó Enrique:

—¿Se fué el esplin, gringo?

—¡Oh! yes, contestó en el acto. Mi experimentando mochi contentamienta.

—¿Te gusta la niña?

—Grandemente.

—¿I ella te quiere?

—No me lo dice.

—Oblígala entónces.

—Antende.

—¡Antende! i la has dejado sola.

En dos saltos estuvo Jim junto a su compañera.

La niña dió un grito al verlo caer a su lado tan repentinamente.

—¡Vaya, que me ha asustado! le dijo en tono de amable reconvencion.

—Dispénsalo, hiquito, mi estar alegremente contenta por osté.

—Muchas gracias, pero. . .

—Pero osté no estar contenta por mí.

—¡Como nó!

—¿De verito? ¿Siendo osté capaz de curarlo?

—Se lo juro, vaya. . . contestó ella despues de una vacilacion.

—Antonce ¿osté querriéndome?

I como la muchacha guardase silencio, agregó:

—Díguemela prontita.

—Por qué no lo he de querer. . .

—Oh! Mi siendo mayormente feliz! Dame osté ajora un proeba. . . esa flor, dijo sacándole un clavel que tenia en la cabeza.

—¿I usted que me da? le preguntó ella.

—Oh! esclamó Jim con emociion, llevándose la mano al pecho i acentuando las palabras; mí la da a osté un flor fresquito. . . ¡mi corazon!

—Falta que sea cierto, dijo ella sonriéndose.

—¿No la cree? Haciendo osté la éesperimentacion.

I cojiéndole la mano se la llevó al corazon.

—Así me gusta que no pierdas el tiempo! le gritó Enrique, que habia observado la actitud apasionada del tenorio ingles.

IX

Por su parte los demas tambien lo aprovechaban, porque cada cual con su cada cual hacia mas o ménos lo que Jim, con la diferencia de que el tiempo lo compartian entre los coloquios amorosos, los bailes i los compromisos para beber.

Cuando llegaban a la media noche, la cosa estaba que se ardia, i el mismo ingles saltaba de gusto, sobre todo en las zamacuecas, que ya habia aprendido a animar con palmotéos i dichos mas o ménos oportunos; aunque en esto no hacia mas que repetir en mal castellano lo que habia oido a sus demas compañeros, así como imitaba los movimientos del baile con figuras un tanto grotescas, que eran la mejor diversion de las niñas.

—Así! . . así. . . gritaba el jóven ingles en medio de su entusiasmo. ¡Ofrécela, mi almito! . . ¡Cómela, zambo, que yo la paga! . . ¡Oblígala, diabla! . . ¡Echala vienta, futre mucrienta! . . Así tondondoré, al otra pié! . .

X

A pesar del entusiasmo i la alegría, llegó un momento en que el ingles, que habia gastado toda la pólvora, como bisoño

que era, se sintió algo desfallecido por el cansancio i con la cabeza abrumada por los vapores del licor i de la sala.

—Teodoro! dijo gravemente, acercándose al corneta con paso poco firme i medio tambaleándose.

—Mande, señor, le contestó el muchacho cuadrándose i levándose la mano a la altura de la frente.

—Llévala a dormir.

—Como nó, señor, al momento.

E introduciéndolo por una puerta interior i atravesando por dos cuartos, lo condujo hasta una pieza que habia con dos camas i que eran las del muchacho i su padre.

—Aquí, le dijo el corneta, pudiendo hacer *silipe* hasta mañana.

—Mañana nó; osté la despierta mas pronta.

I dando una moneda al corneta, se tiró sobre una de las camas.

Teodoro se retiró despues de juntar la puerta que daba al corral, sin duda para que no le entrase aire al ingles.

XI

Miéntras seguia la diversion, i las cuecas unas tras otras, Jim trataba en vano de dormir, tanto porque era mucho el bullicio i el calor que sentia, como porque le atormentaba una comezon en todo el cuerpo, de la cual él no se daba cuenta, a pesar de ser mui natural el oríjen: las pulgas.

Fastidiado al fin con todo esto, abrió los ojos, i a favor de la media luz que habia en la habitacion empezó a mirar a todos lados. De una percha colgaban varios vestidos i otras prendas de ropa, i sobre la percha habia algunas cajas de sombreros de señora. Esto probaba que las niñas tenian allí su ropero.

Jim concibió en esos momentos una idea, i saltando de la cama, que lo tenia ya con fiebre, procedió a realizarla. Sacó

de la percha un vestido, el mas claro, i se lo puso; en seguida bajó una caja, estrajo el sombrero i se lo encasquetó.

Luego se acercó a un espejo, en que apénas se veia por falta de luz, i empezó a arreglarse como un artista en su camarín cuando solo espera la voz del traspunte para salir a escena.

XII

El cabo Parra tenia por costumbre, siempre que llegaba alegre, i sobre todo cuando sus niñas estaban con visitas, entrarse a su cuarto por la puerta del corral, lo cual le permitia llegar hasta su cama sin ser visto ni sentido por nadie.

Así lo hizo esa noche, porque iba algo cargadito i no convenia que lo viesen ni sus hijas, quienes solian reconvenirlo duramente cuando llegaba con su traguito.

Al penetrar el cabo en su habitacion i ver un bulto.

—¡Quién vive! gritó.

Sorprendido Jim, no se atrevió a contestar una palabra, quedándose medio sobrecojido con tan inesperada visita, pues no se daba cuenta de que fuese el dueño de casa.

—¡Quién vive! volvió a gritar el cabo con voz ronca i áspera, prendiendo a la vez un fósforo.

A la luz de éste el cabo reconoció el bulto i se echó a reir, arrojando el fósforo i volviendo a quedar en la semi-oscuridad.

—Eres tú, Mariquita . . . dijo con dulzura. No te habia conocido . . .

I tirando el kepi, empezó a desnudarse.

El ingles continuaba inmóvil.

—¿De dónde vienen a estas horas? continuó el cabo. Largo ha sido el paseo . . . ¿Con quiénes han andado? . . . Me parece oir allá dentro la voz de don Alfredo . . . Pero ¿qué no tienes boca, muchacha?

Jim empezó a deslizarse, temeroso de descubrirse ante el militar así disfrazado como estaba.

—¡A ver! Sácame estas botas, continuó el cabo Parra estirando una pierna. Se me han hinchado los pies . . .

El ingles se quedó reflexionando; pero el cabo agregó imperiosamente:

—¿Qué no oyes?

Intimidado Jim, se acercó maquinalmente i tiró de la bota, pero con una fuerza mui superior a la que el cabo estaba acostumbrado a esperar de sus hijas, por lo que cayó de la silla, dando fuertemente en el suelo con las posaderas.

—¡Qué modo es ese! gritó el cabo lanzando un juramento.

El ingles, soltando la bota, iba a echar a correr, cuando el cabo que habia vuelto a sentarse en la silla, gritó estirando la pierna:

—¡A la otra!

Jim se acercó i tiró esta vez de la bota con mas suavidad, pero sin sacarla.

—¡Mas fuerte, muchacha! dijo el cabo.

Tiró Jim, i la bota no salió, porque el mismo cabo hacia esfuerzos para contenerla.

—¡Mas fuerte! gritó.

Viendo el ingles que se resistia tanto, tiró con todas sus fuerzas; pero como el pícaro del cabo la habia dejado esta vez floja, Jim se fué para atras con bota i todo, quedando en la misma posicion que antes el cabo.

—¡Me la pagaste! le dijo en medio de grandes carcajadas.

—Osté mochi diabla, ¡carramba! exclamó el ingles sin poder contenerse i llevándose la mano a la parte afectada.

El cabo Parra, que no esperaba semejante sorpresa, al oir hablar a Jim se puso en pié de un salto i dijo:

—¿Quién es usted?

—Espera, espera poquita, señor . . .

—¿Qué hacia aquí?

—Mí la va a digar inmediatamente.

—Pero ¿quién es? . . .

—Amiga de Alfredo . . . i de Enrique . . .

—Ah! exclamó el cabo Parra dándose cuenta de la situación i empezando a ponerse las botas . . . Con que ha venido con ellos . . . Usted dispense, señora . . .

—No jai de qué, dijo Jim respirando i añadiendo con mas amabilidad: ¿gosté serando el padre de los niños?

—Un servidor . . . I luego agregó para sí: Parece jóven la gringa. ¿Si será buena moza?

I para salir de la curiosidad el cabo prendió luz; pero bien poco pudo conseguir, porque Jim le ocultaba la cara.

—No sé por qué, le dijo el cabo, la encuentro parecida a mi Mariquita.

—Posiblemente, le contestó Jim.

—Hasta en el modo de vestirse . . .

—Posiblemente.

—Lo mismito se le vé a ella el sombrero . . .

—Posiblemente.

—El vestido, todo . . .

—Ah! nó todo no siendo posible.

En esos momentos empezaba una zamacueca.

—Esa es la Mariquita, dijo el cabo. ¡Toca unas cuecas! . . .
¿No va a bailar, señora?

—Oh! sí, contestó Jim, que esperaba una ocasion para desprenderse del cabo i dar una agradable sorpresa con su disfraz a los que lo creian durmiendo.

—¿Quiere tener la amabilidad i la complacencia de bailar conmigo, señora? le preguntó.

—Poenó, dijo Jim viendo que esto secundaba mejor su plan; pero, agregó, mí comprende poquetita el coeco.

—Cada uno hace lo que puede, señora, i nadie tiene la obligacion de nacer sabiendo.

XIII

El corneta, cumpliendo con el encargo del ingles, se dirijia al cuarto para despertarlo, cuando al atravesar el umbral de la puerta, vió a su padre con una mujer i retrocedió como espantado por una vision. Inmediatamente corrió a comunicárselo a su hermana mayor, quien alarmada exclamó:

—¡Era lo que nos faltaba! . . . ¡Venir a meterse a casa con una mujer! . . . Así será ella . . . ¡I en qué momentos! . . . Anda tú i dñle a esa mujer que se mande mudar en el acto.

—Yo nó, dijo Teodoro. ¿I si mi padre me pega?

—Que me pegue a mí, agregó dirijiéndose al cuarto resueltamente, seguida de su hermano.

Al ver entrar a sus hijos, el cabo Parra, que ya estaba del brazo con su miss, dijo:

—A tiempo que íbamos para allá.

—¿Está loco? le dijo su hija. ¿I usted, señora, cómo tiene valor de venir a meterse aquí con mi padre?

Jim comprendió que no lo habian conocido i se guardó de contestar una palabra para seguir sosteniendo el engaño.

—¡Cómo es eso! . . . exclamó el cabo. Esta señora no ha venido conmigo. Yo la encontré aquí sola.

—¿Entónces por dónde ha entrado? . . . ¿Quién es usted, señora?

—Ahora caigo en los tirones tan fuertes de las botas . . . Este debe ser hombre disfrazado, algun ladron . . .

I abalanzóse sobre el ingles, sin darle tiempo para defenderse i quedando los dos agarrados, miéntras el corneta i su hermana salian gritando:

—Ladrones! ladrones!

—Que matan a mi padre!

Con estos i otros gritos semejantes la festiva reunion se puso en movimiento, precipitándose los hombres dentro del

cuarto, algunos armados con los primeros palos que hallaron a mano.

En vano trataba Jim de darse a conocer, porque no se le oía palabra en medio de aquel bullicioso alboroto.

Al fin el corneta, que habia echado de ménos a Jim, cayó en cuenta de que él debia ser el disfrazado i empezó a gritar:

—¡Si es don Jim! . . . ¡No le peguen que es don Jim! . . .

Cuando salieron del error i se restableció la calma, prendieron luz i se encontraron efectivamente con don Jim todo maltrecho, jadeante con la lucha que acababa de sostener i con la ropa desgarrada, que era lo peor.

—Ai! cómo me ha puesto el vestido! exclamó dolorosamente Mariquita.

—No impota, dijo el ingles.

—A mí sí que me *impota*, agregó el cabo remedando a Jim.

—Mí dando otra mecor.

—Ai! volvió a exclamar la niña. ¡Si me ha roto el sombrero!

—No impota, volvió a decir Jim. Mi la da tambien otra sombrera.

XIV

Pasada la alarma i los comentarios, siguió la fiesta con mas animacion hasta que el corneta, como quien toca llamada, gritó:

—A cenar! . . . Ya está servida la cazuela!

—Cazoelo? Very-good! exclamó el ingles.

—Lleva tu niña a la mesa, le dijo Enrique.

—¿Dónde estando la meso?

—En el corral.

—Oh! exclamó Jim sorprendido. ¿Cenando en corral?

—Una cazuela se come en cualquier parte.

Mal que mal, el ingles tomó a Mariquita del brazo i se dirigió a la mesa, que estaba colocada, en efecto, en medio del corralito, bajo un emparrado.

Aunque la mesa era mui chica, las sillas, estrechadas como estaban, ofrecian asiento para todos. Luego ocupó cada cual su sitio, entreveraditos los hombres con las niñas, como es costumbre en esos casos, i dándose a Jim por aclamacion el puesto de preferencia, la cabecera principal de la mesa. A su derecha se sentó la Mariquita i a su izquierda Enrique. El cabo Parra i Teodoro se habian encargado del servicio.

La idea de colocar allí la mesa habia sido felicísima, porque sentian una temperatura mas templada, respiraban mejor i la parra con sus verdes hojas los ponía a cubierto del relente de la noche.

Jim fué el primero en manifestar su aprobacion, encontrando tan delicioso el comedor como sabrosa la cazuela.

—Mui confortablemente la corral, dijo.

—Me alegro, agregó Mariquita, que en esos momentos sintió que le tocaban un pié, pero sin atreverse a creer que Jim lo hiciese intencionalmente.

En efecto, Jim no parecia preocuparse mas que de la cazuela i de buscar servilleta, hasta que Enrique le dijo por lo bajo:

—Con el mantel, hombre, que es como se usa por aquí.

I así se limpió la boca Jim, invitando en seguida a su compañera a beber con él.

—¿No nos acompaña usted, don Enrique? le preguntó ella.

—Pero a de ser todo . . . ¡A su salud!

—I al mio! agregó Jim.

Los dos mostraron en seguida sus vasos desocupados, méenos Mariquita, por lo que dijo Enrique:

—Nó, no fué eso lo convenido.

—¿Por qué osté dejando la concha? agregó Jim.

Mariquita volvió a llevarse el vaso a los lábios, i entónces le dijo Alfredo, que ocupaba la otra cabecera de la mesa:

—¡Hasta verte, Cristo mio!

Apénas concluía de beber, Mariquita volvía a sentir que le tocaban el pié; pero esta vez se conocía que no era casualidad, por lo que dió a Jim una mirada penetrante, que él tomó como demostracion amorosa, fijándole tambien la vista con voluptuosa dulzura. Esto vino a confirmar las sospechas de Mariquita de que los pisotones eran intencionales.

Enrique, entre tanto, que era el autor de todo, se divertía observando en ámbos los efectos de la travesura.

A la tercera vez ya no pudo contenerse Mariquita i dijo un tanto disgustada:

—Sosiéguese, don Jim. ¿Que no puede estar quieto?

—No la estés fastidiando, hombre, le dijo Enrique.

—Mí no la jace ningun fastidia, contestó Jim.

—¡Silencio! gritó Alfredo, que voi a brindar.

Un grande aplauso resonó en toda la mesa.

—Teniendo palabra, dijo Jim.

I empezó a tocar con el cuchillo en uno de los vasos para imponer silencio.

—Brindo por todas las nobles expansiones del alma juvenil, por la amistad i el amor . .

—¡Viva el amor! . . . ¡viva! . . . gritaron los demas.

Jim volvió a tocar la campanilla, es decir el vaso, diciendo:

—Mí pide mas amor al órden, señores.

Restablecido el silencio, continuó Alfredo:

—Brindo, señores . . . brindo . . .

—Por los niños, dijo Jim, viendo que el otro se demoraba.

—Será mejor que Jim brinde por mí, dijo Alfredo, porque yo no sirvo para esto.

—Al momento, dijo el ingles levantando el vaso; mí al brinda, señores, por Alfredo.

I se bebió todo el contenido.

—Que lo hicieses en su lugar te decian, le observó Enrique.

— Mí no deja mi logar, estando aquí bien con Marriquito.

—Este gringo entiende las cosas de una manera! . . . dijo Enrique.

I luego estiró la pierna cuanto pudo para tocarle el pié por el lado donde estaba Mariquita.

Jim, creyendo que era ella en realidad, la miró tiernamente, exclamando:

—¡Qué poeno! . . . Otra vez.

—¿Qué cosa?

—Písalo no mas hiquito.

En ese momento Enrique le dió un fuerte pisoton; pero con poco tino, porque en el acto Jim se volvió hácia él i exclamó:

—¡By God! . . . La pisa en la callo.

—¿Con que era usted el de la gracia? dijo Mariquita dirigiéndose a Enrique. ¡Yo que estaba echándole la culpa a don Jim!

—¿Pisando tambien sus callos? le preguntó el ingles.

—Yo nunca he tenido eso, se apresuró a decir Mariquita como si le hubiesen levantado una grosera calunnia.

—Aló! . . . exclamó Jim levantando la cabeza i mirando el emparrado al sentir en esos momentos un ruido estraño, producido por las gallinas i los pollos que dormian en una higuera cuyo grueso tronco se elevaba por entre el ramaje de la parra.

Las aves empezaban a despertar, cacareando las gallinas i piando los pollos.

—Diabla! exclamó Jim levantándose. Cantando ya el diuca.

—Hasta que cante el gallo no se mueve nadie, dijo Alfredo, i que brinde Jim.

Apénas calló Alfredo, el gallo cantó, como dándose por entendido de la alusion.

—La cantó, dijo Jim. Largando ajora.

—Que brinde! que brinde! gritaron todos.

—Very well; pero dispensándome mi castellana.

—La castellana no ha bajado todavía de la higuera.

—Brinda, continuó Jim alzando el vaso, al creacion... en este mañana beautiful en que viene la dia con la esplendo del natura... .

—Bravo! bravo el gringo poeta!

—Silencia! gritó Jim. La universa empieza a despertar... .

—I nosotros a dormir con tu brándis, dijo uno por lo bajo.

—Los aves, prosiguió Jim señalando la higuera, cantan la concierto el hosanna al Dios de los alturos... Pero mí siente... ¡carramba!... caer algo en la cabeza, dijo mirando hácia arriba.

—Es el maná... ¿No eres judío, gringo?

—Señores, prosiguió Jim con entusiasmo i sin hacer el menor caso de las interrupciones ni de lo que le habia caido en la cabeza; mí bebe por este Paraisa chiquita en que jacemo la desayuna; brinda paticularmente por Eva... .

—I mira a la Mariquita... .

—Adan no era ingles... .

—Teniendo aquí hasta la parro i el higuero. Faltando úniquememente el serpiente i que mí come el manzano.

—Bravo!... viva!... viva... gritaron todos en medio de los aplausos, hasta que Jim, arrastrado por el entusiasmo de la ovacion que se le hacia, empezó a gritar tambien:

—Hip! hip! hip!... hurrah!... que todos repetian, formando tal bullicio que se alborotaron las gallinas i todos los perros del barrio se pusieron a ladrar.

Jim se levantó al fin de la mesa cantando el *God save the Queen*; pero pronto tuvo que callar, porque los demas, inclusas las niñas, el cabo Parra i el corneta, se largaron a cantar el himno nacional chileno, al son del cual entraron triunfalmente en la sala.

XV

Miéntras tanto la noche se iba. Un momento mas i la claridad del dia sorprenderia a esos jóvenes, que hasta entónces no podian darse cuenta de la rapidez con que para ellos corrían las horas. Sin embargo, Enrique se apresuró a proponer el último baile.

La palabra *último* llamó la atencion de todos, reanimándolos, mucho mas al oír los preludios de la zamacueca.

Alfredo debia poner término al baile i a la fiesta; pero sucedió lo que sucede casi siempre en estos casos, que Enrique quiso dar *capote*, i tras Enrique siguieron los demas.

Terminada por fin la série de bailes, faltaba todavía el último trago, i con los tragos vinieron los bríndis, los compromisos con las niñas i demas demostraciones que siempre terminan vaciando la copa.

Resultado: que el cañonazo del alba los encontró a todos alegres i bulliciosos.

XVI

Antes que aclarase del todo se despidieron de las niñas i salieron a la calle, sin que Jim quisiese quitarse el vestido, con aprobacion de sus compañeros, que encontraban en ello un motivo mas de diversion. Solo habia dejado el sombrero, poniéndose el suyo, que era de copa alta, quedando así convertido en una amazona.

XVII

No parece sino que el cañonazo fuese el *despertador*, tanto de los que madrugan como de los que trasnochan, porque a poco se encontraron con otra partida de *remoledores* que se retiraban como ellos alegres i chispas.

—¡Buenos dias les dé Dios! gritó uno desde la acera opuesta.

—¡Ténganlos ustedes mejores! . . . ¡Cómo han amanecido! . . . contestaron los otros.

—Sin novedad. . . ¿I ustedes cómo han pasado la noche?

—¡Mui bien, para servirles!

—¿Para servirnos? Entónces échennos la muchacha para acá.

—No se puede porque es inglesa.

—Mejor si es gringa.

—Otro dia será, porque ahora va a montar a caballo.

—¿Tan temprano? Todavía estan durmiendo los brutos.

—¿Cómo antonce estar ostedes despiertas? dijo Jim.

—Los burros como tú, dijo uno que habia conocido a Jim por la voz.

A estos insultos siguieron otros, i luego se fueron a las manos, formándose una pelotera en que todos se veian agarrados de a pares o en grupos mas numerosos, como sucedía en el que figuraba Jim, porque éste, no obstante los estorbos de su doble traje, repartia los puñetazos con tanta soltura i eficacia, que fué preciso acosarlo entre varios. Así i todo, él se defendia bien i aun le sobraban aliento i tiempo para acometer a sus contrarios.

Iba ya triunfando el ingles con los suyos cuando sintieron llegar varios soldados de policía con sus sables desenvainados; i como en esa época no se andaban con muchos miramientos para dar de filo, la pelea cesó como por encanto.

XVIII

Fuera de algunos golpes mas o ménos récios, ninguno habia recibido herida o contusion de gravedad. El mismo Jim, a pesar de haber sido el mas comprometido, no sacó otra demostración que la de su sombrero, el cual se lo habian dejado en deplorable estado.

Viendo la policía que no se trataba sino de una humorada entre jente decente, los reconcilió i luego les mandó que se retirasen por distintos puntos.

—Méenos usted, dijo uno de los soldados dirijiéndose a Jim.

—¿Por qué? se apresuró a preguntarle Enrique.

—Porque anda disfrazado: tiene que pasar *pa entro*.

—Mí no pasa por dentro, dijo Jim.

—Pero, hombre, observó Enrique al soldado, ¿no ves que viene del baile?

—¿Qué baile?

—El de máscaras.

—¿Por estas calles?

—¿I qué importando a osté las callos? dijo Jim. Osté siendo estúpidoamente porfiada.

—No me insulte, señor.

—Mí no la insulta; digue la verdad no mas.

—La verdad es que usted es mui atrevido.

—Osté un badulaco.

—Ahora lo llevo por dos infracciones: andar disfrazado e insultar a la policía.

—No hagas caso, hombre, dijo Enrique al soldado, que no quedarás mal con nosotros.

—Oh! yes! agregó Jim. Quedando bien mecor.

I metiendo la mano en el bolsillo, sacó algun dinero que pasó al soldado.

—Ah! ah! exclamó el paco; con que dando monis a mí... Con ésta son tres faltas.

—¿Osté llamando falta porque la da dinera?

—Una mas, i te fusilan, gringo, le dijo Enrique.

XIX

Viendo que Jim se ponía sério con el susto, Enrique i Alfredo se hicieron a un lado i entraron a conferenciar a solas con los policiales.

—¿Quieren ganarse un par de pesos i nos divertimos un poco con el ingles? les dijo Enrique.

—Era lo que estábamos haciendo, dijo uno de los soldados. ¡Si no era mas que para asustarlo!

—¡Magnífico! Ahora le vamos a decir nosotros que, habiéndose hecho reo de muchos delitos, no le queda mas recurso que escaparse.

—I le damos una correteada, dijo el soldado.

—Justamente, pero dejándole tiempo para que pueda huir.

—Convenido... A ver! agregó alzando la voz, ¿dónde está ese caballero vestido de mujer?

Los demas se echaron a reir a carcajadas.

Ya habia desaparecido.

XX

Miéntras estaban en la consulta, Jim se habia sacado precipitadamente el vestido i, haciendo un lío, arrojolo con todas sus fuerzas sobre el techo de la casa, que era de un solo piso. Luego cambió de sombrero con uno de sus amigos i disimuladamente se escabulló, pasando casi por encima de los mismos soldados.

—¿Dónde está Jim? preguntaron sorprendidos Enrique i Alfredo.

Los demas empezaron a referir los pormenores, cuando sintieron los gritos de una mujer que salia de su casa con un lío i que decia, acercándose a los soldados:

—Aquí está el robo! Aquí está el robo!

—Qué robo es ese! exclamaron alarmados los policiales.

I deshaciendo el envoltorio, se encontraron con el vestido del ingles.

—Pero vean lo que es la casualidad! dijo la mujer; me habia puesto a barrer el patio cuando recibí el golpe en la cabeza. I como habia sentido la bulla, vine corriendo para que despues no vayan a negar estos pícaros. . .

XXI

Enrique se arregló con los soldados a condicion de que le permitiesen llevarse el *robo*, para lo cual no habia ningun inconveniente.

I como ya aclaraba mucho el dia, los jóvenes se despidieron de los policiales i se fueron a dormir la Pascua.

La mujer, entre tanto, se quedaba echando pestes contra la policia por encubridora de robos.

Jim, segun él mismo lo contaba despues, habia llegado a toda carrera a la calle de la Victoria i subídose a un carruaje que pasaba a la sazón,—un carretón de pan,—trasladándose así al Puerto con mucha comodidad i gozando del agradable fresco de una de las mas hermosas mañanas de Diciembre.

XXII

Tres dias despues entregaba Jim a Enrique un vestido i un sombrero nuevo i de valor para que se encargase de mandarlos a su destino con la atenta carta siguiente:

«Marriquito:

«Como la prometió, la manda la vestida i la sombrera. Dispénsame la demoracion i recibe el saluda del amigo sincero.

James.»



LAS HIJAS DE DON NICETO

I

Don Niceto i sus niñas, que son tres, todas casaderas, gozan de un bienestar mas que mediano, debido al trabajo honrado i al ahorro, que no es poco decir en estos tiempos. Sin embargo, su posicion o su vida social, es un poco oscura; no porque carezcan de recursos i condiciones para brillar, ni ménos porque les falten ganas a las niñas, sino porque su papá es hombre que no entiende de esas cosas ni las tiene tampoco en mucha estima.

Para él no hai sociedad, ni relaciones de familias, ni siquiera de parientes.

Puede decirse que la vida de don Niceto se halla concentrada dentro de las cuatro paredes de su casa, i si por él fuera, suprimiria con gusto hasta las puertas i ventanas.

Este aislamiento, o mas bien retrainimiento sistemático de don Niceto, no proviene de malas condiciones de carácter, sino de un espíritu de desconfianza i un tanto escéptico que

lo ha dominado desde que pasó a ser padre. Parece que él cuando jóven se permitió algunas libertades con el bello sexo i de aquí la severa reclusion en que mantiene a sus hijas.

Para ser mas esplicito diré que don Niceto tiene poca o ninguna confianza en las virtudes del jénero humano, como lo manifiesta a cada paso diciendo, ya se trate de sus hijas o de las ajenas: «En la confianza está el peligro. . .» «La ocasion hace al ladron. . .» «En arca abierta el justo peca. . .» I de aquí nadie lo saca. Si algo les observan sus hijas, él les contesta en el acto: «¿No ven que yo tambien he sido jóven?»

Naturalmente, a las pobres niñas las tiene poco ménos que soterradas, por mas que ellas se lamenten, protesten i chillen a cada trique traque.

Por lo demas, don Niceto es un hombre como otro cualquiera: honrado i tratable en sus negocios, trabajador, modesto, de buen fondo i mui buenos fondos, porque su fortuna no bajará de sesenta mil pesos limpios de polvo i paja.

En el hogar i especialmente con sus hijas, a quienes adora, dicho sea de paso, es donde deja ver i sentir sus rarezas i caprichos.

Su casa, eso sí, la tiene siempre llena de un todo i montada con un lujo que no dice con su aversion a las visitas.

En esto, lo mismo que en el aseo, don Niceto tiene su diablo. I como no recibe a nadie (salvo a aquellos que van a verlo a él por negocio), resulta que su casa está siempre flamante, exactamente como un almacen de muebles, ménos al rigor de la moda, que él no cree conveniente seguir mui de cerca, i con lo cual prueba que no tiene un pelo de tonto.

II

Las niñas perdieron a su madre mui temprano, i esto ha contribuido mas que nada a esa especie de cautiverio en que viven las pobrecitas.

Hombre de negocios i por consiguiente de la calle como es su padre, tiene una mujer de toda su confianza i ella es como quien dice la carcelera. Don Niceto sabe, pues, que cuando él sale quedan sus hijas bien guardadas.

Pero como esta misma sujecion tiene desesperadas a aquellas criaturas, se dan ellas todas las trazas imaginables para burlar la vijilancia i hacer mas llevadera su triste i monótona vida.

III

Todo es salir don Niceto a sus negocios de chichas, ganados, papas i otros renglones por el estilo, cuando ya sus tres hijas, que se hallan frescas, coloradotas i en fermentacion como la chicha que hierve dentro de las pipas guardadas en la misma casa de don Niceto, empiezan a buscar desahogo o respiradero, apoderándose de la primera puerta o ventana que encuentran abierta.

IV

En estas inocentes e hijiénicas situaciones suelen encontrarse las niñas, aprovechando el descuido de la sirvienta, cuando pasan por la calle algunos mozos que han sinpatizado con ellas i que poco a poco han ido entablando sus relaciones amorosas, primero con risitas i guiños, luego con señas o telégrafos i por último con recados i cartitas.

De qué medios se valen para dar curso a la correspondencia epistolar, no hai para qué averiguarlo desde que nadie ignora que los enamorados saben en esa materia mas que el director jeneral del ramo de correos.

Lo cierto es que cada una de las niñas, así encerradas i custodiadas como se hallan, tienen varios admiradores o pretendientes que andan calle arriba i calle abajo frente a la casa de don Niceto, atisbando la ocasion de verlas, cuando se

abre una puerta o ventana, aunque sea solo por un momento i en último caso a traves de los cristales.

Por supuesto, el diablo se lo lleva a don Niceto cuando suele sorprender a alguna de sus hijas en semejantes confianzas, como sucedió un día en que él se habia colocado en otra de las ventanas que dan a la calle.

—Susana! Susana! gritó dirijiéndose a la sirvienta.

—Señor!

—¿No tengo ordenado que esten siempre cerradas esas ventanas?

—Las tenia abiertas, señor, mientras sacudia.

—A tí debia yo sacudirte. . .

—¿Ha pasado algo, señor?

—Los que pasan siempre. . . ¿Qué hacias tú ahí en la ventana, Guillermina?

—Yo nó, papá.

—Entónces habrá sido la Alejandrina. . . Alguien debia ser. . . ¡Alejandrina!

—¡Papá!

—¿No les tengo prohibido, con mil demonios, asomarse a la calle?

—¿I cuándo me he asomado yó? ¿Está soñando papá?

—Entónces fué la Fermina. . . ¡Fermina!

—Aquí estoi.

—Tú has sido, i no lo niegues, porque te has puesto colorada.

—Pero ¿qué falta es la que he cometido?

—He visto ahí a ese mequetrefe. . .

—Que me saludaba. . .

—¿I por qué ha de saludarte? Ya sabes que a mí no me gustan esas amistades.

—¿I cuáles son las que le gustan?

—Ninguna. . . ¡I cuidado con responderme!

—Como usted me está preguntando. . .

—¡Silencio!

Fermina se pone a llorar.

—¿Por qué lloras, muchacha? ¡Habrás visto! Cualquiera creería que le habían pegado.

—Preferiría eso. . .

—Pero, papá, creo que no hai motivo, le observó Alejandrina. No es posible tampoco que estemos a toda hora encerradas. . .

—Sin tener amistad con nadie, agrega Guillermina. Así yo no sé cuándo nos vamos a casar.

—I aunque no se casen: ustedes no tienen que ver con eso.

—Cómo que no tenemos. . .

—Ese es asunto mio. . .

—Mañana usted se puede morir. . .

—¡Qué ganas tienen de que yo me muera!

—Las ganas que tenemos, papá, dijo Alejandrina, es de que no desconfie tanto de nosotras, que nos permita ver jente siquiera, recibir algunas visitas. . .

—¿Visitas en mi casa? ¡Eso quisieran ustedes! . . Para que luego vengan los futres a hacer de las tuyas. . . Nó, nó; a mí no me la pega nadie. ¿No ven que yo tambien he sido jóven?

—Es decir, dijo Fermina sollozando aún, que hemos de quedarnos para vestir santos.

—Peor será que se casen para vestir diablos, o futres pelados, que es lo mismo, repuso con calor don Niceto. En fin, agregó calmándose un poco, lo que yo quiero es su felicidad, i con lo que tengo no han de faltarles maridos que sean de mi gusto.

—I el gusto de uno para qué contarlo.

—Ustedes son mujeres, i para las mujeres cualquier marido es lo mismo. . . Miétras tanto. . . ¡Susana!

—Señor!

—Cierra bien las ventanas de la calle i que no vuelva yo a ver saludos ni nada, porque entóncees tú me las pagas.

—¡Vaya con la felicidad! exclamó una de las niñas al ver que las privaban hasta de la luz.

Don Niceto se largó luego a la calle, Susana se dedicó a sus quehaceres despues de cerrar las ventanas, i las niñas quedaron lamentándose i consolándose recíprocamente.

V

—¿Es vida esta que llevamos? dijo una de ellas.

—Yo creo que a nadie le pasará esto, agregó la otra.

—Nosotras no mas tenemos la culpa por ser demasiado sumisas, dijo con rabia la tercera.

—¡Qué distinto seria si tuviésemos madre viva!

—Por lo ménos no estaríamos tan solas.

—Porque ¿cuándo habia de ser ella como mi papá?

—No se hace él cargo de que nosotras somos mujeres.

—Pero ¿de dónde le habrá salido a mi papá ese odio tan grande a los jóvenes?

—¡Cuándo son tan amables i tan simpáticos! dijo picarescamente Fermina, poniendo de buen humor a sus hermanas. . . ¿Saben, niñas, agregó llevándose la mano al seno, que Leonardo me ha contestado?

—A ver, a ver.

—Léenos la carta.

—¿Qué te dice?

I las dos niñas, completamente olvidadas de sus lágrimas i de las amarguras de la escena anterior, se pusieron a leer juntas con Fermina la carta de Leonardo, que decia:

«Creo que no habrá dificultad para que podamos pasar juntos un buen ratito.

«Nos hemos puesto de acuerdo con Jerman i Juanito para llevar a cabo nuestro plan. Ya sabemos que don Niceto se va a Los Andes en la tarde del sábado i que no volverá antes de dos dias.

«En cuanto a Susana, no tengan cuidado ninguno. Es una buena mujer que se conduele de la situacion de ustedes i sabe

muy bien que nosotros no somos bandidos ni vamos tampoco a comprometerla.

«Si don Niceto se larga el sábado, espérennos en la noche con toda seguridad. Hablen con Susana, que ella está al cabo de todo.

«No vayan a tomarse la molestia de esperarnos con té. Nos conformamos con algunas botellitas de la famosa *baya* que tiene guardada don Niceto.

«Hasta el momento que tenga el placer de beber una copa con usted. . . »

—Etcétera, etcétera, etcétera, dijo Fermina parodiando a la colejiala i guardándose la carta.

—Léela toda, niña. . .

—¿A ver qué etcéteras son esas. . . ?

—Las de costumbre. . . Con que ya saben que el sábado. . .

—El sábado. . . repitió Guillermina pensando. . . i hoy es juéves.

—¿Será cierto que mi papá se va a Los Andes ese día? observó Alejandrina.

—Cuando Leonardo lo dice, debe saberlo muy bien, dijo Fermina. . . Pero llamemos a Susana. . . ¡Susana!

—¡Señorita! contestó la sirvienta desde una de las otras piezas.

—Ven, que te necesitamos. . . No le digan ustedes nada que yo me encargaré. . .

—¿Se les ofrecía algo?

—Díme ¿es verdad que mi papá va a Los Andes?

—El sábado, señorita.

—¿I nada más sabes? se adelantó a preguntarle Guillermina Susana se sorprendió.

—No tengas cuidado, agregó Alejandrina, porque Leonardo nos ha dicho que hablemos contigo.

—¡Ah! exclamó la sirvienta. . . Es verdad. . . Se me había olvidado. . . Van a venir los jóvenes. . . Pero ¡que no vaya a saberlo el patrón! . . .

—Eso no depende mas que de tí.

—Por mi parte. . .

—¡Es tan buena esta Susana!

—¡Qué seria de nosotras sin ella!

—¿Cuándo te arreglas aquel vestido que me pediste?

—Cuando usted me diga, pues, señorita.

—Ahora mismo si quieres. . . Ya sabes que yo no me lo pongo. . .

—Muchas gracias, señorita.

—Yo tambien te tengo otras cositas, Susana.

—Yo no le prometo nada, porque ya sabe que nunca me olvido de ella. ¿No es verdad, Susanita?

—Mui verdad, señorita.

VI

Cuando llegó el deseado dia estaba todo preparado, siendo Susana la mas interesada en ver realizado el clandestino proyecto de la cena.

Las órdenes que desde temprano empezó a dar don Niceto, sobre todo el encargo que de las niñas hacia a Susana, confirmaron su viaje a Los Andes.

Pero don Niceto empezó a notar en las niñas, a medida que avanzaba la tarde, cierta estraña alegría i un movimiento inusitado, llamándole la atencion especialmente el esmero con que todas se encartuchaban las guedejas de pelo sobre la frente. Veia ademas que Susana no estaba del todo en posesion de su calma habitual.

Desconfiado por instinto o por sistema como era don Niceto, entró en fin en sérias sospechas i empezó a observarlo todo con mas atencion. No tardó mucho en ver, al pasar por la cocina, mas provisiones que las ordinarias.

Entró en el comedor, i sintió aroma de flores, que luego encontró ocultas disimuladamente. En el aparador habia mas botellas de chicha que de costumbre.

—Aquí hai algo, se dijo don Niceto, i es preciso salir de dudas.

Varias veces estuvo por interrogar a Susana i a sus hijas mismas, pero lo contuvo el temor de hacer un fiasco o de malograr la buena ocasion que se le presentaba para una sorpresa en toda regla.

—Haré la deshecha, se dijo al fin, i así los pillaré infraganti.

VII

Efectivamente; como acostumbraba hacerlo cada vez que viajaba, comió temprano él solo, luego hizo llamar un muchacho para que le llevase la maleta, i por último se marchó con él a la estacion del Baron.

Allí se confirmaron sus sospechas al ver a Leonardo i a Jerman paseándose por el anden mui tranquilos i como si no lo hubiesen visto.

—Estos bribones, se dijo don Niceto, estan haciéndose los pesos cuando no han venido a otra cosa que asegurarse de mi partida.

I tenia razon, porque luego desaparecieron de la estacion, llevando la seguridad de que las niñas estarian solas i de que mui pronto se hallarian a su lado sin temor alguno a don Niceto.

VIII

—De aquí mismo nos vamos a la peluqueria, dijo Leonardo, porque allí nos debe estar esperando Juanito.

—¡Qué noche vamos a pasar! exclamó Jerman en el colmo de la felicidad.

—¿Por qué lo dices? ¿Por las muchachas o por la chicha?

—Si he de hablarte con franqueza, por las dos cosas.

—Pero no vayas a beber demasiado.

—Si no es que beba mucho, hombre, sino que tengo mui mala cabeza.

—Por lo mismo.

—Pero ¿quién resiste ante una copa de chicha, i todavía de balde i ofrecida por una buena moza?

—¿I como te va con la Alejandrina?

—¿No tengo motivos de queja . . . I como no lo hago mas que por pasar el tiempo. . . aunque a la verdad me gusta bastante.

—Ella tambien te quiere de veras.

—Pero nunca como a tí la Fermina . . . lo raro es que Juanito no se haya atrevido todavía a decirle algo a Guillermina. No he visto un muchacho mas cobarde.

—Ya lo comprometeremos esta noche. Todo es cuestion de oportunidad.

Así conversando llegaron a la peluqueria, en donde Juanito los aguardaba con cierta impaciencia.

IX

Don Niceto, miéntras tanto, se habia quedado en la estacion meditando su plan, porque estaba persuadido de que aquellos mozos contaban con su ausencia.

—Es seguro que se van a comer con ellas, pensó al verlos desaparecer . . . Esperaré la hora oportuna.

En efecto, cuando empezaba a oscurecerse i calculando don Niceto la hora en que sus niñas debian estar en la mesa, se metia en un coche con su maletita i poco mas tarde se apeaba cerca de su casa.

Penetró en ella con precaucion, subió la escalera casi en el aire, i viendo que todo se hallaba en la mas completa calma, pues no se sentia mas ruido que el de los platos, se convenció de que no habia nada de particular. Sin embargo, despues de dejar la maleta en su cuarto se acercó en puntillas al co-

medor, adonde ya iba a asomarse i sintió pasos que le hicieron retroceder i escabullirse por la primera puerta que halló, cerrándola tras sí con tiento para no ser oído.

Esta pieza era una especie de despensa en donde don Niceto guardaba provisiones, licores i todos aquellos objetos del servicio que no se empleaban en el uso diario. Desde allí no se alcanzaba a ver el comedor, pero se oía perfectamente lo que en él se hablaba. Por esto no tardó mucho en imponerse de la conversacion que tenian las niñas.

—¿Por dónde iré a mi papá? dijo una de ellas.

—A estas horas va mui léjos, contestó otra; por lo menos va pasando el socavon de San Pedro.

—Sí, no es mal socavon este en que me he metido, dijo para sí don Niceto viendo la oscuridad de la pieza en que se hallaba.

—Coman lijero, niñas, dijo Fermina, porque van a llegar luego . . .

—Ah! pícaras! exclamó don Niceto desde su escondite reprimiendo con dificultad los ímpetus de su indignacion paternal.

—Ai! si mi papá supiera! . . . dijo Guillermina.

—Qué, niña! Ni por la imaginacion le habrá pasado, repuso Alejandrina. ¡En lo que vienen a parar las privaciones!

—Vamos, vamos, de una vez, dijo alegremente Fermina levantándose de la mesa . . . Dejemos a Susana, que se encargará de prepararlo todo.

—Sí, sí, contestó ella; váyanse no mas ustedes a acabarse de arreglar . . .

—A tí te voi a arreglar, bribona! exclamó don Niceto mirando a todos lados en busca de un palo para dejarse caer sobre ella como lo merecía.

Pero aunque ya iba acostumbrándose a la oscuridad, no pudo ver lo que necesitaba. Solo vió cajones vacíos, de los cuales arrancó una tabla, que si bien le pareció algo débil, comprendió que por lo mismo era mas manejable para el caso.

Armado de la tabla iba a lanzarse sobre Susana, cuando conoció que así precipitaba los acontecimientos, i se contuvo. Luego comprendió tambien que en ninguna parte estaria mejor que allí, porque se hallaba cerca de la sala i del comedor, i no se le escaparia nada de cuanto se hablase. Se resolvió, pues, a quedarse allí, convencido de que como punto estratégico era el mejor para sus planes.

Lo malo era que a don Niceto le faltaba no solo paciencia, sino tambien un poco de aire, porque se veia obligado a permanecer con la puerta cerrada i no era suficiente la ventilacion que se recibia por la claraboya del techo. Desgraciadamente esto no tenia remedio i habia que resignarse.

Don Niceto se sentó en un cajon lo mas tranquilo que pudo; pero luego volvió a levantarse, porque estaba excesivamente nervioso. Quiso pasearse, i vió que corria riesgo de denunciarse con el menor ruido que hiciese, mucho mas si tropezaba con algun cajon, botella o cosa parecida. Volvió, pues, a sentarse, i en estas alternativas se llevó hasta las ocho de la noche, hora en que llegaron los convidados.

X

No pasó mucho tiempo sin que se oyesen algunos preludios en el piano i poco despues el acompañamiento de una romanza.

Don Niceto empezó luego a devorar su impaciencia oyendo cantar a una de sus hijas, Alejandrina, que esa noche parecia estar inspirada: tal era la espresion que daba a su canto, lleno de ardiente pasion.

Olvidando su situacion i su papel, don Niceto estuvo a punto de abrir la puerta i hacerse el convidado. Poco despues resonaban los aplausos, i levantaba instintivamente las manos i empezaba a hacer lo mismo, cuando se acordó de que él no estaba en la casa.

Pero alcanzaron a oír algo, porque uno de los jóvenes preguntó con cierta zozobra:

—¿Hai alguién por ahí?

—Debe ser el gato de mi papá, le contestó una de las niñas.

XI

Todavía se hallaba don Niceto tiernamente impresionado con el canto de su hija, cuando oyó tocar valse, el que le hizo dar un salto. ¡Sus hijas iban a bailar con aquellos badulaques, i sin que él estuviese presente! Con gran dificultad se sometió a esta terrible necesidad, sufriendo un verdadero martirio miéntras duró el baile.

—¡Cómo estarán poniéndome la alfombra! decia a cada momento; pero ya me las pagarán todas juntas, agregaba para conformarse i enjugándose el sudor que empezaba a correrle con las emociones nerviosas i la sofocacion de la pieza.

XII

No ménos sofocados los jóvenes i las niñas con las ajitadas emociones del baile, creyeron llegado el momento de pasar a refrescarse al comedor.

Todos tomaron asiento alrededor de la mesa, saltaron los tapones con gran júbilo de los jóvenes e indignacion de don Niceto, i las copas fueron llenadas hasta rebozarse con el champaña chileno.

—¡Cuidado, que se está mojando la mesa! gritó Juanito.

—No es nada, dijo Fermina.

—Sí, como a ella no le cuesta, refunfuñó don Niceto. ¡Cómo irán a dejarme el comedor!

—¿Qué hacen, pues? dijo Fermina al ver que todos parecían estar contemplando la chicha. No es para mirarla.

—Así me parece, agregó Jerman como buen aficionado, levantando su copa i cuyo ejemplo siguieron los demas.

—Pero esto debe empezar con mas solemnidad, dijo Leonardo.

—Dejémonos de ceremonias, le interrumpió el primero.

—Nó; yo propongo un brándis por estas tres Gracias. . .

—Pero tres gracias mui desgraciadas, repuso Guillermina suspirando i mirando a Juanito.

—Yo bebo por el papá, dijo Jerman; porque el viaje de don Niceto sea feliz i los repita mas a menudo.

—Sí, como nó ¡ya te daré en el gusto, bolsero sin vergüenza!, se dijo don Niceto, a quien por lo demas, se le estaba haciendo agua la boca, porque con las incomodidades i la falta de aire se le habia puesto amarga i reseca.

Cuando todos hubieron vaciado sus copas por la felicidad de don Niceto, dijo Alejandrina:

—¡Qué léjos irá ya mi papá!

—Sí, mui lejos! repitió don Niceto. Creían hacerme lesa. . . i no saben que cuando ellas van, yo vengo de vuelta.

—¡Cuándo se imajinará, dijo Leonardo, que aquí nos estamos acordando de él!

—Aunque no lo merecia, agregó Jerman.

—¡Cómo! exclamaron las tres niñas a la vez.

—Porque es tan fastidioso con ustedes. ¿Por qué será que estos viejos no se acuerdan nunca de que ellos tambien han sido jóvenes?

—Al contrario, dijo Guillermina, siempre le oigo decir: «a mí no me vienen con cuentos, porque yo tambien he sido jóven».

—En eso está lo malo, observó Leonardo, que desconfía de todo el mundo. . .

—I en la mejor se la pegan, agregó Jerman. . . ¿No ven ahora?

—Sí, ¡mui bien pegada! dijo don Niceto. Yo te preguntaré mas tarde.

—Pero ¿qué mal hai en lo que hacemos? preguntó canderosamente Juanito.

—Ninguno, respondió Jerman, porque no es un crimen el venir a beber chicha en tan buena sociedad. . . I a propósito de chicha. . . ¿que no hai mas?

XIII

En esos mismos momentos se sintió la detonacion de un tapon que habia saltado dentro de la despensa i que puso en alarma a las niñas.

—No se asusten, dijo Susana; es alguna botella que se ha destapado sola.

—¡Qué lástima! exclamó Jerman. ¡Cómo estará de buena cuando llega a reventarse! . . . Voi allá antes de que se pierda. . .

I ya iba a levantarse cuando lo contuvo Leonardo.

—Eso sucede aquí con frecuencia dijo Fermina. Como están guardadas tanto tiempo. . .

Sin embargo, esta vez fué don Niceto quien, muerto ya de sed, habia destapado una botella de chicha, escapándosele el corcho con estrépito por mas cuidado que puso para evitarlo.

Miéntas tanto Guillermina, que habia dejado el comedor, empezaba a tocar un vals como por vía de llamada a los jóvenes.

Esto no impidió que se bebiese otra copa, con gran satisfaccion de Jerman, que parecia insaciable.

XIV

En cuanto dejaron el comedor, Susana continuó arreglando la mesa para el té, o mas bien para la cena.

—¡En qué irá a parar esto! se decia don Niceto, porque yo no me voi a poder contenerme i no sé cómo he aguantado hasta aquí. . . ¡Cuántas veces lo habran hecho!. . . ¡Í yo que tenia toda mi confianza en esa bribona de Susana! . . .

I al nombrarla don Niceto cojia maquinalmente la tabla; pero luego reflexionando, volvía a soltarla i se conformaba cojiendo la botella, cuyo contenido encontraba delicioso con el calor.

Al fin, entre trago i trago, se la bebió toda i tuvo que abrir otra. Esto le sirvió ademas de distraccion durante el tiempo que tuvo que esperar la hora de la cena.

Por su parte los jóvenes i las niñas se habian entregado por completo a los deleites de la danza i se conocia que estaban dispuestos a aprovechar bien el tiempo, porque los bailes se sucedian sin interrupcion i cada vez con mayor entusiasmo i franqueza.

—Estos no van a concluir de bailar en toda la noche, se decia don Niceto. ¡Pobre alfombra! Sáquenle frisa no mas, como que a ustedes no les duele. . . Pero no sea cosa que mas tarde les saque frisa yo a ustedes. . . i ya veremos si entónces les duele. . .

No parecia sino que aquellos jóvenes tenian hambre de diversion, al extremo de no pensar ya en la cena ni en la chicha, escepto Jerman, i fué necesario que éste se los recordase para que pasasen al comedor, en donde Susana tenia ya la mesa lista.

XV

Cuando todos se hubieron sentado, lo primero que se hizo, naturalmente, fué llenar las copas: tanto los jóvenes como las niñas estaban sedientos. Por esto no se le ocurrió a ninguno perder el tiempo en ceremonias ni cumplidos, mucho ménos en bríndis, sino que, imitando a Jerman, vaciaron sus copas de un solo trago.

No concluian aun de saborearse cuando veian aparecer a Susana mui alarmada i diciendo:

—Señoritas! . . . señoritas! . . . don Niceto! . . .

Todos saltaron de sus asientos como si hubieran sentido un temblor de tierra.

—En su cuarto, agregó la criada con tamaños ojos, acabo de ver la maleta . . .

—Pero él . . . dijo German pálida de terror.

—El no está.

—Ah!, exclamó German mas tranquilo, se le olvidaria la maleta.

—Si nosotros lo hemos visto por nuestros propios ojos en la estacion, dijo Leonardo.

—I hasta lo hemos visto partir en el tren, agregó German.

—¡Qué embustero! exclamó don Niceto.

—Pero la maleta está ahí, dijo Susana, i nunca la deja.

—¿Tú lo viste en la estacion con la maleta?, preguntó Leonardo a German.

—Nó, hombre, si no llevaba nada.

—A mí me parece lo mismo.

—No hai mas que se le ha olvidado, replicó Susana.

—No puede ser de otro modo; si nó ya estaria aquí.

—Es lo que yo digo, agregó la sirvienta; i nadie tampoco lo ha visto entrar.

—No tengan cuidado, niñas, les dijo Leonardo al verlas todavía aturdidias. ¿Creen ustedes que si don Niceto hubiese venido . . .

—¡Ave María Purísima! exclamó Susana.

—¿Tanto miedo a don Niceto, dijo German, cuando estos viejos no son mas que boca? . . .

—Yo te probaré lo contrario, gandul, murmuró don Niceto acariciando su tabla.

Al fin todos volvieron a tomar sus asientos, aunque no tan tranquilos como ántes.

XVI

Pasados unos cortos momentos de silencio producido por las reflexiones a que todos se habian entregado, dijo Leonardo:

—Se me ha ocurrido una idea.

—Vamos a ver, dijo Jerman.

—Yo estoi persuadido de que don Niceto está mui léjos de nosotros . . .

—Adivinastes!, dijo don Niceto.

—I solo algun accidente del ferrocarril . . .

—Las niñas se alarmaron.

—Nó, no es mas que una suposicion mia . . . Pero como es bueno ponerse en todos los casos . . . yo pregunto: ¿qué haríamos si por casualidad se nos apareciese el papá?

—Echar a correr, contestó Jerman, quien, sin embargo; no sentia mui firme las piernas porque empezaban a debilitársele con la chicha.

—Por eso no tengan cuidado, dijo Fermina, porque la casa es mui grande i hai muchos lugares en donde esconderse.

—Está bien, observó Leonardo; pero nosotros no conocemos esos lugares i talvez convendria practicar una exploracion con arreglo a la estrategia militar. Hagamos algo como un ensayo o simulacro.

—Me parece mui bien, dijo Juanito que no las tenia todas consigo, porque hombre prevenido . . .

—Nos servirá tambien de diversion, agregó Guillermina; yo me escondo con Juanito . . .

—Nó, le interrumpió Alejandrina; esto no es para bromas. Nosotras corremos a nuestros dormitorios i ustedes se esconden miéntas mi papá se va a la cama.

—I mas tarde, cuando esté dormido, yo les abro la puerta de calle, dijo Susana.

—Magnífico. ¡Estamos salvados!, exclamó Leonardo.

—Lo veremos! dijo don Niceto.

—Pero, ¿i si no se duerme? observó Juanito.

—Nos dormimos nosotros . . . Ahora llévanos tú, Susana, a conocer nuestros refujios.

—No hai necesidad, le contestó ella: don Jerman se va a la cocina . . .

—Me gustaria mas la bodega, le interrumpió él.

—En la cocina hai cajones de vino . . .

—Ah!

—Pero vacíos; i tambien está el depósito de la leña . . .

—No es leña lo que yo quiero . . .

—Usted don Leonardo, prosiguió la sirvienta, se puede ir al cuarto de baño, que está junto a la cocina.

—Me parece bien.

—¿I yo? preguntó Juanito.

—Usted al costurero, o si quiere a la despensa . . .

—Mejor será que vaya yo a la despensa, interrumpió Jerman.

—A mí me gustaria en donde estuviese mas cerca de la calle, dijo el tímido Juanito.

—Entónces la despensa.

—Es decir que ya estamos convenidos, dijo Leonardo, i no hai mas que hablar. Que venga ahora el enemigo, o don Niceto que es lo mismo. En cuanto Susana nos dé la voz, volamos todos a nuestros respectivos puestos.

—Entre tanto vamos sirviéndonos, dijo Jerman abordando su plato con el mismo apetito con que habia abordado la chicha.

I en seguida hicieron lo mismo los demas, olvidándose completamente de don Niceto. En cuanto a éste, ya se habia consumido la segunda botella de chicha i se sentia con la cabeza abrumada.

—Pero ya queda por poco, decia él; los dejaré cenar algo, sobre todo que beban bastante: así los lograré mejor . . .

XVII

Estaba la cena en lo mejor cuando oyeron que Susana gritaba desde afuera:

—¡Don Niceto!

El movimiento fué tan violento como estrepitoso, corriendo todos hácia los lugares que se les habia designado, encontrándose luego con Susana, quien riéndose a carcajadas, decia:

—Ni de veras lo habrian hecho tan bien.

—¡Sabe Dios en dónde se hallará a estas horas el patron!

—De modo que ha sido una picardia tuya, le dijo Leonardo.

—No era mas que por ver.

Restablecida la calma, volvieron a ocupar sus asientos i a continuar la cena en medio de mayor entusiasmo i alegría.

XVIII

Pero desgraciadamente estaban condenados a ver su fiesta interrumpida a cada momento. Esta vez fué algo parecido a ronquidos lo que los alarmó.

—¿Qué es eso? preguntó sobresaltada una de las niñas.

—Todos callaron i, en efecto, pudieron sentirse perfectamente los ronquidos de una persona por el lado de la despensa.

—Ah! exclamó Susana, ya caigo! Debe ser el italiano del despacho que no ha de dormir callado.

—Yo creo que no es abajo, dijo Fermina con cierta inquietud ¡I qué parecidos a los ronquidos de mi papá!

—Todos roncamos lo mismo, dijo Leonardo.

—Tambien me la ha pegado a mí muchas veces el Bachicha, dijo Susana, porque le remeda mui bien al patron el modo de roncar.

Pero como continuasen los ronquidos cada vez mas fuertes i cercanos, dijo Guillermina:

—Nada se pierde con ir a ver. Anda a asomarte, Susana.

—Yo creo que mi papá pena en vida, dijo Fermína con mucha formalidad, porque no es la primera vez. . . Pero ¿qué haces ahí, Susana?

—Me ha dado miedo, señorita. ¿A qué fué a decir que don Niceto penaba?

En ese mismo instante se sintió dentro de la despensa una gran sonajera de botellas que rodaban, i Susana dió un grito, lo mismo que las niñas, levantándose todos asustados, incluso los jóvenes, quienes no dejaban de tener motivos para alarmarse con ruidos que estaban mui léjos de ser imaginarios i que a mas de uno de ellos talvez le trajo a la memoria la maleta de don Niceto.

—¡Ahora caigo! exclamó otra vez Susana, que siempre era la primera en asustarse i tambien la primera en esplicarse las cosas. ¡Son los ratones, que andarán haciendo de las suyas por las rumas de botellas vacías!

—¡Eso es! exclamó Jerman, que ya estaba a mas de media turca, i esos condenados eran sin duda, los que roncaban.

Todos empezaron a reirse con la ocurrencia de Jerman, i como ya no se sintieron los ronquidos ni nada, volvieron a sentarse.

XIX

Por su parte don Niceto, que, como lo habrá comprendido el lector, era el de los ronquidos, porque el calor de la pieza i los tragos de chicha lo habian hecho dormirse, despertó sobresaltado con el ruido que hicieron las botellas al derrumbarlas con una pierna que estiró en medio de su dulce i bullicioso sueño. En seguida aguzó el oido i se impuso de la alarma i suposiciones de sus hijas i los convidados de contrabando.

—¿A que les doi otro susto, se dijo, para no dejarlos un momento tranquilos?

I abriendo tamaña boca, dejó escapar un soberano bostezo que oyeron perfectamente todos los del comedor, poniéndose en el acto de pié.

—Eso no es del Bachicha, dijo Susana temblando.

—Será del Comendador, agregó Jerman, porque esto ya se va pareciendo a la cena de don Juan Tenorio.

—Anda a ver, Susana, le dijo Fermina.

—Yo fuera, señorita; pero... ¿no dice que don Niceto pena en vida?

—Tonta, yo te acompañaré le dijo Jerman, dirijiéndose con ella resueltamente hácia la despensa.

Cuando estuvieron en la puerta, Susana se recató diciendo a Jerman:

—Entre usted primero...

—Nó, tú...

—Usted que es hombre...

—Yo puedo tropezar con algo...

—Iré a traer una luz...

—Qué luz! dijo Jerman con rabia, dándole un empujón i siguiendo tras ella... Adentro!...

—Afuera! gritó don Niceto con voz cavernosa, levantando la tabla i dejándola caer con mas estrépito que estrago sobre la cabeza de Jerman.

Fué tal la sorpresa, o mas bien el espanto, que Susana se estrelló contra Jerman, rodando por tierra junto con él, mientras don Niceto descargaba sus golpes como al acaso sobre los dos bultos, en medio de los gritos de Susana i de la alarma de las niñas i de los jóvenes, quienes en confuso tropel abandonaban el comedor derribando sillas, copas, botellas i cuanto encontraban por delante.

—¡Toma, bribon, para que no te salga tan de balde la comilona! gritaba don Niceto dando a Jerman por donde caia.

Toma! ¿No querias viaje mas a menudo? . . I tu tambien, canalla, por encubridora. . . Toma! toma! . .

I miéntras Susana se conformaba con gritar, Jerman trataba de escabullirse, corriendo a gatas, pues los golpes de don Niceto lo tenian medio aturdido i no podia levantarse.

—Por favor! . . gritó al sentir un recio golpe en la cabeza, con el cual se partió la tabla a lo largo, saltando la mitad, que Jerman cojió, i levantándose como pudo, se puso en guardia con ella.

Esto exasperó mas a don Niceto, trabándose un verdadero i sobre todo ruidoso combate a arma blanca, aunque Jerman no hacia mas que parar los golpes, si bien es cierto que muchos de ellos los paraba con su propia cabeza.

Al ruido de las armas se unian el de las voces de don Niceto que no cesaba de hablar, porque cada golpe lo acompañaba con algo alusivo a la situacion.

—Toma! gritaba, aprende a beber de bolsa! . . Toma! para que sepas que no estoi tan viejo! . . Con que los viejos no somos mas que boca! . .

I llovian los golpes sobre Jerman, hasta que por fin pudo ganar la escalera, que afortunadamente estaba mui próxima, i bajar o mas bien rodar estrepitosamente por ella impulsado por un formidable i certero puntapié de don Niceto, quien se fué tambien escalera abajo, produciendo tal ruido i estremecimiento, que el italiano del despacho saltó de su cama, cojió un garrote i salió corriendo por la calle, así como estaba a fin de averiguar lo que ocurría.

XX

El pobre Jerman a quien se le habia espantado la mona con el susto i los golpes, llegó a la calle medio descalabrado, sobándose la cabeza i maldiciendo entre dientes.

Al verlo el italiano levantó el palo; pero reconociendo luego que era una persona decente, le preguntó:

—¿Qué ha sucedido, caballero?

—Ese hombre que ha venido a armar un incendio. . .

El bachicha, asustado i medio dormido como estaba todavía, no hizo mas que oír *incendio* i volar para su despacho a comunicar la noticia a su mujer, ponerse los pantalones i salir a la calle a dar la alarma.

XXI

Don Niceto, entre tanto, se habia levantado mas furioso con el golpe i dirijiéndose siempre armado de su tabla, en busca de los otros jóvenes, quienes no pudiendo tomar la escalera sin encontrarse con don Niceto, habian corrido al interior de la casa a esperar en sus escondites, como estaba convenido, la oportunidad de salir con el auxilio de Susana.

—¡Infames! gritaba don Niceto avanzando hácia la cocina; ¡querer burlarse de mi i de mis hijas! . .

—Aquí no hai nadie, señor, le dijo la cocinera al verlo llegar.

—¡Toma, no hai nadie! . . Por tapadera! . .

I miéntras le daba un tablazo, salia Juanito de la cocina como una exhalacion, tras el cual siguió a palos don Niceto, como quien persigue a un raton, hasta verlo desaparecer por la escalera, que el atribulado joven salvó de unos cuantos saltos.

XXII

Jadeante i sudando a mares volvióse en busca del tercero, Leonardo, que debia estar en el cuarto del baño. Abrió la puerta i no vió a nadie en la pieza, porque Leonardo, al sentir que se acercaba don Niceto, habia tenido la precaucion de meterse i acurrucarse bien dentro de la tina.

—¡Me he salvado! exclamó el joven al ver que don Niceto volvia a salir del cuarto

Sin embargo, duró poco su alegría, porque no tardó mucho en volver don Niceto, esta vez con una vela encendida.

—Se ha escapado! dijo al entrar; i mas vale así; porque si lo pilló! . .

Leonardo se acurrucó mas, conteniendo hasta la respiración.

—¿No estará dentro de la tina?. . Por si acaso. . .

I tiró con fuerza la cadena del baño de lluvia, que dejó escapar abundante i ruidosamente el agua.

Un grito involuntario i reprimido salió del fondo de la tina, pero sin que Leonardo se atreviera a levantarse, a pesar de la desagradable impresión de la inesperada e importuna lluvia, que hizo en él todo el efecto de una descarga eléctrica.

—Yo te enfriaré el cuerpo, bribon, que es lo que necesitas, dijo don Niceto sin soltar la cadena, ni tampoco la tabla que tenia aun en la otra mano.

Entónces Leonardo se levantó i trató de salirse de la tina; pero don Niceto, dándole con la tabla:

—Nó, todavía nó, le dijo, que ahora tengo que calentarte el cuerpo. . .

XXIII

En esos momentos se sintió ruido de jente que subia la escalera en tropel i precipitadamente. Don Niceto salió alarmado a ver lo que ocurría.

Eran el italiano, el policial del punto i otros vecinos i transeuntes que iban a apagar el incendio.

En un momento se llenó la casa de jente, i en vano aseguraban don Niceto, sus hijas i hasta Susana que allí no habia ocurrido incendio ninguno.

—¡Qué siempre han de ocultarlo!, dijo uno.

—Es claro, agregó el policial, para no pagar la multa.

—*Eccolo!* exclamó el italiano mostrando a Leonardo que

salía del cuarto del baño cariacontecido i chorreando agua de piés a cabeza.

—En efecto, dijo Leonardo, si no es por mí. . . i acercándose a don Niceto, agregó por lo bajo: se pierde el honor de sus hijas.

—Bien, dijo don Niceto que habia comprendido la estratagemma.

—¡Cómo ha de ser! Mañana pagaré la multa.

XXIV

Al dia siguiente todos los diarios daban cuenta del principio de incendio en casa de don Niceto, asegurando que el fuego habia tenido oríjen en la chimenea, por no estar limpia.

Cuando esto leyó don Niceto, que tan estremado era en la limpieza, se puso furioso.

—¡Decir que yo, esclamaba a cada momento, no tenia limpia la chimenea! I nadie tiene la culpa sino ustedes, agregaba dirijiéndose a sus hijas.

XXV

Sin embargo, debo decir aquí en honor de don Niceto como por vía de apéndice, cuál fué su conducta respecto de sus hijas.

Como en toda la noche no habia podido pegar los ojos, pensando en lo que debia hacer con ellas, madrugó mas que de costumbre i reunió a las tres en cuanto dejaron la cama. Las niñas se presentaron sobresaltadas, mucho mas al ver la solemnidad de su padre.

—Ya deben adivinar, señoritas, les dijo, cuál es el objeto con que las he hecho comparecer ante mi presencia. . .

A las niñas se les llenaron los ojos de lágrimas.

—Los sucesos de anoche, que no me han dejado pegar los ojos. . .

Pero nó, no lloren todavía. . . No es eso lo que yo necesito, sino que me contesten a las preguntas que voi a hacerles. . .

Las niñas se miran sorprendidas unas a otras.

—¿Cuántas veces han venido aquí esos individuos?

—Varias, papá, le contestó Fermina.

—¡Con que varias!

—Pero solo de pasadita. . .

—¡I Susana lo consentia!

—Nó, papá, le interrumpió Guillermina; lo hacíamos cuando Susana se quedaba dormida.

—¡Con qué se quedaba dormida! . . ¿con uno o con dos ojos? ¿I no le han faltado al respeto?

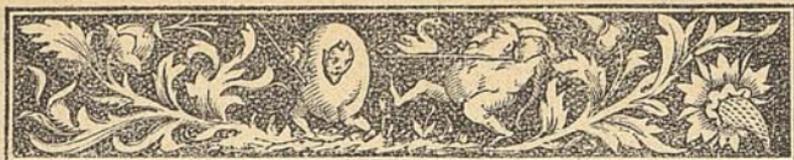
—Ni nosotras lo habríamos consentido. . . ¿Qué se ha imaginado usted, papá? dijo Alejandrina con cierta dignidad que tranquilizó i hasta enterneció a don Niceto.

—Estas muchachas son honradas, pensó él, i en seguida agregó alto: Está bien; por haberme confesado la verdad, desde hoi tienen las puertas abiertas. Pero por una de ellas se va Susana ahora mismo.

XXVI

Desde entónces no se volvió a oír hablar de alarmas de incendio en casa de don Niceto, i las niñas salen a la calle cuando quieren, hacen i reciben visitas, teniendo sus diversiones de vez en cuando con la presencia de su papá, quien ya no dice: «¿No ven que yo tambien he sido jóven?» sino «Es necesario acordarse de que uno tambien ha sido jóven».

Gracias a esto, las hijas de don Niceto no solo han ganado en salud i hermosura, sino que han adquirido entre sus amistades, particularmente entre los jóvenes, fama merecida de buenas mozas, espirituales, amables, cariñosas i. . . nada mas.



CHOCHE I BACHICHA

JUGUETE CÓMICO

Estrenado en el teatro de la Victoria en Valparaiso el 21 de Julio de 1870.

Personajes

Enrique. — Choche. — Bachicha. — Leandra. — Rosa. — Lucia. — Un oficial de policia. — Un capitán de bomberos. — Pueblo, bomberos, soldados.

La escena es contemporánea i pasa en Valparaiso

Acto único

Habitacion modestamente amueblada. — Al fondo dos puertas con balcones a la calle, una de las cuales dá a la derecha, que comunica con la escalera, sirve de entrada principal. — A la izquierda, en primer término, un pequeño cuarto con ventana que dará frente al público i la cual tendrá reja de fierro. — Una puerta al interior de este cuarto comunicará con la cocina, ésta tendrá su entrada principal en segundo término. — Puerta lateral a la derecha. — Es la tarde.

ESCENA PRIMERA

LEANDRA. — LUCIA

LEANDRA. (*Por la derecha i poniéndose los guantes,*) — Lucia! . . . Lucia! . . .

LUCIA. — (*Apareciendo por la puerta de la cocina*) Señorita! . . .

LEAND.—Dime, ¿no han traído mas tarjetas?

LUCIA.—No sé, señorita, porque como me he llevado medida en la cocina . . .

LEAND.—A propósito, ¿se ha dorado el pavo? No vayas a dejarlo crudo, muchacha.

LUCIA.—Ni me lo diga, señorita.

LEAND.—Ya sabes que hoy vienen a comer Enrique i don Jorge.

LUCIA.—Pierda cuidado señorita. Le aseguro que si vienen don Enrique i don Choche . . .

LEAND.—Vendrán, no lo dudes.

LUCIA.—Han de chuparse los dedos con el pavo.

LEAND.—I dime, Lucia, ¿tenemos coñac?

LUCIA.—Me parece que nó, señorita.

LEAND.—¡Cómo! ¿i el que había?

LUCIA.—¿Qué no se acuerda, pues, señorita, que se lo tomaron la otra noche? . . .

LEAND.—¿Quiénes? . . .

LUCIA.—Don Choche con don Roberto.

LEAND.—Pero ¿las cuatro botellas?

LUCIA.—En un ai Jesús, señorita.

LEAND.—¡Vaya un beber de ingleses!

LUCIA.—Así no mas es, pues, señorita: si hai algunos que chupan . . .

LEAND.—Bueno; anda aquí abajo donde el italiano i dile en mi nombre que me mande dos botellas de la mejor clase.

LUCIA.—*Dando dos o tres pasos i volviendo luego.*—¿I cuál es la mejor clase, señorita?

LEAND.—Me parece que es esa marca que llaman Martel . . . o Mártel . . .

LUCIA.—Si por acaso no tiene del mártel, ¿traigo del miércoles, señorita?

LEAND.—En último caso, trae aunque sea del juéves.

LUCIA.—Bueno, señorita.

LEAND.—Ah! . . . que te dé tambien una docena . . .

LUCIA.—Una docena! . . . ¿de qué señorita?

LEAND.—De cerveza Teniente.

LUCIA.—(Volviendo a dar dos pasos como antes.) ¿I mejor que la del Teniente, señorita, no será la del Capitan?

LEAND.—Pregúntaselo al italiano, muchacha, que ellos las conocen mejor.

LUCIA.—Bueno, señorita; yo se lo preguntaré al italiano.

LEAND.—Con que no te olvides; i que sea pronto, porque ya va siendo tarde.

LUCIA.—No se me olvidará, señorita. Voi a darle un vistazo a mi cocina, i luego bajo volando. (Váse).

ESCENA II.

LEANDRA I A POCO ROSA

LEAND.—Esta muchacha vale mucha plata! Ella es buena cocinera, criada de manos, hace los enviados, en fin, lo que se llama de todo servicio; absolutamente de todo. ¡I tan mal que le recompensamos su trabajo! . . . Verdad es que ella tiene tambien sus busquitas, porque como todos la quieren, es tan simpática, tan complaciente . . . i que no tiene tampoco malos bigotes . . .

ROSA (Por la derecha en traje de calle i con el pañolon de Leandra en la mano).—Veo que estás con mucha calma, Leandra, cuando tenemos que salir a las tiendas . . .

LEAND.—I que volveremos mui pronto; dices bien Rosita. Dame el pañuelo. (Se cubre con él). ¿Está, bien? (mostrándole la espalda.)

ROSA.—Perfectamente . . . ¿I yo? (Volviéndose tambien de espalda.)

LEAND.—Ni te lo toques, niña!

ROSA.—(Asomándose por una de las puertas del fondo).—¿Háce viento, Leandra?

LEAND.—Me parece que sí.

ROSA.—(Dirigiéndose a la derecha.)—Entonces voi a ponerme . . .

LEAND.—¿Qué cosa? . . . Vamos así no mas; no perdamos tiempo que es tarde.

ROSA.—(Deteniéndose).—Mira que en esa maldita calle del Cabo cuando hai viento . . .

LEAND.—Nos iremos en carro. Vamos, vamos. (*Acercándose a la puerta de la cocina.*—Mucho cuidado con la casa, Lucia, que vamos a salir. (*Vánse*).

ESCENA III.

LUCIA

LUCIA.—(*Colgando un espejito en el marco de la ventana de su cuarto que da frente al público.*)—Ya lo tengo todo listo i arreglado en mi cocina. Ahora es justo que yo tambien me arregle i me ponga como la jente; porque luego van a llegar las visitas i, como dice el refran, asi como te ven te tratan. Me voi a peinar . . . (*Mirándose en el espejo*). Pero no estoi mui despeluznada: me alisaré solamente. (*Se pasa el peine*). Lo mas importante es esto . . . (*Un gran moño postizo que se coloca en la cabeza.*) I qué bien me viene! Tengo la misma cabeza de la señorita Leandra, calzo los mismos puntos: ¿de qué número será este moño? Debe ser de a 24. ¡I cómo me sienta! (*Contorneándose i mirándose por todos lados al espejo.*) Si me veo lo mas parecida a la mujer del cónsul! (*Cojiendo un bote de polvos de arroz.*) I ahora con mi mano de gato, como lo hacen las personas decentes . . . (*Se echa bastante polvo.*) ¡Si me viera la cónsula! Porque son lo mas envidiosas esas señoras. Ellas no mas quieren afeitarse . . . (*Echándose colorete.*) Ahora soi otra; ya me van saliendo los colores a la cara . . . ¡Lo mas bizarrota que me

estoi viendo! . . . Yo misma me desconozco! . . . (*Mirando al público.*) !Lo que es la compostura! (*Se siente un fuerte golpe por debajo del piso.*) Ese es don José. (*Otro golpe mas recio.*) No he visto un hombre mas majadero. Se le ha puesto que yo . . . (*Otro golpe.*) Malhaya sea el Bachicha! Yo no mas tengo la culpa por darle tanta confianza . . . (*I cojiendo una escoba, le contesta con dos golpes que da sobre el piso.*) Vaya para que me deje en paz. (*De abajo dan tres golpes seguidos i Lucia se alarma.*) ¡A qué irá a venir ese hombre, por Dios, cuando las señoritas tienen que volver pronto! (*Sacando el espejo i recojiendo i guardando los afeites.*) Todas estas cosas es preciso tenerlas mui bien guardadas, porque si a una la pillan . . . (*Váse corriendo a la puerta de la escalera.*)

ESCENA IV.

LUCIA. DON JOSÉ

LUCIA.—(*Cerca de la puerta, oyendo pasos en la escalera.*)—¡Y viene este bárbaro! ¡No ha entendido la señal que le dí para que no subiese! Qué bruto! Voi a cerrarle la puerta . . . Pero ya no es tiempo . . .

D. JOSÉ.—(*Desde el umbral.*) (1) Eccomicua . . . Buongiorno . . .

LUCIA.—A qué ha subido, don José, cuando no le he dado mas que dos golpes.

D. JOSÉ.—(*Adelantando.*)—Due golpi ¿Davero?

LUCIA.—De veras. Cuando le digo que dos.

D. JOSÉ.—E come io sentito trei . . .

(1) Las palabras de este personaje, lo mismo que las del ingles que vendrán mas adelante, han sido escritas caprichosamente i de manera que se puedan pronunciar i entender con toda facilidad posible.

LUCIA.—Nó, señor, dos no mas fueron.

D. JOSÉ.—Trei . . . Máaa . . . questo une felice equivocacione! . . .

LUCIA.—Si, mui feliz equivocacion como llegaren las señoritas . . .

D. JOSÉ.—Non lo credite, Luchia! . . . io la veduto partire dil bracho a l' due siñorinas . . .

LUCIA.—Sí, pero volverán mui pronto, porque hoi tienen varios convidados a comer en celebracion del cumple-años de la señorita Leandra.

D. JOSÉ.—(*Sacando el reloj i mostrando la hora a Lucia.*) Eccolo cua! None posible mangiare a l'cinque!

LUCIA.—Pero mancharán a la seis i seguirán la jarana quién sabe hasta qué hora.

D. JOSÉ.—Cóme! Questa notte fatto un balo? Ah! Luchia! qué felice oportunidad! (*Con pasion.*)—E cuán bela estate, Luchia de il mio core! . . .

LUCIA.—Ya empezó con sus lisonjas, don José.

D. JOSÉ.—E la jure verita. Permete. (*Tocándole el peinado i con amor.*) Questo bellissimo capeli, questa boca, egli oquis, tutti, tutti me fatto innamorata perduto. Ah, Luchia! Luchia! estate multo belisima! . . .

LUCIA.—Si, siempre me está diciendo lo mismo, i que me quiere mucho, i que se va a matrimoniarse conmigo; pero despues . . . ni siquiera se da por entendido.

D. JOSÉ.—(*Diávolo.*) Piano, piano, Luchia: todavia no poso maritato . . .

LUCIA.—¿Por qué?

D. JOSÉ.—Porque io bisoño guadanarse une veintechique mile pechi.

LUCIA.—Esas son disculpas, don José, porque no necesita de mas fortuna para casarse con una mujer pobre como yo.

D. JOSÉ.—Máaaaa!

LUCIA.—Estoi segura que no le cortan un dedo por diez mil pesos.

D. JOSÉ.—Cóme! ¿E is cortare il mio teto? . . .

LUCIA.—I entonces. ¿por qué no se casa conmigo?

D. JOSÉ.—Por que todavía none posible.

LUCIA.—Porque usted me quiere engañar.

D. JOSÉ.—Mile grazzie! . . . ¿Duncue no credete la mia parola? . . .

LUCIA.—Yo no creo en palabras de nadie.

D. JOSÉ.—Máaaa . . . io suno galantuomo.

LUCIA.—No le entiendo bien don José.

D. JOSÉ.—Dechiva que vostra ingratitudine . . .

LUCIA.—¿Yo ingrata? Cuando siempre le he dicho que lo quiero mucho . . .

D. JOSÉ.—¿Davero?

LUCIA.—Como lo oye.

D. JOSÉ.—Oh felichitá! (*Abriendo los brazos*). Vení cuchia.

LUCIA.—(*Retirándose*)—¿Qué cosa!

D. JOSÉ.—Une abrachio, Lucia de Lammermoor! (*Se siente ruido en la escalera.*)

LUCIA.—(*Mui alarmada.*)—¿Las señoritas! ¿No se lo decia, don José, con todos los diantres?

D. JOSÉ.—(*Tambien alarmado.*)—E quie fachiamos . . . Siamo perdutoe!

LUCIA.—(*Tomándolo de la mano i dirijiéndose con él a la cocina.*)—Por aquí, por aquí! (*Lo lleva precipitadamente hasta su cuarto, de donde ella sale rápidamente echando llave a la puerta.*)

D. JOSÉ.—(*Remeciendo los barrotes de la ventana*).—Per cui non passo furjere . . . (*Queriendo meter la cabeza por entre los hierros.*) Imposible! Multo grande la mia testa! (*Mirando i señalando al público.*) E cuánta chente in osservachione! . . . (*Se oculta.*)

ESCENA V.

LEANDRA, ROSA I LUCIA

LEAND.—(*Sacándose el pañuelo.*)—Jesus! Vaya un viento infernal.

ROSA.—(*Dirigiéndose a su cuarto de la derecha.*)—Nadie ha venido todavía, i van a ser las seis.

LEAND.—(*Sentándose.*)—Lucia!

LUCIA.—Señorita!

LEAND.—¿Ha venido alguien?

LUCIA.—Nadie, señorita, absolutamente nadie; ni siquiera don Choche.

LEAND.—Pero no tardarán mucho. Pon la mesa, mientras voi a arreglarme.

LUCIA.—Bueno, señorita.

Leand.—Tú sabes ya como se acomoda eso. (*Se va a su cuarto.*)

LUCIA.—Sí, señorita, pierda cuidado.

ESCENA VI.

LUCIA, DON JOSÉ

LUCIA.—I para no perder tiempo voi ahora mismo...—(*Salte en busca del servicio, volviendo luego con él.*)

D. JOSÉ.—(*Poniendo el oído en la puerta del fondo.*)—Neinte!... (*Acercándose a la ventana*) Neinte!... niente! E io qui fachio, in questa habitacione de la mia Luchia! Máaa... si aportate per cui la sua padrona...

LUCIA.—En esta casa tiene uno que hacerlo todo... Cuando me verá libre para poder descansar...

D. JOSÉ.—Sento rumore . . . ¿Las señorinas? . . . Fuyamos! fuyamos! (*Hace empeño por abrir la puerta.*)

LUCIA.—Vamos ahora colocando lo demas . . . ¿Pero qué estará haciendo don José? . . .

D. JOSÉ.—(*Impaciente.*)— Lo fatto disesperato in questa situazione infernale! . . .

LUCIA.—Creo que en un momento mas estarán aquí los convidados i es preciso apurarse. (*Váse.*)

D. JOSÉ.—¿Torna il rumore? . . . (*Sacudiendo la puerta i a media voz.*) Luchia! . . . Luchia! . . . (*Dejando la puerta.*) Per Bacco! . . . Dóve estate, maledatta Luchia! . . . (*Viendo la cama de Lucia.*) Oh felice inspiracione! (*Se acuesta.*)

ESCENA VII

LUCIA, ENRIQUE

ENRIQUE.—(*Desde la puerta.*)—Yo soi!

LUCIA.—(*Con un pavo.*)—¿Quién? . . . Ah . . . es . . .

ENR.—(*Tomando una silla i sentándose.*)—¿Cómo te va, Lucia? ¡Qué buena moza estás hoi! Tus patronas, ¿han salido?

LUCIA.—Nó, señor, estan en su cuarto. Voi corriendo a avisarles . . .

ENR.—Oye, Lucia: ¿me esperaban tus señoras?

LUCIA.—Hace poco que la señorita Leandra me decia: cuidado con esa comida, muchacha, porque hoi vienen Enrique i don Choche.

ENR.—Hola! con que tambien a va venir don Jorje.

LUCIA.—Cómo cree que habia de faltar.

ENR.—Bien: continúa en tus quehaceres, que yo esperaré a tus señoritas hasta que se desocupen.

LUCIA.—Como usted gusté, don Enrique. (*Aparte.*) No sé por qué este caballero me gusta mas que don José!

ESCENA VIII

DICHOS, LEANDRA

LEAND.—¿Usted aquí, Enrique?

ENR.—(*Yendo a su encuentro*).—En efecto . . .

LEAND.—¡I no me habia avisado! . . .

ENR.—¿Para qué?

LEAND.—Vaya una pregunta! . . . Siéntese, Enrique.

ENR.—(*Qué hermosa está!*) (*Suspira*).

LEAND.—(*Sentándose a su lado*).—Ya creia que usted no vendria hoy.

ENR.—Le habia dado a usted palabra de que la acompañaria a comer en su cumple-años, i ya ve que . . .

LEAND.—Ha cumplido como caballero i sobre todo como buen amigo.

ENR.—Aunque no sin dificultades.

LEAND.—Cómo así!

(DON JOSÉ EMPIEZA A RONCAR)

ENR.—Porque hoy me toca la guardia.

LEAND.—I entonces . . .

ENR.—Cambié el turno con un amigo que ha querido hacerme este favor.

LEAND.—Ah! . . . Pero todo no ha de ser conversacion: ¿qué quiere beber, Enrique? Con franqueza: hoy no hai cumplimientos.

ENR.—(*¡Es encantadora esta muchacha!*) ¿Qué beberé? Un traguito de cualquiera cosa: ¿hai coñac?

LEAND.—Cómo nó! . . . Lucia! . . .

LUCIA.—Señorita!

LEAND.—Trae coñac.

LUCIA.—Ai! señorita! que se me habia olvidado irlo a buscar.

LEAND.—¡Vaya una cabeza de muchacha!

ENR.—Déjelo usted: beberé brandy.

LEAND.—No hai brandy...

ENR.—Entonces cerveza...

LEAND.—Tampoco.

ENR.—Vamos, será agua.

LEAND.—Tamp... Sí, agua sí... pero no... Muchacha!

LUCIA.—Voi volando, señorita. (*Toma la puerta de la escalera.*)

ESCENA IX.

DICHOS I ROSA

ROSA.—(*Saliendo del cuarto adornada con mucha coqueteria.*)—Cuánto gusto de verlo por acá, don Enrique.

ENR.—(*Dándole la mano.*)—Señorita...

ROSA.—(*Sentándose.*) Yo lo hacia a usted en viaje.

ENR.—Nó, señorita.

ROSA.—¿Ha estado enfermo?

ENR.—Eso menos.

LEAND.—Tal vez lo habran tenido arrestado.

ENR.—Al contrario: yo he sido quien ha estado haciendo de fiscal en una causa.

LEAND.—Siempre han de andar ustedes con sus causas... (*Se sienten fuertes pasos en la escalera.*)

ROSA.—Esas pisadas las conozco.

LEAND.—Se parecen a las de don Jorje

ROSA.—(*Levantándose.*) Bien me dijo que no faltaria. No se puede negar que estos ingleses son mui exactos en todo.

LEAND.—Sin desmejorar lo presente.

ESCENA X.

DICHOS I DON JORJE

JORJE.—(*Dándole la mano a Rosa.*)—Oh . . . Rossito! . . .

ROSA.—¿Cómo te va, Jorje?

JORJE.—Mucho very pueno. (*Dando la mano a Leandra.*)
¿I cómo la pasa, señorito Liandro?

LEAND.—Mui bien don Jorje, siéntese usted.

JORJE.—Mochi grassi, señorito . . . (*A Enrique*). Ana yu
estar pueno, señor oficiere?

ENR.—Wery well, Mr. George.

ROSA.—Ya le hemos dicho que aquí es prohibido hablar
en ingles.

JORJE.—Mi no jablar en gringo, señorito, porque mi anten-
de la lingua hispaniola como on chiliano.

LEAND.—Es cierto que don Jorje es mui ladino para ha-
blar el español . . . (*Lo que Dios no permita.*)

JORJE.—Caaarampa! que mi no la cambiar con one hispa-
niolle per jablar la lingua castiliano.

ENR.—(*Se conoce!*)

JORJE.—Digue que sí, pues, Liandrito.

LEAND.—(*Con incomodidad.*)—Ya le he dicho, don Jorje
que yo no soi hombre para que me llame Leandrito.

JORJE.—Ah! digueme antonces osté cómo si jabla tu
nombre.

LEAND.—Mui sencillamente: Leandra.

JORJE.—Liandro.

LEAND.—Dale! Le . . . an . . . dra.

JORJE.—Li . . . an . . . dro.

LEAND.—Drá.

JORJE.—Drá.

LEAND.—Leandra!

JORJE.—Liandro.

LEAND.—¡Jesus!

ENR.—A ver: yo le enseñaré, Mr. George.

JORJE.—Digue, digue poes. Mi querrer digar bien la nom-
bra de Liandrito.

ENR.—Le . . . ándra!

JORJE.—Le . . . ánda!

ROSA.—Vamos, yo soi quien le va a enseñar a Jorje.

JORJE.—A ver, diguemelá osté, Rossito.

ROSA.—Le . . . repita . . . lé . . .

JORJE.—Repitalé.

ROSA.—Oh! diga: Lé.

JORJE.—Lé.

ROSA.—An.

JORJE.—An.

ROSA.—Drá.

JORJE.—Drá.

ROSA.—Ahora: Le . . . ándra!

JORJE.—Laa . . . drón!

(Leandra salta de su asiento i empieza rabiosa a recorrer la escena. Jorje: avergonzado, hace otro tanto, i Rosa i Enrique rien. En esos momentos aparece Lucia con botellas i entra a la cocina seguida de Rosa.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, LUEGO ROSA

LEAND.—(*Paseándose*).—Mui bien, don Jorje, mui bien.

JORJE (*Id*).—Dispensamelá osté, hiquito: mi no querrer ja-
blar nincune cose male (*A Enrique*).—Mr. Henry ¿mí digue
tal vez algo disparrato?

ENR.—Al contrario, nos ha hecho reir un poco.

JORJE.—Antonce, mí estar hoi mocho gracioso.

LEAND.—(Miren qué gracia tan bonita!)

JORJE.—Ya sabe, Liandrito, que mí estar one caballero san ofensive. Perdonameló, Liandrito, hiquito mio . . .

LEAND.—Este gringo es mui pícaro, yo sé mui bien que lo hace con su segunda.

JORJE.—Mi no tener seconda. Mi no querrer mas que Rossito.

ROSA.—(*Con una botella*)—Aquí está el coñac.

JORJE.—¿No estas cierto, Rossito, que mi querrer mas que . . .

ROSA. (*Distraida*).—¿Coñac es el que usted quiere? ¿O quiere otra cosa? me parece que don Enrique ha pedido coñac. Este es mui bueno. (*Se sirve Enrique i Jorje*.)

ENR.—Vamos: un brindis al feliz cumple-años de Liandrita.

JORJE.—Oh! mocho pueno, Mr. Henry. One glas grog per Liandrito.

LEAND.—Ya he dicho que aquí no se habla ingles.

ENR. (*Brindando*).—Vamos a beber esta primera copa por que hoi se abra una nueva era de ventura para nuestra buena i cariñosa amiga. ¡A su salud i prosperidad!

JORJE.—Hip! . . . hip! . . . hurrah! . . . (*Beben*.) (*Sirviéndose de la botella*) Mí la brinda tampien.

ENR.—(¿Tan pronto empezamos?) (*Llena el vaso*.)

JORJE. (*Con mucho énfasis i alzando el vaso*).—Esta se conda glas me la beba toda . . . al salut de el bello seso. Ja dicho . . . Hip! . . . hip! . . .

ROSA (*Interrumpiéndole*).—¿Quieres callarte Jorje?

(BEBEN)

LEAND.—Mientras ustedes brindan, voi a ordenar que sirvan la comida, que ya es hora. (*Váse a la cocina*.—Don José ronca.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, MÉNOS LEANDRA

ROSA.—*Acomodando las sillas alrededor de la mesa.*—
Con que, siéntense ustedes, que nos van a traer sopa.

JORJE.—Oh! décala osté no ma que la traigo. (*i sentándose se empieza a ponerse servilleta.*)

ENR.—Y usted Rosita, ¿... se sienta a mi lado?

JORJE.—No, nó Rossito, hiquito; oste aquí con la crinquito.
(*Le acomoda una silla a su lado.*)

ROSA (*Sentándose*).—Vaya, será preciso darle gusto.

ENR.—Como se conoce que Rosita lo quiere a usted Mr. George.

JORJE.—Mi tampien la querrer mocho... (*Acariciándola*)
Pobrecito mi Rossito... (*Súbitamente*) ¿Que glass coñac,
Mr. Henry? (*Se sirve de la botella.*)

ENR.—¿Otra vez?... (*Prepara su vaso.*)

ROSA.—Aquí viene la sopa.

JORJE.—Ol rait. (*Lucia deja la sopera i se retira.*)

ESCENA XIII

DICHOS, LEANDRA I LUCIA

LEAND.—Vamos a ver mi asiento.

ENR. (*Señalando una silla que tenia a su lado*)—Aquí
le tiene usted. ¿Le acomoda?

LEAND.—¿I me lo preguntas, Enrique? (*Se sienta i empieza a servir la sopa.*) El primer plato será para don Jorge... ¿Le gusta a usted la sopa de arroz?

JORJE (*Que está conversando con Rosa.*)—Yes
Leandra.—Entónces le serviré un buen plato.

JORJE (*Que continúa distraído en su conversacion*).—

Yes

ENR.—Atienda usted, Mr. George.

JORJE.—Oh! mí querrer mocho a Rossito. (*La acaricia.*)

ENR.—(*A Leandra*)—Dice que quiere mucho arroz.

LEAND.—(*Pasándole el plato*)—Pues allí le doi un plato bien colmado.

JORJE (*Tomando el plato*).—Uf... malo!... malo!...

LEAND.—Pero ¿no dice usted que quiere mucho arrocito?

JORJE.—Yes, a Rossito... (*I la mira con cara de enamorado.*—*Luego se fija en el plato, meneando la cabeza negativamente i cojiendo una copa de coñac se la zampa a la sopa.*)

ROSA.—¿Qué has hecho Jorje?

JORJE.—¡Pudding!

ENR.—I de arroz, que es mui buena.—(*Llega Lucia con otro plato que va a colocar cerca de Jorje.*)

LEAND.—Pónlo acá, muchacha.

JORJE. (*Mirando a Lucia*).—Oh! que puen moza la muchacho. (*Le hace algunos piropos.*)

LUCIA.—Sosiéguese, don Choche.—(*Váse*).

ROSA. (*A Jorje*)—¿Qué no puedes estar quieto?

ENR.—Sí, Rosita tiene razon: usted debe portarse mejor, Mr. George; es decir sério i grave como buen ingles.

JORJE. (*Disgustado*).—¿Osté llamar a mi boei ingles? ¿Mí estar sério? (*Dando un puñetazo sobre la mesa*). Osté ser serio al izquierdo.

ROSA.—¿Te has vuelto loco, Jorje?

LEAND.—(*A este gringo se le ha puesto mala la cabeza*).—(*Enrique rie*).

JORJE.—Yu mal amico, Mr. Henry: osté me la insulta and me la rie.

ROSA.—Si nadie te ha insultado, Jorje.

ENR.—Pero hombre, vea usted, que a la pobre Rosita la tiene en un potro.

JORJE (*Enojado*).—Mi no tener ninguna potra. . .

LUCIA (*Desde la cocina*).—Ai!!! (*Todos se levantan asustados*).

ESCENA XIV

Dichos, don José i los que aparecerán a su tiempo

LUCIA (*Saliendo*).—Incendio! . . . ¡Que nos quemamos! . . .

JORJE.—Fogo! . . .

ENR.—Agua! . . .

LEAND.—Dios mio!

ROSA.—Apaguen! . . .

} *Precipitándose a la cocina*

LUCIA (*Tomando por la puerta de la escalera*).—Incendio! . . . Incendio! . . .

D. JOSÉ (*Despertando sobresaltado*).—Que se fá! . . . Oh! que agitacione! . . .

ROSA (*Corriendo a su habitacion*).—Mis alhajas!

LEAND (*Id*).—Mi ropa!

JORJE (*Siguiéndolas en la misma direccion*).—Córrela, Rossito! . . . Córrela! . . .

ENR. (*Id*).—Presto, que el fuego avanza!

D. JOSÉ (*Que ha estado con el oído atento*).—Maledetto! inchendo! . . . (*Se precipita sobre la puerta, que no cede; luego sobre la ventana, cuyos barrotes sacude desesperadamente, se ajita, corre, salta, grita*).—Per cui, sinores! . . . per cui! . . . E non posso fullere! . . . Luchia! . . . Luchia! . . .

(Llegando vecinos en tropel, armados algunos de herramientas, palos, baldes i cuanto objeto sea propio de la situacion. Los que tienen baldes, herramientas, se precipitan a la cocina i los otros se lanzan sobre la mesa).

UNO. (*Cojiendo una botella*).—Para tener valor! (*Bebe*). ¡Qué bueno! . . .

OTRO (*Tomando otra botella*).—Para criar fuerza. . . (*Bebe*) Ahhh! que fuerte! (*la arroja*)

OTRO (*Metiéndose el pavo bajo el brazo i desapareciendo*).—Peor es que se pierda. . .

OTRO (*Que se va con una torta*).—Antes que se queme. . .

(I así se limpia la mesa, la que en seguida arrojan bruscamente por uno de los balcones, lo mismo que las sillas a los gritos de En banda! . . . Guarda abajo! La campana empieza a tocar incendio con la sordina).

ENR. (*Con un gran atado al hombro*).—Por aquí . . . Cuidado! . . . Cuidado! . . .

JORJE (*Con un colchon que apenas puede*).—Mi salvar la moble mas necesaria. . .

(Ambos arrojan baul i colchon por los balcones i vuelven corriendo a la habitacion de la derecha).

ENR.—Todavía es tiempo!

JERJE.—Ajora mi salvar Rossito.

D. JOSÉ (*En el colmo de la desesperacion i arrodillándose*).—Sata Madona! . . . perdon per queste peccatore desventurado!! . . . Lo morire fatto un chicharone!

ESCENA XV

Dichos, un propietario i un grupo de zapadores bomberos con su capitan a la cabeza.

CAPIT.—¡Abajo el edificio! . . . Hacha con él! . . . Aquí! . . . aquí! (*Señalando el lado opuesto al incendio, la derecha*).

PROPIET.—(Al capitan).—Protesto, señor! Esto no es salvar, sino destruir mi casa! ¡Qué barbaridad!

CAPIT.—Aquí no manda nadie, si no yo caballero. (*A los bomberos*). ¡Fuera esa alfombra!

ENR. (*Con una guitarra*).—Vamos, ya está salvado lo mas importante. . . Ahora que se quemé lo demas.

JORJE (*A continuacion de Enrique, con una crinolina un espejo i una botella de agua blanca*).—Estos moebles no estar securado.

(*A la sazón tiran los bomberos de un lado la alfombra i caen Enrique i Jorje.*—Vuelven a levantarse i se dirijen a la calle con Rosa i Leandra, que han salido de su cuarto con otros trapejos.

ESCENA XVI

DICHOS, MÉNOS ROSA, LEANDRA, JORJE I ENRIQUE

D. JOSÉ.—Per cui, sinores! . . . Veniche per cui! . . . Luchia! . . . Luchia! . . . (*Da fuertes golpes, etc.*)

UNO.—(*Saliendo de la cocina i señalando el cuarto de Lucia*).—Por aquí oigo ruido i voces de jente.

CAPIT.—A buscar entrada muchachos! . . . Abajo la puerta! . . . Hacha con ella! . . . (*Los bomberos entran por la cocina*).

D. JOSÉ (*Empujando la puerta*).—Per Dio! . . . Questa porta condenata! . . . (*Transicion*).—Seto voches! . . . (*Los bomberos empiezan a derribarla*).—Acute chente! Oh felicitá! . . .

(*Se abre la puerta i el grupo se precipita dentro. Don José despavorido, sale como de escapada llevándose a todos por delante. Lo siguen*).

VOCES (*De la cocina*).—Se apagó el fuego! Concluyó el incendio!

(Don José es detenido cerca de la puerta de la escalera i rodeado por la jente, que lo lleva al medio de la escena).

CAPIT.—¿Qué hacia usted en ese cuarto?

D. JOSÉ.—¿Io . . . sinore pampriro?

CAPIT.—Si, usted, ¿qué hacia allí escondido?

UNO.—Este bribon ha sido el incendiario.

TODOS.—Sí . . . él es! . . . él es! . . .

D. JOSÉ.—(*Temblando*).—Sinore! . . . io non suno bandolero! . . . (*Trata de escapar*).

TODOS.—Nó, nó! . . . no hai que largarlo! . . . a la policía! . . .

D. JOSÉ.—Oh, fatalità . . . Chusticia del chelo! . . .

UNO.—Està turbado! . . . él es . . . no hai remedio! . . .

OTRO.—El pecado lo acusa.

OTRO.—Este italiano tiene despacho aquí abajo. . .

CAPIT.—Eso es. . . i como estará asegurado. . .

UNO.—Ha venido a prender fuego, es claro.

TODOS.—A la cárcel! . . . a la cárcel! . . .

UNO.—Para que le den cuatro balazos.

OTRO.—Nò, que lo cuelguen ahora mismo.

D. JOSÉ.—(*Casi llorando*).—Amichis! . . . sinores, caballeros! . . . io estate inochenti! . . .

CAPIT.—Inocente! bribon! . . .

D. JOSÉ.—(*Haciendo la señal de la cruz i besándola*).—Per questa cruche! . . . per Dio! . . . per la Madona. . .

ESCENA XVII

Dichos, un oficial de policía i dos soldados

VARIOS. (*Al verlos entrar*).—Aquí està el incendiario.

CAPIT. (*Al oficial*).—Lo hemos pillado infraganti, señor oficial.

OFICIAL.—¿Es posible? (*A los soldados*).—Que se retire toda esta jente.

UNO. (*Retirándose*).—Bonita cosa! Despues que uno! . . .

OTRO.—Algun enjuague que irá a hacer con el italiano.

(Los soldados hacen despejar, dejando solamente algunos bomberos i el capitan de éstos. Luego se sitúan de centinelas al lado de afuera de la puerta).

OFICIAL.—(*Sacando una cartera*).—Vamos a ver: ¿cómo se llama usted, caballero?

D. JOSÉ. (*Aflijido*).—Giusepe Caraquiolo, sinore.

OFICIAL (*Escribiendo*).—Lo pondremos en castellano: José . . . Caracol.

CAPIT. (*Que bien traduce!*).

OFICIAL.—¿No tiene usted alias?

D. JOSÉ (*Mirándose los hombros*).—Lo, sinore, no suno dil reno animale.

OFICIAL.—(*Incomodado*).—Quiero decir si no tiene usted algun apodo o sobrenombre.

D. JOSÉ.—Oh! . . . capisco . . . me quiaman Bachicha.

OFICIAL. (*Escribiendo*).—Alias . . . Bachicha.

OFICIAL.—¿Qué edad?

D. JOSÉ.—No ricordo, sinore.

OFICIAL.—No lo recuerda, está bien. ¿Natural?

D. JOSÉ.—¿Naturale? . . . Yo suno figlio lechítimo, sinore ofiale.

OFICIAL.—Hijo de dónde es usted, es lo que yo le pregunto.

D. JOSÉ.—Oh . . . capisco . . . io suno figlio de la mia mamá.

OFICIAL.—Ya se sabe, usted, es hijo de su madre.

De qué pais, hombre.

D. JOSÉ.—De la mia tierra . . . l'Italia.

OFICIAL.—¿Su estado?

D. JOSÉ.—En perfeta salute.

OFICIAL.—Si es casado, soltero o viudo.

D. JOSÉ.—Mizzo maritato con la mia Luchia.

OFICIAL (*Guardando la cartera*).—Ahora usted me va a decir, qué hacia escondido en esta casa?

D. JOSÉ. (*Temblando*).—Espeta . . . espeta . . . Una endemoniata casualitá . . .

CAPIT.—Con que casualidad! . . .

OFICIAL.—Diga usted la verdad, amigo.

D. JOSÉ.—E vero, sinore.

CAPIT.—Talvez seria bueno registrar a este hombre.

OFICIAL.—Dice usted bien; a ver: ¿qué tiene en los bolsillos? (*Registrándole los del leviton.*)

D. JOSÉ (*Sacando un emboltorio de papeles que pasa al oficial*).—Questa cosa . . .

OFICIAL (*Desenvolviéndolo*).—Ajajajá! *Aquí vamos encontrar la materia inflamable . . . Qué veo! . . . Un salchichon!*

D. JOSÉ.—De Chénova, lechítimo, señore oficiale . . .

OFICIAL (*Sacando la cartera*).—Estos detalles son mui interesantes para los cronistas.

CAPIT.—Para que mañana digan que el incendio tuvo origen en un salchichon.

OFICIAL (*Apuntando*).—Se le encontró . . . con cuerpo . . . del delito . . .

D. JOSÉ.—Pero, señore.

OFICIAL (*Guardando la cartera*).—Vamos, no se necesita de mas pruebas: usted va preso.

D. JOSÉ.—A la cárchele?

CAPIT.—Eso es, me gusta un oficial que sabe cumplir con su obligacion.

D. JOSÉ (*Mui aflijido*).—Pero, señore, la mia reputachione . . . (*Murmullos del pueblo en la calle.*)

OFICIAL.—El pueblo lo está pidiendo. A ver esos dos soldados: llévense a ese hombre.

D. JOSÉ.—Pieta, pieta, señore oficiale! . . .

OFICIAL (*Entregándolo de un empujon a los soldados*).—Al cuartel, incomunicado i con centinela de vista (*Vánse los soldados con don José. Ustedes, caballeros, tendrán que comparecer mañana a declarar como testigos oculares.*)

CAPIT.—Oh! por decontado! (*Se van*).

ESCENA XVIII

LEANDRA I ROSA, CON SUS TRAJES EN DESORDEN. ENRIQUE
I JORJE

LEANDRA (*Mirando a todos lados.*)—Qué desvatación, Dios mio! Nada, nada nos ha quedado bueno! . . .

ENR.—No diga usted eso: todavía les queda bueno el alfombrado, los colchones, la guitarra . . .

LEAND.—Cómo! ¿que no rompió usted la guitarra?

ENR.—Es verdad que al caer . . . Pero no se aflija usted por tan poco, que Dios dará.

ROSA (*Llorando.*)—Y quién hubiera creído que ese pícaro de italiano había de ser la causa!

JORJE (*Acariciándola.*)—Oh! no llorar osté, Rossito, hiquito. Mi comprar otra vez todo eso i mas por ser lo recalar a osté.

LEAND.—(No se puede negar que estos ingleses son muy jenerosos.)

ENR.—Yo también veré modo de remediar algo siquiera el daño, Leandrita: ahora mismo le voi a comprar una guitarra.

LEAND.—Ah! cuánto se lo agradeceremos, Enrique! Porque no se podrá usted imaginar la falta que nos va a hacer.

ROSA.—¡Qué sería de nosotras sin guitarra!

ESCENA XIX.

DICHOS, LUCIA, LLORANDO.

LUCIA.—Señoritas! . . . Señoritas! . . .

LEAND.—Muchacha! Si ya se apagó el fuego! No te aflijas.

LUCIA.—No es eso, señorita, sino que se lo llevan preso . . .

LEAND.—¿A quién?

LUCIA.—A don José, señorita, a don José! . . . i dicen que lo van a fusilar! . . .

ROSA.—Pero ¿no sabes lo que ha hecho el pícaro?

LUCIA (*Llorando a mares*).—Qué ha de haber hecho, señorita; si es tan bueno don José, i no es capaz de nada el pobrecito! . . . Yo que lo conozco tanto, señorita . . .

ENR.—Pero ¿cómo es que siendo tan bueno lo han encontrado aquí escondido? . . .

LUCIA.—Por lo mismo que es bueno, pues, señor, yo lo habia guardado en mi cuarto . . .

LUCIA.—Oh mocho malo, muchacha . . . Oté mocho diablo.

LUCIA.—No diga eso, don Choche.

JORJE.—¿Por qué osté cuardar la caribaldina? Ajora estar osté comprometida . . .

LUCIA.—Si yo no estaba comprometida con él, sino que . . .

ESCENA XX

DICHOS, EL OFICIAL

OFICIAL.—Señores: acaba de decir el italiano que en esta casa se hallaba oculto con prévio consentimiento de la co-cinera.

ROSA.—¿Y bien?

OFICIAL.—Mi deber me manda llevarla, tambien, a ella.

LEAND. (*Aflijida*).—Pero, señor.

OFICIAL. (*Tomándola bruscamente de un brazo, a Leandra*).—Usted viene conmigo.

LEAND. (*Con gran indignacion*).—¿Por quién me ha tomado usted?

ENR.—¡Qué hace usted hombre!

LUCIA.—(*Virgen Santisima! qué va a ser de mi!*)

JORJE (*Tirando a un lado al oficial*).—Oh, caarrampa!

Osté estar mocho pruta! (Encarándole i señalándole la puerta) Largo! . . . Largo! . . .

OFICIAL (*Desenvainando la espada*)—¿Con que largo, no? Ahora usted, tambien, va preso con la cocinera por venir a faltar el respeto.

(JORJE EMPIEZA AREMANGARSE LOS PUÑOS)

LEAND.—Pero . . . Jesus! ¿Usted me toma a mi por la cocinera?

OFICIAL.—¿I quién es usted?

JORJE.—El señorrito Liandro, por la servir a osté. (Le muestra los puños).

OFICIAL (*A Jorje*).—Pues, usted, señor don Leandro, tambien va preso.

ROSA (*Entregando a Lucia*).—Aquí tiene usted a la cocinera.

OFICIAL.—Ah! . .

JORJE (*Remedándole*).—Ah!!!

LEAND.—Llévesela si quiere. . .

LUCIA (*llorando*).—Señorita! . .

LEAND.—Por Dios! déjenos a nosotras en paz, que harto tenemos ya con lo que hemos sufrido!

OFICIAL (*a Leandra*).—Usted dispense, señorita. . . yo pensaba. . . (Empieza a envainar la espada).

JORJE.—Osté no pensar. . . osté no ser mas que un atrefida con la sable, que mi se la poter quitar osté. . .

ROSA.—Cállate, Jorje, por Dios!

OFICIAL (*Desenvainando la espada*).—Esto no puede tolerarse. Salga usted, don Jorje Leandro.

JORJE (*Poniéndose en guardia e interponiéndose las mujeres i Enrique*).—Décala oste. . . décala no mas con la sable and mi con el box. . . ¿You quiere fait? (*El oficial toca llamada con el pito*).—Toca no mas la clarineto; tócala no mas.

OFICIAL.—Vaya usted por bien, señor Leandro.

ROSA.—Si, Jorje; anda no mas sin cuidado, que una vez que le digas al comandante lo que ha sucedido. . .

JORJE.—La comandante antonce me echar a la calabuja. . . Oh! mi no querre calabuja! Comandante mochi diabla.

(LLEGAN LOS SOLDADOS)

OFICIAL.—Este caballero va preso, i tambien. . . ¿cuál es la cocinera?

LEAND.—¡Jesus!

ROSA.—¡Qué hombre!

LUCIA (*Astijida*).—Yo, señor, soi la cocinera. (*I se pone en disposicion de marchar.*)

ENR.—(Esto se va a llamar jente i me voi a ver comprometido. Mejor será que saque el cuerpo). (*Se escabulle.*)

ESCENA XXI

DICHOS, MÉNOS ENRIQUE

OFICIAL.—¿En qué quedamos, mister.

JORJE.—Yer, mi quedar. . . porque mi no pasar por semejante tropelio contra el hogar domesdica, contre la Constitusione an contre la derecha del jente.

OFICIAL.—¡Qué derecho ni que constitucion! Usted camina, señor (*lo empuja*).

JORJE (*Con humildad*).—¿Osté la pensar pien, señor ofier?

OFICIAL.—Demasiado, señor.

JORJE.—Cuidado! que mí protestar a mi cónsul!

OFICIAL.—Qué amolar de ingles! ¿Camina o lo hago caminar?

Rosa.—Anda, Jorje, anda; no te resistas, que nosotras iremos a declarar todo lo que ha ocurrido para que salgas en libertad.

JORJE.—Very well. . . mi reclamar indemnición por la perjuicia.

OFICIAL.—Pero, señor, ¿hasta cuándo quiere que lo aguante?

JORJE.—What do you want ¿. . . You antende?

OFICIAL.—Si, entiendo que usted está con la cabeza... así... un poquito. . . ¿ya entende?

JORJE.—Yes (*abrazando a Rosa*). Adios, Rossito, hiquito mio; no olfidar osté al crinquito.

OFICIAL (*tirándolo de un brazo*).—Yo no he venido a ver esto, aisé, con mil demonios! Ahora mismo pasa pa entro.

JORJE.—¿Par qué osté no jablar verdad? ¡Mi no pasar por dentro! ¡Mi pasar por fuera! (Da unos cuantos pasos hácia la puerta, i dirijiéndose a Rosa) ¿No querrer osté, Rossito, fenir conmigo a la calabuza?

ROSA.—¿Estas en tu juicio?

JORJE.—¿Antonce mi solita pasar por fuera?

OFICIAL.—Cómo ha de ir solo, hombre. ¿Qué no va conmigo?

JORJE.—Oh! You bloody i cholo! . .

OFICIAL (*con rabia*).—Soldados: llévense a este hombre. (*Aparte*) Déjenme a mi la cocinera.

JORJE.—Espera, espera poquito. . . Mi no querrer decar solo a Rossito ni al señorrito Liandro: mi va presa con las dos. (*Cojiendo de una mano a Leandra*). Anda, poes.

LEANDRA (*retirando la mano*).—Quita allá!

JORJE (*tomando a Rosa*).—¿Tompoco fenir osté, Rossito?

ROSA.—¡No faltaba mas!

JORJE.—Osté siendo mochi lesa. . .

¿No querrer fenir? . . ¡Ol rait!

Antonce mi la va presa

Con la Luchia. . . ¡Gud nait!

(I dando el brazo mui galantemente a Lucia, parten seguidos del oficial i los soldados).

Cae el telon.

LIBRERIA PORTEÑA

Y

Casa Editorial

DE

F. BECERRA M.

CHILE -SANTIAGO.-BANDERA 4

SE DISTINGUE

POR SUS EDICIONES CORRECTAS

Y SUS PRECIOS REDUCIDOS



Varias obras interesantes
en preparacion



ÍNDICE

	PÁJS.
Prólogo	3
Un Rapto.	9
Historia de una Pulga	50
El primer Amor de mi amigo Andres	59
Se la llevó el Diablo.	77
Cómo hice amistad con don Sebastian.	96
Un paseo a las carreras	105
Una Noche de Remolienda.	132
Las Hijas de don Niceto.	156
Choche i Bachicha.	183



